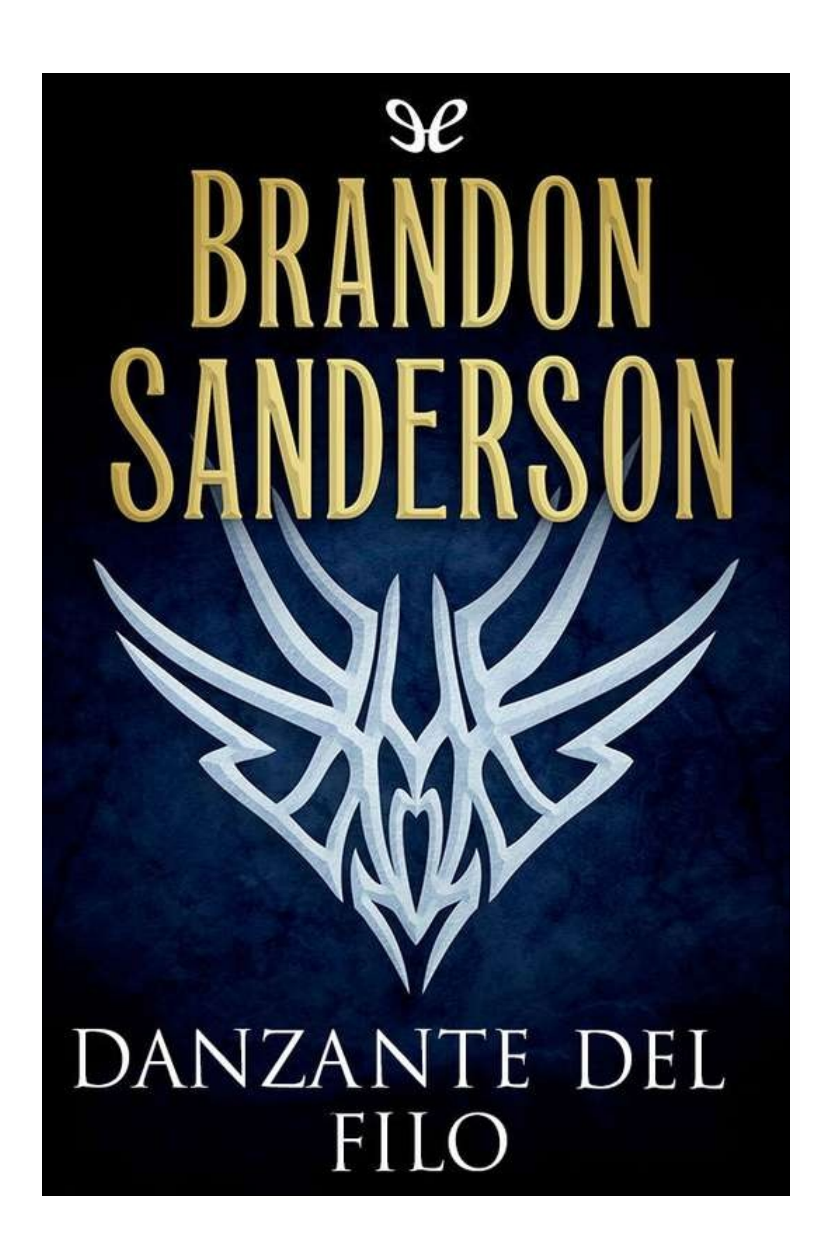

BRANDON
SANDERSON
DANZANTE DEL
FILO

Hace tres años, Lift le pidió a una diosa que no la dejara envejecer, un deseo que ella creía que le fue concedido. Ahora, en *Danzante del Filo* , la recién nacida Caballero Radiante encuentra que el tiempo no se detiene para nadie. A pesar de que el joven emperador Azish le concedió refugio de un verdugo al que sólo conoce como Oscuridad, la vida en la corte está sofocando al espíritu libre que es Lift, que no puede evitar dirigirse a Yeddaw cuando escucha que la inexorable Oscuridad está cazando gente como ella con poderes que empiezan a mostrarse. Los oprimidos en Yeddaw no tienen campeón, y Lift sabe que debe aprovechar esta increíble responsabilidad.



Brandon Sanderson

**Danzante del Filo**

El archivo de las tormentas - 2.5

ePub r1.0

Watcher 24.03.2018

Título original: *Edgedancer*

Brandon Sanderson, 2016

Traducción: Manu Viciano & Rafael Marín Trechera

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2



**PRÓLOGO**

Fragmento de *Palabras radiantes* : Interludio 9



Lift nunca había robado en un palacio antes. Intentarlo parecía peligroso. No porque pudieran pillarla, sino porque una vez que robabas un maldito palacio, ¿adónde ibas luego?

Escaló la muralla exterior y contempló el terreno. Todo (los árboles, las rocas, los edificios) reflejaba la luz de las estrellas de forma extraña. Un edificio de aspecto bulboso destacaba en mitad de todo, como una burbuja en un estanque. De hecho, la mayoría de los edificios tenían la misma forma redonda, a menudo con pequeñas protuberancias en lo alto. No había una línea recta en todo el famélico lugar. Solo montones y montones de curvas.

Los compañeros de Lift escalaron para asomarse a la muralla. Eran un grupo variopinto y peleón. Seis hombres, supuestamente maestros ladrones. Ni siquiera sabían escalar una muralla en condiciones.

—El Palacio de Bronce —susurró Huqin.

—¿De bronce? ¿De eso está hecho todo? —preguntó Lift, sentándose en la muralla y dejando colgar una pierna al otro lado—. Parecen un montón de pechos.

Los hombres la miraron, sorprendidos. Todos eran azishianos, de pelo y piel oscuros. Ella era reshi, de las islas del norte. Eso le había dicho su madre, aunque Lift nunca había visto el lugar.

—¿Qué? —preguntó Huqin.

—Pechos —dijo Lift, señalando—. ¿Ves? Como una dama tendida de espaldas. Esas puntas allá en lo alto son pezones. El tipo que construyó este lugar debió de estar soltero muuucho tiempo.

Huqin se volvió hacia uno de sus compañeros. Usando las cuerdas, bajaron por la pared para conferenciar entre susurros.

—Desde este lado parece que está vacío, como indicó mi informador —dijo Huqin, que estaba a cargo del grupo. Tenía una nariz como si alguien se la hubiera agarrado cuando era niño y hubiera tirado con todas sus fuerzas. A Lift le sorprendía que no le golpeara a la gente en la cara cuando se volvía.

—Todo el mundo está concentrado en elegir al nuevo Aqasix Supremo —dijo Maxin—. Podríamos lograrlo. Robar en el Palacio de Bronce, y justo ante las narices del visirato.

—¿Es… hum… seguro? —preguntó el sobrino de Huqin. Era adolescente, y la pubertad no había sido amable con él. Solo había que mirarle la cara, oír su voz y observar esas piernas flacuchas.

—Calla —ordenó Huqin.

—No —dijo Tigzikk—, el chico tiene derecho a expresar cautela. Esto será muy peligroso.

Consideraban a Tigzikk el culto del grupo porque sabía maldecir en tres idiomas. Todo un intelectual. Llevaba ropas caras, mientras que la mayoría de los otros iba de negro.

—Habrá caos —continuó Tigzikk—, porque mucha gente se mueve por el palacio de noche, pero también habrá peligro. Muchos, muchos guardaespaldas y la probabilidad de sospechas por todas partes.

Tigzikk era un tipo mayor y el único del grupo a quien Lift conocía bien. No podía pronunciar su nombre. Cuando se pronunciaba correctamente, el sonido «quq» del final sonaba como si alguien se atragantara. Ella lo llamaba simplemente Tig.

—Tigzikk —dijo Huqin. Sí. Atragantándose—. Tú fuiste quien sugirió esto. No me digas que ahora te está entrando miedo.

—No me estoy echando atrás. Solo pido cautela.

Lift se inclinó hacia ellos desde lo alto del muro.

—Menos discusiones —dijo—. En marcha. Tengo hambre.

Huqin alzó la cabeza.

—¿Por qué la hemos traído?

—Será útil —respondió Tigzikk—. Ya lo verás.

—¡No es más que una niña!

—Es una muchacha. Al menos tiene doce años.

—No tengo doce años —dijo ella, alzándose sobre ellos.

Se volvieron a mirarla.

—No los tengo —insistió—. Doce es un número de mala suerte. —Mostró las manos—. Tengo estos.

—¿Diez…? —preguntó Tigzikk.

—¿Esos son? Pues eso, entonces. Diez. —Bajó las manos—. Si no puedo contarlo con los dedos, trae mala suerte. —Y llevaba así tres años ya. Por eso.

—Parece que hay un montón de edades de mala suerte —dijo Huqin, divertido.

—Claro —reconoció ella. Escrutó de nuevo el terreno, luego se volvió a mirar por donde habían llegado, hacia la ciudad.

Un hombre recorría una de las calles que conducían al palacio. Sus ropas oscuras se fundían con la penumbra, pero sus botones de plata brillaban cada vez que pasaba ante una farola.

«Tormentas —pensó Lift, mientras un escalofrío le corría por la espalda—. Al final resulta que no lo he perdido».

Miró a los hombres.

—¿Vais a venir conmigo o no? Porque me marcho.

Pasó por encima de la muralla y se dejó caer a los patios del palacio. Se quedó allí agazapada, sintiendo el frío suelo. Sí, era de metal. Todo era de bronce. A la gente rica, decidió, les gustaba ceñirse a un tema.

Mientras los muchachos por fin dejaban de discutir y empezaban a escalar, un fino y retorcido sendero de enredaderas brotó de la oscuridad y se acercó a Lift. Parecía un hilillo de agua derramada que se abriera paso por el suelo. Aquí y allá, trocitos de cristal claro asomaban de las enredaderas, como secciones de cuarzo en una piedra por lo demás oscura. No eran afilados, sino lisos como cristal pulido, y no brillaban de luz tormentosa.

Las enredaderas crecieron rapidísimamente, enroscándose unas en otras en una maraña que formó una cara.

—Señora —dijo la cara—. ¿Es aconsejable esto?

—Hola, Portador del Vacío —dijo Lift, escrutando el terreno.

—¡No soy un Portador del Vacío! Y lo sabes. Así que… ¡así que deja de decir eso!

Lift sonrió.

—Eres mi Portador del Vacío mascota, y ninguna mentira va a cambiar eso. Te capturé. Nada de robar almas, ahora. No hemos venido a por almas. Solo un pequeño robo, de esos que no hacen daño a nadie.

El rostro de enredadera (se llamaba a sí mismo Wyndle) suspiró. Lift cruzó corriendo

el suelo de bronce para llegar a un árbol que, naturalmente, también estaba hecho de bronce. Huqin había elegido para colarse el momento más oscuro de la noche, entre lunas, pero la luz de las estrellas era suficiente para ver en una noche sin nubes como esta.

Wyndle se le acercó, dejando un pequeño rastro de enredaderas que la gente no parecía ser capaz de ver. Las enredaderas se endurecían después de un momento de inmovilidad, se convertían brevemente en cristal sólido y luego se desmoronaban en polvo. La gente lo advertía en alguna ocasión, aunque no podían ver a Wyndle.

—Soy un spren —le dijo Wyndle—. Parte de una noble y orgullosa…

—Calla —dijo Lift, asomándose desde detrás del árbol de bronce. Un carruaje descubierto pasó por el camino más allá, transportando a algunos azishianos importantes. Se notaba por la ropa. Grandes gabanes hinchados con mangas muy anchas y diseños que se daban de patadas unos a otros. Todos parecían niños que se hubieran metido en el armario de sus padres. Los sombreros, sin embargo, eran bonitos.

Los ladrones la siguieron, moviéndose con considerable sigilo. En realidad no eran tan malos. Aunque no supieran escalar bien una muralla.

Se congregaron a su alrededor, y Tigzikk se irguió, alisándose la chaqueta, que era una imitación de las que llevaban los ricos escribas que trabajaban en el gobierno. Allí en Azir, trabajar para el gobierno era realmente importante. Todo el mundo decía que había que ser «discreto», significara lo que significase eso.

—¿Preparado? —le dijo Tigzikk a Maxin, que era el otro ladrón bien vestido.

Maxin asintió, y los dos se desviaron hacia la derecha, encaminándose hacia el jardín de esculturas del palacio. Se suponía que la gente importante paseaba por allí, especulando sobre quién debía ser el próximo Supremo.

Un trabajo peligroso, ese. A los dos últimos les había cortado la cabeza un tipo de blanco con una hoja esquirlada. ¡El Supremo más reciente no había durado ni dos famélicos días!

Cuando Tigzikk y Maxin se marcharon, Lift solo se quedó con otros cuatro hombres para preocuparse. Huqin, su sobrino, y dos hermanos delgados que no hablaban mucho y no paraban de palpar sus cuchillos bajo las chaquetas. A Lift no le gustaban. Para robar no hacía falta dejar cadáveres. Dejar cadáveres era fácil. No había ningún reto si podías matar a todo el que te viera.

—Puedes colarnos ahí dentro —le dijo Huqin—. ¿Verdad?

Lift puso los ojos en blanco y echó a correr por los terrenos de bronce hacia la estructura principal del palacio.

«De verdad que parece un pecho…».

Wyndle se arrastró por el suelo tras ella y su rastro de enredaderas hizo brotar diminutos trozos de cristal aquí y allá. Era tan sinuoso y veloz como una anguila, solo que en vez de desplazarse, crecía. Los Portadores del Vacío eran raros con ganas.

—Eres consciente de que yo no te elegí —dijo, y un rostro apareció en las enredaderas mientras se movían. Su habla producía un extraño efecto, y el rastro detrás de él se

pobló de rostros congelados. La boca parecía moverse porque crecía muy rápido junto a ella—. Quería escoger a una distinguida matrona iriali. Una abuela, una jardinera experta. Pero no, el Anillo dijo que debíamos elegirte a ti. «Ha visitado la Antigua Magia», dijeron. «Nuestra madre la ha bendecido». «Será joven y podemos moldearla», dijeron. Bueno, ellos no tuvieron que soportar…

—Cállate, Portador del Vacío —susurró Lift, apretujándose contra la pared del palacio—. Si no, me bañaré en agua bendita e iré a escuchar a los sacerdotes. Tal vez para que me hagan un exorcismo.

Lift avanzó de lado hasta que pudo asomarse a la curva de la pared y divisar a la patrulla de guardia: hombres con chalecos de cuadros y cascos, con largas alabardas. Miró hacia arriba. La pared se combaba hacia fuera sobre ella, como un rocabrote, antes de seguir ascendiendo. Era de liso bronce, sin asideros.

Esperó a que los guardias se alejaran.

—Muy bien —le susurró a Wyndle—. Tienes que hacer lo que te diga.

—Nada de eso.

—Claro que sí. Te capturé, como en las historias.

—Yo acudí a ti —puntualizó Wyndle—. ¡Tus poderes proceden de mí! ¿Escucharás alguna vez…?

—Sube por la pared —señaló Lift.

Wyndle suspiró, pero acabó por obedecer y reptó por la pared trazando un amplio patrón. Lift saltó y se agarró a los pequeños asideros que dejaba la enredadera a medida que esta se adhería a la pared mediante miles de tallos con discos pegajosos. Wyndle avanzaba ante ella, creando una especie de escala.

No era fácil. Al contrario: aquella forma abultada convertía la ascensión en un suplicio y los asideros de Wyndle no eran muy grandes. Pero lo logró y consiguió llegar hasta casi la cima de la cúpula del edificio, donde había ventanas que se asomaban al terreno.

Miró hacia la ciudad. No había ni rastro del hombre del uniforme negro. Tal vez lo había perdido.

Se volvió para examinar la ventana. Su bonito marco de madera sostenía un cristal muy grueso, aunque apuntaba al este. Era injusto lo bien protegida que estaba Azimir de las altas tormentas. Tendrían que vivir con el viento, como la gente normal.

—Tenemos que vaciar eso —dijo, señalando la ventana.

—¿Te has dado cuenta —dijo Wyndle—, que aunque tú dices ser una maestra ladrona, soy yo quien hace todo el trabajo?

—También haces todas las quejas. ¿Cómo atravesamos esto?

—¿Tienes las semillas?

Ella asintió, rebuscando en un bolsillo. Luego, en el otro. Después, en el bolsillo trasero. Ah, allí estaban. Sacó un puñado de semillas.

—No puedo afectar al Reino Físico excepto en aspectos menores —dijo Wyndle—. Eso significa que tendrás que usar Investidura para…

Lift bostezó.

—Usar Investidura para…

Bostezó con más fuerzas. Los famélicos Portadores del Vacío nunca captaban una indirecta.

Wyndle suspiró.

—Esparce las semillas sobre el marco.

Ella así lo hizo, lanzando las semillas contra la ventana.

—Tu vínculo conmigo ofrece dos tipos principales de habilidad —dijo Wyndle—. La primera, la manipulación de fricción, ya la has descubierto. ¡No me bosteces! Llevamos usándola bien desde hace ya muchas semanas, y es hora de que aprendas la segunda, el poder de la Generación. Aún no estás preparada para lo que una vez fue conocido como Regeneración, la curación de…

Lift colocó la palma de la mano contra las semillas y pasó a invocar su maravilla.

No estaba segura de cómo lo hacía. Simplemente, lo hacía. Había empezado más o menos en la época en que Wyndle apareció por primera vez.

Por entonces él no hablaba. Lift echaba de menos aquellos tiempos.

Su mano brilló levemente con luz blanca, como vapor que brotara de la piel. Las semillas que vieron la luz empezaron a crecer. Rápidamente. De las semillas brotaron enredaderas que se colaron en las grietas entre la ventana y el marco.

Las enredaderas crecieron a su antojo, produciendo sonidos apagados y forzados. El cristal se resquebrajó, luego el marco de la ventana se soltó.

Lift sonrió.

—Bien hecho —dijo Wyndle—. Todavía conseguiremos hacer de ti una bailarina del filo. —A Lift le gruñó el estómago. ¿Cuándo fue la última vez que comió? Había usado gran parte de su maravilla practicando antes. Probablemente tendría que haber robado algo de comer. No era tan maravillosa cuando tenía hambre.

Se coló por la ventana. Tener a un Portador del Vacío era útil, aunque no estaba completamente segura de que sus poderes procedieran de él. Parecía el tipo de asunto sobre el que un Portador del Vacío mentiría. Ella lo había capturado, así de claro. Había utilizado palabras. Los Portadores del Vacío no tenían cuerpo, en realidad. Para capturar algo así, tenías que usar palabras. Todo el mundo lo sabía. Igual que las maldiciones hacían que seres malvados fueran a buscarte.

Tuvo que sacar una esfera (un marco de diamante, el de la suerte) para ver adecuadamente allí dentro. El pequeño dormitorio estaba decorado al estilo azishiano, como montones de intrincados patrones en las alfombras y la tela de las paredes, casi todo rojo y dorado. Esos patrones lo eran todo para los azishianos. Eran como palabras.

Se asomó a la ventana. Sin duda había escapado de Oscuridad, el hombre de negro y plata con la clara marca de nacimiento en forma de media luna en la mejilla. El hombre de la mirada sin vida. Seguro que no la había seguido desde Marabethia. ¡Eso estaba a medio continente de distancia! Bueno, a un cuarto, al menos.

Convencida, desenrolló la cuerda que llevaba a la cintura y los hombros. La ató a la puerta de un armario empotrado y la arrojó por la ventana. La cuerda se tensó cuando los hombres empezaron a escalar. Cerca de ella, Wyndle creció en torno a uno de los postes de la cama, enroscado como una anguila.

Lift oyó susurros abajo.

—¿Has visto eso? Ha escalado directamente. No hay ni un asidero a la vista. ¿Cómo…?

—Calla. —Era Huqin.

Lift empezó a hurgar en cajones y armarios mientras los muchachos entraban uno por uno a través de la ventana. Una vez dentro, los ladrones recogieron la cuerda y cerraron la ventana lo mejor que pudieron. Huqin estudió las enredaderas que habían crecido a partir de las semillas que había en el marco.

Lift metió la cabeza en el fondo de un guardarropa y tanteó.

—En esta habitación no hay nada más que zapatos mohosos.

—Mi sobrino y tú os quedaréis en esta habitación —le dijo Huqin—. Nosotros tres buscaremos en los dormitorios cercanos. Volveremos dentro de poco.

—Probablemente encontraréis un saco entero de zapatos mohosos… —intervino Lift, saliendo del guardarropa.

—Niña ignorante —masculló Huqin, señalando al guardarropa. Uno de sus hombres cogió los zapatos y las prendas que había dentro y los metió en un saco—. Esta ropa se venderá con facilidad. Es exactamente lo que estamos buscando.

—¿Y riquezas de verdad? —dijo Lift—. Esferas, joyas, arte… —Ella había perdido interés en esas cosas, pero pensaba que era lo que buscaba Huqin.

—Todo eso estará demasiado bien protegido —contestó Huqin mientras sus dos socios se apoderaban rápidamente de las ropas que había en la habitación—. La diferencia entre un ladrón de éxito y un ladrón muerto es que el primero sabe cuándo hay que escapar con las ganancias. Este alijo nos permitirá vivir con lujo durante un año o dos. Con eso basta.

Uno de los hermanos se asomó a la puerta que daba al pasillo. Asintió, y los tres salieron de la habitación.

—Atento a la señal —le dijo Huqin a su sobrino, luego dejó la puerta casi cerrada tras el.

Tigzikk y su cómplice estarían atentos allá abajo a cualquier tipo de alarma. Si algo parecía ir mal, se quitarían de en medio y harían sonar sus silbatos. El sobrino de Huqin se agazapó para escuchar junto a la ventana, tomándose obviamente muy en serio su trabajo. Parecía tener unos dieciséis años. Edad de mala suerte, esa.

—¿Cómo escalaste así por la pared? —preguntó el joven.

—Agallas —dijo Lift—. Y saliva.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Tengo saliva mágica.

Él pareció creerla. Idiota.

—¿Te sientes sola? —preguntó—. ¿Lejos de tu pueblo?

Ella se levantó. Pelo negro liso (lo llevaba hasta la cintura), piel bronceada, rasgos suaves. Todo el mundo la identificaba inmediatamente como reshi.

—No lo sé —contestó, encaminándose hacia la puerta—. Nunca he estado con mi pueblo.

—¿No eres de las islas?

—No. Crecí en Rall Elorim.

—¿La… Ciudad de las sombras?

—Ajá.

—¿Es…?

—Ajá. Tal como dicen.

Se asomó a la puerta. Huqin y los demás ya se habían alejado. El pasillo era de bronce, paredes y todo, pero una alfombra roja y azul, con montones de pequeños patrones de enredaderas, corría por el centro. En las paredes colgaban cuadros.

Lift abrió la puerta del todo y salió.

—¡Lift! —El sobrino corrió hacia la puerta—. ¡Nos han dicho que esperemos aquí!

—¿Y?

—¡Pues que deberíamos esperar aquí! ¡No queremos que el tío Huqin se meta en un lío!

—¿Qué sentido tiene colarte en un palacio si no es para meterte en un lío? —Lift sacudió la cabeza. Qué raros eran estos tipos—. Esto debe de ser un lugar interesante, con todos esos ricachones pululando. —Tenía que haber comida realmente buena por allí.

Salió al pasillo y Wyndle creció a lo largo del suelo tras ella. Curiosamente, el sobrino la siguió. Ella había supuesto que se quedaría en la habitación.

—No deberíamos estar haciendo esto —dijo él mientras pasaban ante una puerta que estaba ligeramente abierta. Escucharon sonidos apagados dentro. Huqin y sus hombres, robando el lugar a placer.

—Entonces quédate —susurró Lift, que llegaba a unas grandes escaleras. Abajo los criados se afanaban de un lado a otro, incluso unos cuantos parshmenios, pero no vio

a nadie con uno de aquellos largos gabanes—. ¿Dónde está la gente importante?

—Leyendo impresos —dijo el sobrino, tras ella.

—¿Impresos?

—Claro. Con el Supremo muerto, los visires, escribas y árbitros tienen todos la oportunidad de rellenar el papeleo adecuado para solicitar el puesto.

—¿Se solicita el puesto de emperador? —dijo Lift.

—Claro —respondió él—. Hace falta un montón de papeleo. Y un ensayo. El ensayo tiene que ser realmente bueno para conseguir el puesto.

—Tormentas. Estáis locos.

—¿Otras naciones lo hacen mejor? ¿Con sangrientas guerras de sucesión? De esta forma, todo el mundo tiene una oportunidad. Incluso los funcionarios de rangos inferiores pueden entregar los papeles. Y también puedes ser discreto y acabar en el trono, si eres lo bastante convincente. Sucedió una vez.

—De locos.

—Y eso lo dice la chica que habla sola.

Lift lo miró bruscamente.

—No digas que no. Te he visto. Hablas al aire, como si hubiera alguien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lift.

—Gawx.

—Vaya. Bueno, verás, Gawx. No hablo sola porque esté loca.

—¿No?

—Lo hago porque soy maravillosa. —Empezó a bajar las escaleras, esperó a que hubiera un hueco entre los criados que pasaban, y luego se dirigió a una alacena al otro lado. Gawx maldijo y la siguió.

Lift se sintió tentada de usar su maravilla para deslizarse rápidamente por el suelo, pero no le hacía falta. Además, Wyndle no paraba de quejarse de que usaba la maravilla demasiado a menudo. Que corría riesgo de malnutrición, significara eso lo que significase.

Se acercó a la alacena, usando solamente sus habilidades cotidianas, y se metió dentro. Gawx se coló tras ella justo antes de que cerrara. La vajilla que había en un carrito tintineó tras ellos, y apenas pudieron apretujarse en aquel espacio. Gawx se movió, provocando más tintineos, y ella le dio un codazo. Gawx se calló mientras pasaban dos parshmenios cargados con grandes barriles de vino.

—Deberías volver arriba —le susurró Lift—. Esto podría ser peligroso.

—Oh, ¿así que colarte en el palacio real es peligroso, por las tormentas? Gracias. No me había dado cuenta.

—Lo digo en serio —replicó Lift, asomándose—. Vuelve arriba y márchate cuando regrese Huqin. Me abandonará sin pensárselo dos veces. Y probablemente a ti también.

Además, no quería ser maravillosa con Gawx delante. Eso provocaría preguntas. Y rumores. Odiaba ambas cosas. Por una vez, le gustaría poder quedarse en un sitio durante un rato sin verse obligada a echar a correr.

—No —contestó Gawx en voz baja—. Si vas a robar algo bueno, quiero mi tajada. Así tal vez Huqin ya no me obligue a quedarme atrás ni me dé los trabajos fáciles.

Vaya. Por lo visto tenía valor.

Una criada pasó cargada con una gran bandeja llena de platos. Los olores de la comida hicieron que el estómago de Lift rugiera. Comida de ricos. Una pura delicia.

En cuanto Lift vio pasar a la mujer, salió de la alacena y la siguió. Esto iba a ser difícil con Gawx pegado a sus talones. Su tío lo había entrenado bastante bien, pero moverse sin ser visto por un edificio habitado no era fácil.

La criada abrió una puerta que estaba oculta en la pared. Los pasillos del servicio. Lift la detuvo cuando ya se cerraba, esperó unos segundos, luego la abrió y se deslizó dentro. El estrecho pasillo estaba mal iluminado y olía a la comida que acababa de pasar.

Gawx entró detrás de ella y luego cerró silenciosamente la puerta. La criada desapareció al doblar una esquina por delante: probablemente había montones de pasillos como aquel en el palacio. Detrás de Lift, Wyndle creció en torno al marco de la puerta: un manojo de enredaderas como hongos, verde oscuro, que cubrió la puerta y luego la pared.

Formó un rostro en las enredaderas y puntos de cristal, y luego sacudió la cabeza.

—¿Demasiado estrecho? —preguntó Lift.

Él asintió.

—Está oscuro aquí dentro. Apenas se nos ve.

—Vibraciones en el suelo, ama. Alguien se acerca.

Ella miró ansiosamente hacia el lugar por donde había ido la criada con la comida, luego hizo a un lado a Gawx y abrió la puerta para salir de nuevo al pasillo principal.

Gawx maldijo.

—¿Sabes siquiera lo que estás haciendo?

—No —respondió ella, y dobló una esquina del pasillo grande flanqueado de lámparas de gemas verdes y amarillas. Por desgracia, un criado de estirado uniforme blanco y negro se dirigía hacia ella.

Gawx dejó escapar un silbidito de preocupación y volvió a doblar la esquina. Lift se irguió, con las manos a la espalda, y avanzó.

Pasó ante el hombre. Su uniforme indicaba que era alguien importante, para tratarse de un criado.

—¡Eh, tú! —exclamó el hombre—. ¿Qué es esto?

—La señora quiere tarta —dijo Lift, alzando la barbilla.

—Oh, por el amor de Yaezir. ¡La comida está servida en los jardines! ¡Allí hay tarta!

—No de la que ella quiere —respondió Lift—. La señora quiere tarta de moras.

El hombre alzó las manos al aire.

—Las cocinas están por el otro lado —dijo—. Trata de convencer a la cocinera, aunque probablemente te cortará las manos antes de aceptar otra petición especial. ¡País de escribas de las tormentas! ¡Las necesidades culinarias especiales hay que enviarlas por adelantado, con los impresos adecuados! —Se marchó, dejando a Lift con las manos a la espalda, observándolo.

Gawx se asomó a la esquina.

—Ya me daba por muerto.

—No seas estúpido —dijo Lift, apresurándose pasillo abajo—. Todavía no hemos llegado a lo más difícil.

Al fondo, el pasillo se cruzaba con otro que tenía la misma ancha alfombra en el centro, las paredes de bronce y las brillantes lámparas de metal. Enfrente había una puerta sin luz asomando debajo. Lift comprobó en ambas direcciones, luego se dirigió a la puerta, la abrió un poco, se asomó y le hizo señas a Gawx para que se reuniera con ella dentro.

—Tendrías que seguir ese pasillo de fuera —susurró Gawx mientras ella entornaba la puerta—. Por ahí, encontraremos los aposentos de los visires. No creo que haya nadie, porque todo el mundo estará en el ala del Supremo, deliberando.

—¿Conoces el trazado del palacio? —preguntó ella, agazapada en la penumbra junto a la puerta. Estaba en una pequeña sala de espera, con un par de sillas en sombras y una mesita.

—Sí —respondió Gawx—. Memoricé los planos del palacio antes de venir. ¿Tú no?

Ella se encogió de hombros.

—He estado aquí una vez antes —dijo Gawx—. Vi al Supremo dormido.

—¿Que hiciste qué?

—Es público, pertenece a todo el mundo. Puedes participar en un sorteo para venir a verlo dormir. La gente rota cada hora.

—¿Cómo? ¿En un día especial o algo?

—No, todos los días. También puedes verlo comer, o realizar sus rituales diarios. Si pierde un cabello o se recorta una uña, hasta es posible que te lo quedes como

reliquia.

—Parece repulsivo.

—Un poco.

—¿Por dónde se va a sus aposentos? —preguntó Lift.

—Por ahí —dijo Gawx, señalando a la izquierda del pasillo: la dirección opuesta a los aposentos de los visires—. No querrás entrar ahí, Lift. Ahí es donde los visires y toda la gente importante estará revisando las solicitudes. En presencia del Supremo.

—Pero si está muerto.

—El nuevo Supremo.

—¡Si no lo han elegido todavía!

—Bueno, es un poco raro —dijo Gawx. A la tenue luz de la puerta entreabierta, ella vio que se ruborizaba, como si se diera cuenta de lo extravagante que era todo esto—. Nunca ha faltado un Supremo. Simplemente, todavía no sabemos quién es. Quiero decir, está vivo, y ya es Supremo… ahora mismo. Solo que de momento no conocemos su identidad. Así que, estos son sus aposentos, y los vástagos y visires quieren estar en su presencia mientras deciden quién es. Aunque la persona que decidan no esté en la habitación.

—Eso no tiene sentido.

—Pues claro que lo tiene —dijo Gawx—. Es el gobierno. Todo está muy detallado en los códigos y… —Se calló cuando vio bostezar a Lift. Los azishianos podían ser aburridísimos. Al menos, él era capaz de captar una indirecta.

»De todas formas —continuó Gawx—, todo el mundo que está ahí fuera en los jardines espera que lo llamen para una entrevista personal. Puede que no lleguen a eso. Los vástagos no pueden ser Supremo, ya que están demasiado ocupados visitando y bendiciendo aldeas por todo el reino… Pero un visir sí puede, y suelen entregar las mejores solicitudes. Por lo general eligen a uno de los suyos.

—Los aposentos del Supremo —dijo Lift—. Por ahí ha ido la comida.

—¿Qué te pasa con la comida?

—Me voy a comer su cena —respondió ella, en voz baja pero intensa.

Gawx parpadeó, sorprendido.

—¿Que vas a… qué?

—Voy a comerme su comida. Los ricos tienen la mejor comida.

—Pero… puede que haya esferas en los aposentos de los visires…

—Eh —dijo ella—. Me las gastaría en comida.

Robar cosas corrientes no era divertido. Ella quería un auténtico desafío. A lo largo de los dos últimos años, había escogido los lugares más difíciles de acceder. Y luego

había irrumpido en ellos.

Y se había comido sus cenas.

—Vamos —dijo, saliendo del portal y dirigiéndose a la izquierda, hacia los aposentos del Supremo.

—Estás loca de atar —susurró Gawx.

—No. Solo me aburro.

Él miró hacia el otro lado.

—Yo me voy a los aposentos de los visires.

—Como quieras —respondió ella—. Yo en tu lugar volvería escaleras arriba. No tienes suficiente práctica para este tipo de cosas. Si no vienes conmigo, probablemente te meterás en líos.

Él vaciló, luego se marchó en dirección a los aposentos de los visires. Lift se encogió de hombros.

—¿Por qué vienes con ellos? —preguntó Wyndle, saliendo de la habitación—. ¿Por qué no trabajas por tu cuenta?

—Tigzikk descubrió todo este asunto de la elección —dijo ella—. Me dijo que esta noche era un buen momento para colarse. Se lo debía. Además, quería estar allí por si se metía en problemas. Para ayudar si hace falta.

—¿Por qué te molestas?

¿Por qué, en efecto?

—Alguien tiene que preocuparse —dijo, echando a andar pasillo abajo—. Muy poca gente lo hace, hoy en día.

—Dices esto cuando vienes a robarle a la gente.

—Claro. No les hará daño.

—Tienes un extraño sentido de la moralidad, ama.

—No seas estúpido —dijo ella—. Todo sentido de la moralidad es extraño.

—Supongo.

—Sobre todo para un Portador del Vacío.

—Yo no soy…

Ella sonrió y avivó el paso hacia los aposentos del Supremo. Supo que los había encontrado cuando se volvió a mirar un pasillo lateral y divisó guardias al fondo. Sí. Aquella puerta era tan bonita que tenía que pertenecer a un emperador. Solo la gente extraordinariamente rica construía puertas así. Tenía que salirte el dinero por las orejas para gastarlo en una puerta.

Los guardias eran un problema. Lift se arrodilló y se asomó a la esquina. El pasillo era estrecho, como un callejón. Qué inteligente. Era difícil colarse en un sitio así. Y esos dos guardias no eran de los de aspecto aburrido. Eran de los de «tenemos que estar aquí y poner cara de malas pulgas». Estaban tan erguidos que cualquiera diría que les habían metido una escoba por el trasero.

Lift alzó la mirada. El pasillo era alto: a los ricos les gustaban las cosas altas. Si hubieran sido pobres, habrían construido otro piso encima para que vivieran allí sus tíos y primos. Los ricos desperdiciaban el espacio. Como tenían tanto dinero, podían malgastarlo.

Robarles parecía de lo más natural.

—Allí —susurró Lift, señalando un pequeño saliente ornamental que corría por la pared allá arriba. No sería lo bastante ancho para caminar por él, a menos que fueras Lift. Cosa que, por fortuna, era. Estaba oscuro allí arriba también. Las lámparas de araña eran de las que colgaban bajas, con espejos reflejando hacia abajo la luz de sus esferas.

—Allá vamos —dijo Lift.

Wyndle suspiró.

—Tienes que hacer lo que digo o te podaré.

—Me… podarás.

—Claro. —Eso sonaba amenazador, ¿no?

Wyndle creció por la pared, proporcionándole asideros. Las enredaderas que había dejado por el pasillo tras ellos se estaban desvaneciendo ya, volviéndose cristal y desintegrándose en polvo.

—¿Por qué no han reparado en ti? —susurró Lift. Nunca se lo había preguntado, a pesar de los meses que llevaban juntos—. ¿Es porque solo pueden verte los puros de corazón?

—No lo dirás en serio.

—Claro que sí. Eso encajaría con las historias y leyendas.

—Oh, la teoría en sí misma no es ridícula —dijo Wyndle, hablando desde un trozo de enredadera cercano; los diversos tallos verdes se movían como labios—. Solo la idea de que te consideres pura de corazón.

—Soy pura —susurró ella, gruñendo mientras escalaba—. Soy una niña y todo eso. Soy tan pura, tormentas, que prácticamente eructo arcoiris.

Wyndle volvió a suspirar (le gustaba hacerlo) mientras llegaban al saliente. Creció a lo largo, haciéndolo un poco más ancho, y Lift se encaramó. Se equilibró con cuidado, luego le asintió a Wyndle. Él siguió creciendo a lo largo del saliente, luego se dio media vuelta y creció por la pared hasta un punto por encima de la cabeza de Lift. A partir de ahí, creció en horizontal para proporcionarle un asidero. Con la pulgada extra de espacio y el asidero arriba, ella consiguió ir avanzando, el estómago contra la pared. Inspiró profundamente, luego dobló la esquina que desembocaba en el pasillo de los guardias.

Lo siguió despacio, con Wyndle moviéndose adelante y atrás, ampliando los asideros para sus manos y sus pies. Los guardias no dieron ningún grito de alarma. Lo estaba consiguiendo.

—No pueden verme —dijo Wyndle, creciendo junto a ella para crear otra fila de asideros—, porque existo principalmente en el Reino Cognitivo, aunque he trasladado mi conciencia a este Reino. Puedo hacerme visible para cualquiera, si lo deseo, aunque no me resulta fácil. Algunos spren son más habilidosos en ello, mientras que otros tienen el problema contrario. Naturalmente, no importa cómo me manifieste, nadie puede tocarme, ya que apenas tengo ninguna sustancia en este Reino.

—Nadie más que yo —susurró Lift, avanzando poco a poco por el pasillo.

—Tú tampoco deberías —dijo él, preocupado—. ¿Qué pediste, cuando visitaste a mi madre?

Lift no tenía una respuesta para eso, o al menos la que tenía no servía para dársela a un condenado Portador del Vacío. Por fin llegó al final del pasillo, donde estaba la puerta. Por desgracia, allí era exactamente donde se encontraban los guardias.

—Esto no parece muy meditado, ama —advirtió Wyndle—. ¿Habías considerado qué ibas a hacer cuando llegaras aquí?

Ella asintió.

—¿Bien?

—Espera —susurró Lift.

Y esperaron, ella apretada de cara contra la pared, los talones colgando tres metros por encima de los guardias. No quería caer. Estaba segura de que era lo bastante maravillosa para sobrevivir, pero si los hombres la veían, sería el final del juego. Tendría que huir, y sin la cena.

Por fortuna no se había equivocado…, para su desgracia. Un guardia apareció en el otro extremo del pasillo, con aspecto inquieto y no poco molesto. Los otros dos guardias corrieron hacia él. El hombre se volvió y señaló hacia la dirección opuesta.

Era la oportunidad de Lift. Wyndle hizo crecer una enredadera hacia abajo, y ella la agarró. Pudo sentir los cristales brotando entre los zarcillos, pero eran lisos y planos, no angulosos y afilados. Se dejó caer, la enredadera suave entre los dedos, y se detuvo justo ante la puerta.

Solo tenía unos pocos segundos.

—… capturado a un ladrón intentando saquear los aposentos de los visires —dijo el guardia recién llegado—. Puede que haya más. Seguid vigilando. ¡Por Yaezir! No puedo creer que se atrevan. ¡Esta noche, nada menos!

Lift abrió un poco la puerta de las habitaciones del emperador y se asomó. Una sala grande. Hombres y mujeres ante una mesa. Nadie miraba en su dirección. Atravesó la puerta.

Entonces se volvió maravillosa.

Se agachó, se lanzó hacia delante y, durante un momento, el suelo (la alfombra, el suelo debajo) no tuvo efecto sobre ella. Se deslizó como si lo hiciera sobre hielo, sin hacer ningún ruido mientras recorría los tres metros de distancia. Nada podía detenerla cuando se deslizaba así. Los dedos no lograban agarrarla, y era capaz de deslizarse eternamente. Creía que no se detendría a menos que se quedara sin maravilla. Le parecía posible deslizarse hasta el condenado océano.

Esa noche se detuvo bajo la mesa usando los dedos (que no eran deslizantes) y luego eliminó el deslizamiento de las piernas. Su estómago gruñó, quejándose. Necesitaba comida. Y rápido, o no habría más maravilla.

—De algún modo, estás en parte en el Reino Cognitivo —dijo Wyndle, enroscándose a su lado y alzando una retorcida maraña de enredaderas que podían componer un rostro—. Es la única respuesta que encuentro a que puedas tocar a los spren. Y puedes metabolizar comida directamente en luz tormentosa.

Ella se encogió de hombros. Él siempre decía palabras así. Trataba de confundirla, famélico Portador del Vacío. Bueno, no iba a responderle, y menos en ese momento. Los hombres y mujeres que estaban alrededor de la mesa podrían oírla, aunque no captaran a Wyndle.

La comida estaba allí, en alguna parte. Le llegaba el aroma.

—Pero ¿por qué? —dijo Wyndle—. ¿Por qué te dio Ella este increíble talento? ¿Por qué a una niña? Hay soldados, grandes reyes, sabios increíbles entre la humanidad. En cambio, te eligió a ti.

Comida, comida, comida. El olor era una delicia. Lift se arrastró bajo la larga mesa. Los hombres y mujeres que compartían la cena hablaban con voces muy preocupadas.

—Tu solicitud fue claramente la mejor, Dalksi.

—¡Qué! ¡Me equivoqué al escribir tres palabras solo en el primer párrafo!

—No me di cuenta.

—No te… ¡Pues claro que te diste cuenta! Pero esto es absurdo, porque está claro que el ensayo de Axikk es superior al mío.

—No me vuelvas a meter en esto. Nos hemos descalificado. No soy adecuado para ser Supremo. Tengo la espalda mala.

—Ashno de Sages tenía problemas de espalda. Y fue el más grande de los Supremos Emuli.

—¡Bah! Mi ensayo era una completa basura, y lo sabéis.

Wyndle se detuvo junto a Lift.

—Mi madre ha renunciado a tu especie. Lo noto. Ya nada le preocupa. Ahora que Él no está…

—Esta discusión no nos beneficia —dijo una imperiosa voz femenina—. Deberíamos votar. La gente está esperando.

—Que sea uno de esos idiotas de los jardines.

—Sus ensayos eran horribles. Mira lo que escribió Pandri encima del suyo.

—Bueno… yo… no sé lo que significa la mitad de lo que pone, pero parece injurioso.

Eso llamó por fin la atención de Lift. Alzó la mirada hacia la mesa. ¿Buenos insultos? «Vamos —pensó—. Lee unos cuantos».

—Tendremos que escoger a uno de ellos —dijo la otra voz, que parecía al mando—. Kadaseises y Estrellas, esto es un rompecabezas. ¿Qué hacemos cuando nadie quiere ser Supremo?

¿Nadie quería ser Supremo? ¿De pronto al país entero le había entrado algo de sensatez? La vida continuaba. Ser rico parecía divertido y todo eso, pero ¿estar a cargo de tanta gente? Sería lo peor de lo peor.

—Tal vez deberíamos elegir la peor solicitud —dijo una de las voces—. En esta situación, eso indicaría al aspirante más listo.

—Seis monarcas distintos asesinados… —dijo una de las voces, una nueva—. En solo dos meses. Altos príncipes muertos por todo el este. Líderes religiosos. Y luego, dos Supremos asesinados en una sola semana. Tormentas… Casi parece que otra Desolación nos ha caído encima.

—Una Desolación en forma de un solo hombre. Yaezir ayude a quien elijamos. Es una sentencia de muerte.

—Hemos tardado demasiado. Estas semanas de espera sin Supremo han sido dañinas para Azir. Escojamos la peor solicitud. De este fajo.

—¿Y si escogemos a alguien que sea legítimamente de lo peor? ¿No es nuestro deber cuidar del reino, sin importarnos el riesgo que corra quien elijamos?

—Pero al elegir al mejor entre nosotros, condenamos a nuestros más brillantes, a los mejores, a morir por la espada… Yaezir nos ayude. Vástago Ethid, una plegaria como guía sería de agradecer. Necesitamos que el mismo Yaezir nos muestre su voluntad. Tal vez si escogemos a la persona adecuada, su mano lo protegerá.

Lift llegó al final de la mesa y contempló el banquete que habían colocado en una mesa más pequeña al otro lado de la sala. Este lugar era muy azishiano. Bordados por todas partes. Alfombras tan finas que probablemente habían dejado ciega a alguna pobre mujer mientras las tejía. Colores oscuros y luces tenues. Pinturas en las paredes.

«Vaya —pensó Lift—, alguien ha borrado una cara de esa». ¿Quién estropearía una pintura así, y tan bonita, con todos los Heraldos en fila?

Bueno, nadie parecía dispuesto a tocar ese banquete. El estómago de Lift gruñó, pero esperó una distracción.

Poco después se produjo: la puerta se abrió. Probablemente los guardias venían a informar sobre el ladrón que habían encontrado. Pobre Gawx. Tendría que ir a sacarlo de allí más tarde.

En ese momento era la hora de comer. Lift se puso de rodillas y usó su maravilla para deslizar sus piernas. Cruzó el suelo y se agarró a la pata de la mesa de la comida. Su

impulso la hizo girar y rodearla. Se agachó, casi oculta por el mantel, y eliminó el deslizamiento de sus piernas.

Perfecto. Extendió una mano y cogió un rollito de la mesa. Dio un bocado y enseguida se detuvo.

¿Por qué todo se había vuelto tan silencioso? Se arriesgó a mirar por encima de la mesa.

Él había llegado.

El alto azishiano de la marca blanca en la mejilla, como una media luna. Uniforme negro con una doble fila de botones de plata en la pechera, un rígido cuello plateado asomando de la camisa que llevaba debajo. Sus gruesos guantes tenían bocamangas que se extendían hacia sus antebrazos.

Ojos muertos. Era Oscuridad mismo.

«Oh, no».

—¿Qué significa esto? —exigió una de los visires, una mujer vestida con uno de aquellos grandes gabanes de mangas demasiado grandes. Su gorra tenía un diseño diferente, y chocaba espectacularmente con el gabán.

—Estoy aquí —dijo Oscuridad—, por un ladrón.

—¿Te das cuenta de dónde estás? ¿Cómo te atreves a interrumpir?

—Tengo los impresos adecuados —aseguró Oscuridad, sin la menor emoción. No manifestaba ningún malestar por ser desafiado, ninguna arrogancia o pomposidad. Nada en absoluto. Uno de sus sicarios entró tras él, un hombre con uniforme negro y plata, menos ornamentado. Le ofreció a su amo un ordenado fajo de papeles.

—Los impresos están muy bien —dijo la visir—. Pero este no es el momento, alguacil.

Lift echó a correr.

Sus instintos finalmente fueron más fuertes que su sorpresa y corrió, saltando por encima de un sofá camino de la puerta trasera de la sala. Wyndle se movió tras ella como un rayo.

Arrancó con los dientes un trozo del rollo: iba a necesitar la comida. Más allá de aquella puerta habría un dormitorio, y un dormitorio tendría una ventana. Abrió de golpe la puerta y la atravesó.

Algo saltó de las sombras al otro lado.

Un garrote le golpeó en el pecho, rompiéndole las costillas. Lift jadeó y cayó de bruces al suelo.

Otro de los sicarios de Oscuridad salió de entre las sombras.

—Incluso lo caótico puede predecirse con el estudio adecuado —dijo Oscuridad. Sus pies resonaron por el suelo tras ella.

Lift apretó los dientes, enroscada en el suelo. «No comí lo suficiente…». ¡Tenía tanta

hambre!

Los pocos bocados que había tomado antes actuaron en su interior. Notó la familiar sensación, como una tormenta en sus venas. Maravilla líquida. El dolor se disolvió en su pecho mientras se curaba.

Wyndle corría en círculo a su alrededor, un pequeño lazo de enredaderas del que brotaban hojas, envolviéndola una y otra vez. Oscuridad se acercó.

«¡Huye!». Lift se puso a cuatro patas de un salto. Él la agarró por el hombro, pero pudo eludirlo. Invocó su maravilla.

Oscuridad le arrojó algo.

El animalillo era como un cremlino, pero con alas. Alas pegadas, patas atadas. Tenía una carita extraña, no de cangrejo como los cremlinos. Más bien como un diminuto sabueso-hacha, con hocico, boca y ojos.

Parecía enfermo, y sus ojos brillantes mostraban dolor. ¿Cómo podía ella saberlo?

La criatura absorbió la maravilla de Lift. Ella la vio brotar, una brillante blancura blanca que pasó de ella al animalito, que abrió la boca y la bebió.

De repente, Lift se sintió muy cansada y muy, muy hambrienta.

Oscuridad le entregó el animal a uno de sus sicarios, que se aseguró de hacerlo desaparecer en una bolsa negra que luego se guardó en el bolsillo. Lift estaba segura de que los visires (de pie ante la mesa, airados) no habían visto nada de esto, no con Oscuridad de espaldas a ellos y los sicarios alrededor.

—Quitadle todas las esferas —dijo Oscuridad—. No debe infundir.

Lift sintió terror, un pánico como no había conocido en años, desde sus días en Rall Elorim. Se debatió, revolviéndose, mordiendo la mano que la sujetaba. Oscuridad ni siquiera gruñó. La puso en pie, y otro sicario la cogió por los brazos y se los retorció hacia atrás hasta que gimió de dolor.

No. ¡Se liberaría! No podían capturarla así. Wyndle seguía girando a su alrededor en el suelo, inquieto. Era un buen tipo, para ser un Portador del Vacío.

Oscuridad se volvió hacia los visires.

—No os molestaré más.

—¡Ama! —gritó Wyndle—. ¡Toma!

El rollito a medio comer estaba en el suelo. Lift lo había dejado caer cuando la golpeó el garrote. Wyndle corrió hacia él, pero no pudo hacer más que sacudirlo. Lift se debatió, tratando de liberarse, pero sin aquella tormenta en su interior, era solo una niña sujeta por un soldado entrenado.

—Me preocupa enormemente la naturaleza de esta incursión, alguacil —dijo el visir principal, repasando el fajo de papeles que Oscuridad les había mostrado—. Tu papeleo está en orden, y veo que incluso has incluido una solicitud, concedida por los árbitros, para buscar a esta ladronzuela en el palacio. Pero sin duda no tenías que molestar un cónclave sagrado. Por una vulgar ladrona, nada menos.

—La justicia no espera a ningún hombre o mujer —dijo Oscuridad, completamente tranquilo—. Y esta ladrona es de todo menos vulgar. Con vuestro permiso, dejaré de molestaros.

No pareció importarle si le daban permiso o no. Se dirigió hacia la puerta, y su sicario arrastró consigo a Lift. Ella logró alcanzar el rollo con el pie, pero solo consiguió darle una patada y empujarlo bajo la larga mesa de los visires.

—Esto es un permiso de ejecución —dijo la visir con sorpresa, alzando la última hoja del fajo—. ¿Matarás a esa niña? ¿Solo por robar?

¿Matar? «No. ¡No!».

—Por eso, además de por irrumpir en el palacio del Supremo —respondió Oscuridad, alcanzando la puerta—. Y por interrumpir un sagrado cónclave en sesión.

La visir lo miró a los ojos. Sostuvo la mirada y luego la bajó.

—Yo… —dijo—. Ag, por supuesto… er… alguacil.

Oscuridad dio media vuelta y abrió la puerta. La visir apoyó una mano en la mesa y se llevó la otra a la cabeza.

El sicario arrastró a Lift hacia la puerta.

—¡Ama! —dijo Wyndle, retorciéndose—. Oh… oh, cielos. ¡Hay algo muy malo en ese hombre! No es bueno, no es nada bueno. Tienes que usar tus poderes.

—Lo intento —dijo Lift, gruñendo.

—Te has quedado demasiado delgada —dijo Wyndle—. No es bueno. Siempre consumes el exceso… Baja grasa corporal… Eso podría ser el problema. ¡No sé cómo funciona esto!

Oscuridad vaciló junto a la puerta y miró las lámparas de araña que colgaban en el pasillo, con sus espejos y gemas chispeantes. Alzó la mano e hizo un gesto. El sicario que sujetaba a Lift salió al pasillo y buscó las cuerdas de las lámparas.

Lift trató de invocar su maravilla. Solo un poco más. Apenas necesitaba un poquito.

Estaba exhausta. Agotada. En efecto, se había excedido. Se debatió, cada vez más presa del pánico. Cada vez más desesperada.

En el pasillo, el sicario elevó la lámpara. Cerca, el visir principal miró primero a Oscuridad y luego a Lift.

—Por favor —silabeó ella.

El visir empujó la mesa. Dio un golpe en el codo del sicario que sujetaba a Lift. El hombre maldijo y retiró la mano.

Lift se lanzó al suelo, escapando de su presa, se rebulló y se metió bajo la mesa.

El sicario la agarró por los tobillos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Oscuridad con voz inexpresiva.

—He resbalado —dijo el visir.

—Ten cuidado.

—¿Eso es una amenaza, alguacil? Estoy más allá de tu alcance.

—Nadie está más allá de mi alcance —declaró, sin revelar ninguna emoción.

Lift se rebulló bajo la mesa, dando patadas al sicario. El hombre maldijo en voz baja y tiró de las piernas de la chica antes de obligarla a ponerse en pie. Oscuridad observaba, inexpresivo.

Ella lo miró a los ojos, con un rollito a medio comer en la boca. Lo miró, masticando rápidamente. Tragó.

Por una vez, él mostró emoción. Asombro.

—¿Todo eso por un rollito?

Lift no dijo nada.

«Vamos…».

La condujeron pasillo abajo, luego rodearon la esquina. Uno de los sicarios se adelantó y retiró las esferas de las lámparas de las paredes. ¿Estaban robando el palacio? No: después de que ella pasara, el sicario se apresuró a poner de nuevo las esferas en su sitio.

«Vamos…».

Pasaron ante un guardia en el pasillo. El hombre advirtió algo en Oscuridad (quizá la cuerda atada en su antebrazo, trenzada con una secuencia de colores azishiana), y saludó.

—¿Señor? ¿Ha encontrado otro?

Oscuridad se detuvo a mirar mientras el guardia abría la puerta que protegía. Dentro, Gawx estaba sentado en una silla, desplomado entre otros dos guardias.

—¡Así que tenías cómplices! —gritó uno de los guardias de la habitación. Abofeteó a Gawx.

Wyndle susurró tras Lift, asombrado.

—¡Eso no era necesario!

«Vamos…».

—Eso no es asunto vuestro —le dijo Oscuridad a los guardias, esperando a que uno de sus sicarios realizara el extraño ritual de la retirada de gemas. ¿Por qué se molestaban en hacerlo?

Algo se agitó en el interior de Lift. Como los pequeños remolinos de viento que

anunciaban la llegada de una tormenta.

Oscuridad se volvió bruscamente para mirarla.

—Algo se…

La maravilla regresó.

Lift se volvió deslizante, toda ella menos los pies y las palmas de las manos. Dio un tirón con el brazo, que escapó de entre los dedos del sicario, y luego se lanzó hacia delante para caer de rodillas y deslizarse bajo la mano de Oscuridad, que intentó cogerla.

Wyndle dejó escapar un grito de júbilo y zigzagueó junto a ella mientras Lift empezaba a golpear el suelo como si estuviera nadando, usando cada movimiento de los brazos para impulsarse hacia delante. Se deslizó por el suelo del pasillo del palacio con las rodillas resbaladizas, como si estuvieran engrasadas.

La postura no era particularmente digna. La dignidad era para los ricos que tenían tiempo para inventar juegos en los que entretenerse.

Empezó a ir muy rápido, tanto que tuvo que controlarse, relajar su maravilla y tratar de ponerse en pie. Chocó contra una pared al fondo hecha un guiñapo.

Se levantó con una sonrisa. Le había salido bastante mejor que las últimas veces que lo había intentado. Su primer intento había sido vergonzoso a más no poder. Estaba tan deslizante que ni siquiera había conseguido ponerse de rodillas.

—¡Lift! —dijo Wyndle—. Detrás.

Ella miró pasillo abajo. Habría jurado que el hombre brillaba levemente, y desde luego corría demasiado rápido.

Oscuridad también era maravilloso.

—¡Esto no es justo! —gritó Lift, incorporándose y echando a correr por un pasillo lateral, el mismo que había seguido cuando se coló con Gawx. Su cuerpo ya había empezado a acusar el cansancio. Un rollito no daba para mucho.

Corrió por el lujoso pasillo, haciendo que una criada retrocediera de un salto, chillando como si hubiera visto a una rata. Lift rodeó una esquina deslizándose, se dirigió a toda velocidad hacia los agradables olores e irrumpió en las cocinas.

Corrió entre la gente que había allí dentro. La puerta se abrió de golpe tras ella un instante después. Oscuridad.

Ignorando a las sorprendidas cocineras, Lift saltó a una larga encimera, deslizando la pierna y colocándola de lado, por lo que derribó cuencos y sartenes, provocando un auténtico estrépito. Se bajó de la encimera por el otro extremo mientras Oscuridad se abría paso entre el personal de cocina, alzando su hoja esquirlada.

No maldecía molesto. Era algo que debería hacerse. La gente se volvía real cuando maldecía.

Pero, naturalmente, Oscuridad no era una persona de verdad. De eso, aunque de poco más, estaba segura.

Lift agarró una salchicha de un humeante plato y corrió hacia los pasillos de los criados. Masticó mientras corría. Wyndle crecía por la pared junto a ella, dejando un rastro de oscuras enredaderas verdes.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Afuera.

La puerta del pasillo de los criados se abrió tras ella. Lift dobló una esquina, sorprendiendo a un escudero. Se volvió maravillosa, y se lanzó hacia el lado, esquivando fácilmente al hombre en el estrecho pasillo.

—¿En qué me he convertido? —preguntó Wyndle—. Ladrón nocturno, perseguido por abominaciones. Yo era jardinero. ¡Un jardinero maravilloso! Crípticos y honorspren por igual venían a ver los cristales que yo cultivaba con las mentes de tu mundo. Y ahora esto. ¿En qué me he convertido?

—En un quejica —replicó Lift con un bufido.

—Tonterías.

—¿Así que siempre fuiste uno, entonces? —Miró por encima del hombro. Oscuridad empujó al escudero, sin apenas alterar su ritmo mientras cargaba contra el hombre.

Lift llegó a una puerta y la golpeó con el hombro, para salir de nuevo a los ricos pasillos del otro lado.

Necesitaba una salida. Una ventana. Su huida la había hecho regresar a las inmediaciones de los aposentos del Supremo. Escogió una dirección por instinto y echó a correr, pero uno de los sicarios de Oscuridad apareció en una esquina al fondo. También llevaba una hoja esquirlada. Vaya suerte famélica que tenía.

Se volvió hacia el otro lado y pasó junto a Oscuridad deslizándose por el pasillo de los criados. Apenas logró esquivar un tajo de su espada encogiéndose, escurriéndose y resbalando por el suelo. Se puso en pie sin tropezar esta vez. Era algo, al menos.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Wyndle a su lado.

Lift gruñó.

—¿Por qué les importamos tanto? Hay algo en esas armas que llevan…

—Hojas esquirladas —expuso Lift—. Valen lo que todo un reino. Forjadas para matar Portadores del Vacío. —Y encima tenían dos. Qué locura.

Forjadas para matar Portadores del Vacío…

—¡A ti! —dijo, sin dejar de correr—. ¡Te quieren a ti!

—¿Qué? ¡Pues claro que no!

—Sí. No te preocupes. Eres mío. No permitiré que se te lleven.

—Eso es conmovedoramente leal —dijo Wyndle—. Y un tanto insultante. Pero no van a por…

El segundo de los sicarios de Oscuridad apareció en el pasillo ante ella. Sujetaba a Gawx.

Sostenía un cuchillo en la garganta del joven.

Lift se detuvo a trompicones. Gawx, sometido, gemía en manos del hombre.

—No te muevas —dijo el sicario—, o lo mataré.

—Bastardo famélico —masculló Lift. Escupió hacia un lado—. Eso es jugar sucio.

Oscuridad llegó corriendo tras ella, seguido de su otro sicario. La acorralaron. La entrada a los aposentos del Supremo estaba ahí mismo, y los visires y vástagos habían salido al pasillo, donde discutían unos con otros en tono airado.

Gawx sollozaba. Pobre necio.

Bueno. Este tipo de cosas nunca terminaban bien. Lift siguió su instinto (que era básicamente lo que hacía siempre), y aceptó el farol del sicario lanzándose hacia delante. Era agente de la ley. No mataría a un cautivo a sangre…

El sicario le cortó la garganta a Gawx.

Brotó sangre escarlata y manchó las ropas del muchacho. El sicario lo dejó caer, luego retrocedió, como sorprendido por lo que había hecho.

Lift se quedó inmóvil. No podía. No de…

Oscuridad la agarró por atrás.

—Mal ejecutado —le dijo Oscuridad al sicario, en un tono sin emoción. Lift apenas lo oía. «Tanta sangre»—. Serás castigado.

—Pero… —dijo el sicario—. Tuve que cumplir mi amenaza…

—No has hecho el papeleo adecuado en este reino para matar a ese chico —señaló Oscuridad.

—¿No estamos por encima de sus leyes?

Oscuridad soltó a Lift y tras dar una zancada abofeteó al sicario.

—Sin la ley, no hay nada. Te someterás a sus reglas y aceptarás los dictados de la justicia. Es todo lo que tenemos, lo único que hay seguro en este mundo.

Lift contempló al muchacho agonizante, que se sujetaba el cuello con la mano, como para detener la hemorragia. Aquellas lágrimas…

El otro sicario se acercó por detrás.

—¡Huye! —dijo Wyndle.

Ella se sobresaltó.

—¡Huye!

Lift echó a correr.

Dejó atrás a Oscuridad y se abrió paso entre los visires, que gemían y chillaban ante la muerte. Entró en los aposentos del Supremo, se deslizó por la mesa, cogió otro rollo del plato, e irrumpió en el dormitorio. Salió por la ventana un segundo más tarde.

—Arriba —le dijo a Wyndle, y se metió el rollo en la boca. Él se desparramó por la pared, y Lift escaló, sudando. Un segundo después, uno de los sicarios saltó por la ventana tras ella.

No miró hacia arriba. Se lanzó al suelo, girándose, buscando, su hoja esquirlada destellando en la oscuridad mientras reflejaba la luz de las estrellas.

Lift llegó a las alturas del palacio y se ocultó allí en las sombras. Se agachó, con las manos en las rodillas, sintiendo frío.

—Apenas lo conocías —dijo Wyndle—. Pero lo lloras.

Ella asintió.

—Has visto mucha muerte —continuó Wyndle—. Lo sé. ¿No te has acostumbrado?

Ella negó con la cabeza.

Abajo, el sicario se alejó, buscándola. Estaba libre. Solo tenía que cruzar el tejado, deslizarse al otro lado, desaparecer.

¿Qué era ese movimiento en el muro que rodeaba el palacio? Sí, aquellas sombras que se movían eran hombres. Los otros ladrones escalaban el muro y desaparecían en la noche. Huqin había abandonado a su sobrino, como era de esperar.

¿Quién lloraría por Gawx? Nadie. Sería olvidado, abandonado.

Lift se soltó las piernas y se arrastró por la cúpula curva del tejado hasta la ventana por la que había entrado antes. Las enredaderas de las semillas, al contrario de las que hacía crecer Wyndle, estaban vivas todavía. Habían superado la ventana, y las hojas temblaban al viento.

«Corre —le decían sus instintos—. Huye».

—Antes hablaste de algo —susurró—. La Re…

—Regeneración —dijo Wyndle—. Cada vínculo concede poder sobre dos potencias. Puedes influir en cómo crecen las cosas.

—¿Puedo usarlo para ayudar a Gawx?

—Si estuvieras mejor entrenada, sí. Pero tal como están las cosas, lo dudo. No eres muy fuerte, ni tienes mucha práctica. Y puede que él esté ya muerto.

Lift tocó una de las enredaderas.

—¿Por qué te importa? —volvió a preguntar Wyndle. Parecía curioso. No era un reto, sino un intento por comprender.

—Porque alguien tiene que hacerlo.

Por una vez, Lift hizo caso omiso de su intuición y, en cambio, se coló por la ventana. Cruzó corriendo la habitación.

Salió al pasillo. Llegó a las escaleras. Las bajó sin detenerse, saltando la mayor parte. Atravesó una puerta. Giró a la izquierda. Recorrió un pasillo. A la izquierda otra vez.

Una multitud en el lujoso pasillo. Lift los alcanzó, luego se escabulló entre ellos. No necesitó su maravilla para hacerlo. Llevaba abriéndose paso entre la multitud desde que empezó a andar.

Gawx yacía en un charco de sangre que había oscurecido la bella alfombra. Los visires y guardias lo rodeaban, hablando en voz baja.

Lift se arrastró hasta él. Su cuerpo estaba todavía caliente, pero la sangre parecía haber dejado de manar. Tenía los ojos cerrados.

—¿Demasiado tarde? —susurró ella.

—No lo sé —respondió Wyndle, enroscándose a su lado.

—¿Qué hago?

—Yo… no estoy seguro. Ama, la transición a vuestro lado fue difícil y dejó agujeros en mi memoria, incluso con las precauciones que tomó mi pueblo. Yo…

Lift tendió a Gawx de espaldas, mirando al cielo. En realidad, no era nada para ella, eso era verdad. Apenas se acababan de conocer, y él había sido un necio. Le había dicho que se volviera.

Pero esto era lo que era ella, lo que tenía que ser.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados».

Lift se inclinó hacia delante, tocó su frente con la suya, y exhaló. Una especie de titilar salió de sus labios, una nubecilla de luz brillante. Flotó delante de los labios de Gawx.

«Vamos…».

La nube se agitó antes de colarse por la boca del muchacho.

Una mano cogió a Lift por el hombro, apartándola de Gawx. Ella se desplomó, súbitamente agotada. Verdaderamente agotada, tanto que incluso estar de pie le suponía un esfuerzo.

Oscuridad la apartó de la multitud, tirando de ella.

—Ven —dijo.

Gawx se agitó. Los visires jadearon, volviendo su atención hacia el joven, que gimió y luego se sentó.

—Parece que eres una bailarina del filo —dijo Oscuridad, empujándola por el pasillo mientras la multitud rodeaba a Gawx, parloteando. Ella se tambaleó, pero él la sujetó —. Me preguntaba cuál de los dos lo sería.

—¡Milagro! —exclamó un visir.

—¡Yaezir ha hablado! —dijo uno de los vástagos.

—Bailarina del filo —replicó Lift—. No sé lo que es eso.

—Una vez fueron una orden gloriosa —dijo Oscuridad, empujándola. Todos los ignoraban, concentrados en Gawx—. Donde tú tropiezas, ellos tenían una elegante belleza. Podían cabalgar la cuerda más fina a gran velocidad, danzar en los tejados, moverse por un campo de batalla como un lazo al viento.

—Eso parece… sorprendente.

—Lo es. Por desgracia, siempre les preocuparon demasiado estas tonterías e ignoraron otras cuestiones de mayor importancia. Parece que compartes su temperamento. Te has convertido en uno de ellos.

—No lo pretendía.

—Ya lo veo.

—¿Por qué… por qué me persigues?

—En nombre de la justicia.

—Hay montones de personas que hacen cosas malas —alegó ella. Tenía que esforzarse con cada palabra. Hablar era difícil. Pensar también. Estaba tan cansada… —. Tú… podrías perseguir a grandes jefes criminales, a asesinos. Y me eliges en cambio a mí. ¿Por qué?

—Hay otros que pueden ser detestables, pero no se refocilan en artes que podrían traer de nuevo a Desolación a este mundo. —Sus palabras eran duras—. Lo que haces debe ser detenido.

Lift se sentía aturdida. Trató de invocar su maravilla, pero la había agotado toda. Y algo más, probablemente.

Oscuridad la hizo volverse y la apretó contra la pared. Ella no pudo mantenerse en pie y fue resbalando hasta quedar sentada. Wyndle se acercó, desplegando un estallido de enredaderas.

—Lo salvé —dijo Lift—. Hice algo bueno, ¿eh?

—El bien es irrelevante —dijo Oscuridad. La hoja esquirlada apareció en su mano.

—Ni siquiera te importa, ¿no?

—No —dijo él—. No me importa.

—Deberías —murmuró ella, agotada—. Deberías… intentarlo. Una vez quise ser como tú. No funcionó. Ni siquiera era… como estar viva…

Oscuridad alzó su espada.

Lift cerró los ojos.

—¡Está perdonada!

La presa de Oscuridad sobre el hombro de Lift se tensó.

Sintiéndose completamente agotada, como si alguien la hubiera agarrado por los tobillos y la hubiera apretado para vaciarla entera, Lift se obligó a abrir los ojos. Gawx se detuvo junto a ellos, respirando entrecortadamente. Detrás, los visires y vástagos se acercaron también.

Con las ropas ensangrentadas, los ojos muy abiertos, Gawx sostenía un papel en la mano. Se lo arrojó a Oscuridad.

—Perdono a esta chica. ¡Suéltala, alguacil!

—¿Quién eres para hacer algo así? —dijo Oscuridad.

—Soy el Aqasix Supremo —declaró Gawx—. ¡Gobernante de Azir!

—Ridículo.

—Los Kadaseises han hablado —dijo uno de los vástagos.

—¿Los Heraldos? —dijo Oscuridad—. No han hecho nada de eso. Os confundís.

—Hemos votado —manifestó un visir—. La solicitud de este joven fue la mejor.

—¿Qué solicitud? ¡Es un ladrón!

—Realizó el milagro de la Regeneración —adujo uno de los vástagos mayores—. Estaba muerto y regresó. ¿Qué mejor solicitud podíamos pedir?

—Se ha producido una señal —intervino el visir principal—. Tenemos un Supremo que puede sobrevivir a los ataques del Todo de Blanco. Alabado sea Yaezir, Kadaseis de Reyes, para que nos guíe con sabiduría. Este joven es Supremo. Siempre ha sido Supremo. Solo ahora nos hemos dado cuenta y le pedimos perdón por no haber visto antes la verdad.

—Como siempre se ha hecho —sentenció el vástago mayor—. Como se hará de nuevo. Apártate, alguacil. Se te ha dado una orden.

Oscuridad miró a Lift.

Ella sonrió, cansada. Mostrarle los dientes a aquel tipo famélico. Eso era lo que había que hacer.

La hoja esquirlada se disolvió en bruma. Había sido vencido, pero no pareció importarle. Ni una imprecación, ni siquiera una mueca. Se levantó y se tiró de los guantes, primero de uno, luego de otro.

—Alabado sea Yaezir, Heraldo de Reyes —dijo—. Que gobierne con sabiduría. Si alguna vez deja de babear.

Oscuridad se inclinó ante el nuevo Supremo y se marchó luego con paso seguro.

—¿Sabe alguien el nombre de ese alguacil? —preguntó uno de los visires—. ¿Cuándo empezamos a permitir que los agentes de la ley tuvieran hojas esquirladas?

Gawx se arrodilló junto a Lift.

—Así que ahora eres emperador o algo —dijo ella, cerrando los ojos, echando la cabeza atrás.

—Sí. Todavía estoy confuso. Parece que realicé un milagro o algo por el estilo.

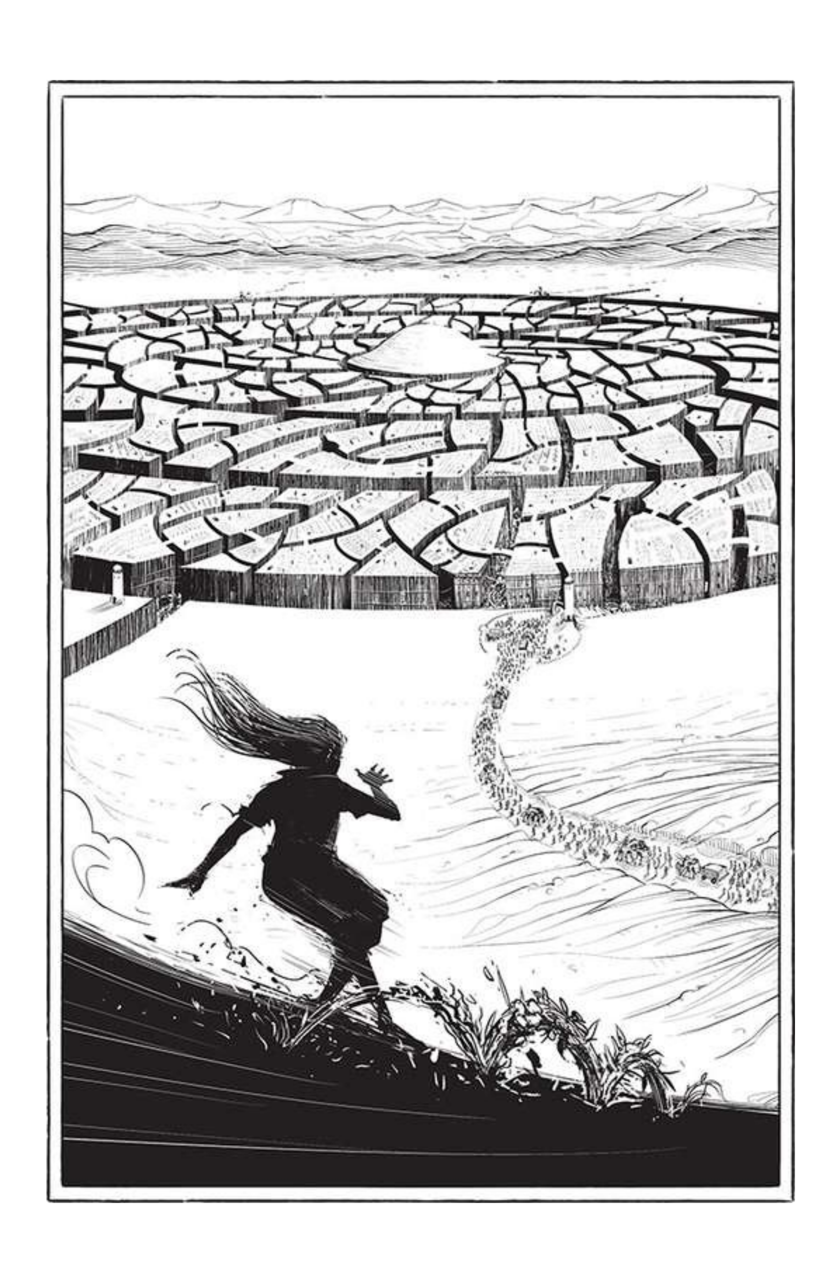
—Bien por ti —dijo Lift—. ¿Puedo comerme tu cena?

**DANZANTE DEL FILO**



Esta novela corta transcurre después de *Palabras radiantes*

y revela acontecimientos de su trama.



# 1



Lift se preparó para ser maravillosa.

Corría a toda velocidad por un campo abierto al norte de Tashikk, a poco más de una semana de viaje desde Azimir. El campo estaba plagado de una hierba marrón de medio metro de altura. Los dispersos árboles eran altos y retorcidos, con troncos que parecían hechos de enredaderas entretejidas y ramas que apuntaban más hacia arriba que hacia fuera.

Tenían algún nombre oficial, pero todos los conocidos de Lift los llamaban caemuertos por sus raíces elásticas. Cuando había tormenta, el árbol caía de plano contra el suelo y se quedaba tendido. Después volvía a levantarse, como haciendo un gesto obsceno al viento.

La carrera de Lift asustó a unos ciervohachas que pastaban cerca. Los esbeltos animales se apartaron saltando a cuatro patas, con las dos garras frontales muy pegadas al cuerpo. Se comía bien, de esos bichos. Casi no tenían nada de caparazón. Pero por una vez, Lift no tenía ganas de comer.

Estaba huyendo.

—¡Ama! —exclamó Wyndle, su Portador del Vacío mascota. Tenía la forma de una enredadera que crecía a lo largo del terreno junto a ella, a toda velocidad, manteniéndole el ritmo. En ese momento no tenía rostro, pero podía hablar de todas formas. Por desgracia—. Ama —suplicó—, ¿no podríamos volver, por favor?

De eso ni hablar.

Lift se volvió maravillosa. Recurrió a lo que llevaba dentro, a eso que la hacía brillar. Lo usó para hacer resbaladizas las plantas de los pies, dio un salto y empezó a deslizarse.

De pronto, el suelo dejó de rozar contra ella por completo. Resbaló como sobre hielo y cruzó el campo como una exhalación. La hierba de su alrededor, asustada, se combaba mientras se hundía en madrigueras de piedra. Era como si se inclinara ante ella en oleada.

Se deslizó con el viento echándole hacia atrás el cabello largo y negro, tirándole de la chaqueta suelta que llevaba encima de una camisilla más ajustada y marrón, metida en sus pantalones bombachos.

Resbaló y se sintió libre. Estaban solos ella y el viento. Un pequeño vientospren, que parecía una cinta blanca en el aire, empezó a seguirla.

Y entonces dio contra una roca.

La condenada roca se mantuvo firme. La mantenían en su sitio unos pequeños jirones de musgo que crecían en el suelo y se adherían a cosas como las piedras, para que no se los llevara el viento. Lift notó un intenso dolor en el pie, salió volando por los aires y cayó de cara al suelo de piedra.

Por acto reflejo, volvió maravillosa su cara, de modo que siguió hacia delante, resbalando sobre la mejilla hasta chocar con un árbol. Allí por fin se detuvo.

El árbol se derrumbó despacio, haciéndose el muerto. Dio contra el suelo con un estremecedor sonido de hojas y ramas.

Lift se incorporó y se frotó la cara. Tenía un corte en el pie, pero su maravilla taponó el agujero y lo curó en un pispás. La cara ni siquiera le dolía mucho. Cuando una parte de ella era maravillosa, no frotaba contra lo que tocaba, sino que solo fluía.

No por ello dejaba de sentirse como una idiota.

—Ama —dijo Wyndle, creciendo junto a ella.

Su enredadera parecía de las que los ricachones ponían en sus casas para esconder las partes que no parecían lo bastante lujosas. Solo que a Wyndle le crecían cristalitos a lo largo de toda su longitud de enredadera. Asomaban cuando menos te lo esperabas, como uñas del pie en una cara.

Para moverse, no se arrastraba como una anguila. De verdad crecía, dejando atrás una larga estela de enredadera que al poco tiempo cristalizaba y se deshacía en polvo. Los Portadores del Vacío eran raros.

Wyndle se enrolló en círculo como una cuerda y formó una pequeña torre de enredadera. Y entonces creció algo en la cima, una cara compuesta de enredadera, hojas y gemas. Se le movió la boca al hablar.

—Oh, ama —dijo—, ¿podemos dejar de jugar aquí fuera, por favor? ¡Tenemos que volver a Azimir!

—¿Volver? —Lift se levantó—. ¡Pero si acabamos de escapar de allí!

—¿Escapar? ¿De palacio? ¡Ama, eras una invitada de honor del emperador! Lo tenías

todo, tanta comida como quisieras, tanto…

—Todo mentiras —afirmó ella, con los brazos en jarras—. Para impedir que descubriera la verdad. Iban a comérseme.

Wyndle tartamudeó. No daba tanto miedo, para ser un Portador del Vacío. Seguro que era algo así como el Portador del Vacío del que se reían todos los demás porque llevaba sombreros ridículos. El que corregía siempre a todos los demás y les explicaba qué tenedor había que usar para sentarse a devorar almas humanas.

—Ama —dijo Wyndle—, los humanos no se comen a otros seres humanos. ¡Eras su invitada!

—Ya, pero… ¿por qué? Me daban demasiadas cosas.

—¡Salvaste la vida del emperador!

—Eso debería haberme valido unos días de gorroneo —dijo ella—. Una vez saqué a un tipo de la cárcel y me dio cinco días gratis en su escondrijo, además de un buen pañuelo. Eso sí que fue generosidad. Pero ¿que los azishianos me dejen quedarme todo el tiempo que quiera? —Negó con la cabeza—. Algo querían, los muy famélicos. Es la única explicación. Se me iban a comer.

—Pero…

Lift echó a correr de nuevo. La fría piedra, perforada por las madrigueras de la hierba, era agradable a sus pies descalzos. No llevaba zapatos. ¿De qué servían los zapatos? En palacio habían empezado a ofrecerle zapatos a montones. Y ropa buena: abrigos y túnicas grandes y cómodos. Ropa dentro de la que una podía perderse. Le había gustado llevar prendas suaves por una vez.

Luego habían empezado a pedir cosas. ¿Por qué no recibir unas lecciones y aprender a leer? Le agradecían lo que había hecho por Gawx, que ahora era el Aqasix Supremo, la forma rebuscada en que llamaban a su gobernante. En recompensa por sus servicios, podía disponer de tutores, le dijeron. Podía aprender cuál era el modo correcto de vestir aquella ropa, podía aprender a escribir.

Había empezado a reconcomerse. Si se quedaba, ¿cuánto tiempo tardaría en dejar de ser Lift? ¿Cuánto tiempo hasta que se la tragaran y quedara otra chica en su lugar, con la cara parecida pero toda nueva al mismo tiempo?

Probó a usar de nuevo su maravilla. En palacio habían hablado de la recuperación de los poderes antiguos. Los Caballeros Radiantes. El vínculo de potencias, las fuerzas naturales.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados».

Lift se resbaladizó de poder y resbaló unos metros por el suelo antes de tropezar y caer rodando a la hierba. ¿Cómo iba a quedarse en pie, si sus pies resbalaban más que si estuvieran cubiertos de aceite? Tendría que volver a remar de rodillas. Era mucho más fácil. Así podía mantener el equilibrio y dirigirse con las manos. Como un cangrejillo, correteando por aquí y por allá.

«Tenían una elegante belleza —había dicho Oscuridad—. Podían cabalgar la cuerda más fina, danzar en los tejados, moverse como un lazo al viento».

Oscuridad, aquella sombra de hombre que la había perseguido, se lo dijo en el palacio, hablando de quienes, hacía mucho tiempo, habían usado poderes como los de Lift. Quizá fuese mentira. Al fin y al cabo, en esos momentos Oscuridad se disponía a asesinarla.

Pero precisamente por eso, ¿para qué mentir? La había tratado con desprecio, como si Lift no fuese nada. Como si no valiese nada.

Tensó la mandíbula y se levantó. Wyndle seguía hablando, pero no le hizo caso y arrancó de nuevo por el campo desierto, corriendo tan deprisa como pudo y sorprendiendo a la hierba. Llegó a la cima de la pequeña colina, saltó y recubrió sus pies de poder.

Empezó a resbalar al instante. ¡El aire! El aire que empujaba al moverse era lo que la retenía. Lift siseó y entonces recubrió todo su yo de poder.

Surcó el viento, girando a un lado mientras resbalaba ladera abajo. El aire resbalaba y se apartaba de ella, como si no la encontrara. Hasta la luz del sol parecía derretirse antes de alcanzar su piel. Estaba entre lugares, allí pero no. Sin aire, sin suelo. Solo movimiento puro, tan rápido que llegaba a la hierba antes de que tuviera tiempo de retraerse. Fluía en torno a Lift, sin entrar en contacto gracias a su poder.

Empezó a brillarle la piel y salieron de ella unas volutas de luz humeante. Lift rio, llegando a la base de la pequeña colina. Entonces saltó unas piedras.

Y se estampó de cara contra otro árbol.

La burbuja de poder que la rodeaba estalló. El árbol se derrumbó y, ya puestos, los dos que tenía al lado decidieron caer también. A lo mejor se sentían excluidos de algo.

Wyndle la encontró sonriendo de oreja a oreja como una idiota, mirando hacia el sol, despatarrada sobre el tronco del árbol con los brazos metidos en las ramas, y un solitario glorispren dorado, con forma de orbe, trazando círculos sobre ella.

—¿Ama? —dijo—. Ay, ama. Eras feliz en palacio. ¡Se te notaba en la cara!

Ella no respondió.

—Por no hablar del emperador —siguió diciendo Wyndle—. ¡Te echará de menos! ¡Ni siquiera le has dicho que te marchabas!

—Le dejé una nota.

—¿Una nota? ¿Has aprendido a escribir?

—¡Tormentas, no! Me comí su cena. De debajo del cubrebandejas, mientras se preparaban para llevársela. Gawx sabrá lo que significa.

—Lo dudo bastante, ama.

Se levantó encima del árbol caído, estiró los músculos y se sopló el pelo de los ojos. A lo mejor sí que podría danzar en los tejados, cabalgar cuerdas o ¿qué era lo otro? ¿Crear viento? Sí, eso su trasero ya lo hacía sin problemas. Bajó del árbol dando un salto y siguió recorriendo el campo.

Por desgracia, su estómago tenía cuatro cosas que decirle sobre cuanta maravilla

había utilizado. Lift funcionaba a base de comida, incluso más que la mayoría de la gente. Podía extraer un poco de maravilla de todo lo que comía pero, cuando se usaba, ya no podía volver a hacer nada increíble hasta que hubiera comido más.

Su estómago rugió, en rebeldía. A Lift le gustaba imaginar que estaba soltándole unos insultos horribles. Se registró los bolsillos. La comida del petate se le había terminado por la mañana, y eso que había cogido un buen montón. Pero ¿no había encontrado una salchicha al fondo antes de tirar el petate?

Ah, sí. Se la había comido mientras miraba a aquellos ríospren unas horas antes. Se hurgó en los bolsillos de todos modos, pero solo encontró un pañuelo que había usado para envolver una buena pila de pan ácimo antes de meterla en el petate. Se metió parte del pañuelo en la boca y empezó a masticar.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—A o ejor guedan igajas —explicó ella, con la boca llena de pañuelo.

—¡No deberías estar Potenciando tanto! —Se arqueó en el suelo junto a ella, dejando un rastro de enredaderas y cristales—. Y de verdad tendríamos que habernos quedado en palacio. ¿Cómo ha podido pasarme esto a mí? Debería estar trabajando en mi jardín ahora mismo. Tenía unas sillas magníficas.

—¿Illas? —preguntó Lift, dejando de masticar.

—Sí, sillas. —Wyndle se arremolinó en espiral a su lado y formó una cara inclinada hacia ella en ángulo en la parte de arriba—. ¡En Shadesmar había reunido la mejor colección de almas de sillas de este lado que puedas imaginar! Yo las cultivaba para que se convirtieran en unos cristales grandiosos. Tenía unas cuantas Winstel, una Shober muy buena, toda una colección de butacas… ¡y hasta un par de tronos!

—¿Udtivabas illas?

—Pues claro que cultivaba sillas —dijo Wyndle. Su cinta de enredadera saltó de la espiral y la siguió cuando Lift echó a andar de nuevo—. ¿Qué iba a cultivar si no?

—Adtas.

—¿Plantas? Bueno, tenerlas, las tenemos en Shadesmar. Pero yo no soy un jardinero del montón. ¡Soy un artista! Caramba, pero si estaba preparando una exposición entera de sofás cuando el Anillo me escogió para este deber atroz.

—Arhutío ramitch mragdufud.

—¿Quieres quitarte eso de la boca? —saltó Wyndle.

Lift lo hizo.

Wyndle dio un bufido. Lift no sabía cómo podía bufar una cosa pequeña con forma de enredadera, pero Wyndle lo hacía a todas horas.

—Muy bien, ¿qué era lo que intentabas decirme?

—Nada, era un galimatías —dijo Lift—. Solo quería ver cómo reaccionabas.

Se metió en la boca el otro extremo del pañuelo y empezó a chuparlo. Siguieron

adelante con un suspiro de Wyndle, que se puso a hablar de jardinería y de lo triste que era su vida. Desde luego, era un Portador del Vacío muy raro. Ahora que lo pensaba, Lift nunca lo había visto ni mínimamente interesado en consumir el alma de nadie. ¿Sería vegetariano?

Cruzaron un bosquecillo, que en realidad casi podía llamarse un calvero. Era una palabra rara, porque Lift casi nunca encontraba calvos en ellos. Ni siquiera había caemuertos, que crecían en extensiones pequeñas de terreno pero apartados unos de otros. Las ramas de aquellos árboles se enroscaban unas sobre otras al crecer, densas y entrelazadas para afrontar las altas tormentas.

Que venía a ser la forma buena de hacerlo, ¿no? Todos los demás juntaban las ramas. Se apuntalaban. Pero Lift era un caemuerto. No te entrelaces, no te dejes atrapar. Haz las cosas a tu manera.

Sí, desde luego así es como era. Y por eso había tenido que irse del palacio, evidentemente. Una no podía vivir levantándose por la mañana y viendo las mismas cosas un día tras otro. Había que seguir moviéndose, o la gente empezaba a saber quién eras y entonces empezaba a esperar cosas de ti. De ahí a que te engulleran solo había un paso.

Paró entre los árboles, sobre un sendero que alguien había talado y mantenía. Miró hacia atrás, al norte, hacia Azir.

—¿Esto es por lo que te pasó? —preguntó Wyndle—. No sé mucho sobre humanos, pero me parece que es natural, por desconcertante que parezca. No estás herida.

Lift se hizo visera en los ojos. Estaba cambiando lo que no debía. Ella debía seguir siendo como era y el mundo debía cambiar a su alrededor. Era lo que había pedido, ¿o no?

¿Le habían mentido?

—¿Vamos a volver? —preguntó Wyndle, esperanzado.

—No —dijo Lift—. Solo me despedía.

Se metió las manos en los bolsillos y dio media vuelta antes de seguir su camino entre los árboles.

## 2



Yeddaw era una de las ciudades que Lift siempre había querido visitar. Estaba en Tashikk, un sitio que era raro hasta comparándolo con Azir. A Lift siempre le había parecido que sus habitantes eran demasiado educados y reservados. Además, llevaban una ropa que los hacía difíciles de calar a primera vista.

Pero todo el mundo decía que Yeddaw había que verla. Era lo más parecido que había a visitar Sesemalex Dar, y teniendo en cuenta que ese otro lugar llevaba como mil millones de años siendo una zona de guerra, no era muy probable que Lift pudiera ir alguna vez.

De pie con las manos en las caderas, contemplando la ciudad de Yeddaw, Lift tuvo que reconocer que la gente llevaba razón. Menudas vistas. A los azishianos les gustaba pensar que su arquitectura era grandiosa, pero lo único que hacían era dar baños de bronce, oro o lo que fuese a todos sus edificios y fingir que con eso bastaba. Pero ¿de qué servía? A Lift solo le reflejaban su propia cara, que tenía demasiado vista para que la impresionara.

No, Yeddaw sí que era impresionante. Una ciudad majestuosa cortada en el famélico suelo.

Había oído a los relamidos escribas de Azir hablar de ella. Decían que era una ciudad nueva, creada solo cien años antes, cuando alquilaron las hojas esquirladas imperiales de Azir. Esas hojas no veían mucha guerra. En lugar de ello, se usaban para abrir minas, cortar rocas y demás. Muy práctico. Era como usar el trono real a modo de taburete para alcanzar algo en los estantes más altos.

No tendrían que haber gritado tanto a Lift por hacerlo.

El caso era que habían usado las hojas esquirladas para construir Yeddaw. El lugar fue una vez una extensa llanura. Pero desde su lugar de observación sobre una colina, Lift distinguía centenares de zanjas talladas en la piedra. Estaban interconectadas, como en un gigantesco laberinto. Había zanjas más amplias que otras, y componían una espiral aproximada hacia el centro, donde un gran edificio con forma de montículo era la única parte de la ciudad que asomaba de la superficie del llano.

Arriba, en los espacios entre zanjas, había gente trabajando en los campos. Apenas había estructuras propiamente dichas en la superficie: todo estaba abajo. La gente vivía en aquellos huecos, que parecían tener dos o tres pisos de profundidad. ¿Cómo evitaban que los arrastrara el agua de las altas tormentas? De acuerdo, habían tallado grandes canales que llevaban fuera de la ciudad, en los que no parecía vivir nadie, para que el agua tuviera un conducto de salida. Seguía sin dar sensación de seguridad, al menos a Lift, pero bonito sí era con ganas.

Podría esconderse muy bien allí. A fin de cuentas, para eso había ido. Para esconderse. Nada más. No había ningún otro motivo.

La ciudad no tenía murallas, pero sí bastantes atalayas dispuestas a su alrededor. El camino que seguía Lift bajaba de las colinas y desembocaba en otro más importante, que pasado un tiempo terminaba en una cola de gente que esperaba el permiso para entrar en la ciudad.

—¿Cómo habrán conseguido cortar tanta roca? —dijo Wyndle, apilando sus enredaderas junto a ella en una columna giratoria que lo llevó a la altura de su cintura, con el rostro inclinado hacia la ciudad.

—Hojas esquirladas —respondió Lift.

—¡Oh! ¡Oh! Esas cosas. —Se removió, incómodo, y sus enredaderas serpentearon y se retorcieron unas sobre otras con fuertes crujidos—. Sí, esas cosas.

Lift se cruzó de brazos.

—Tendría que hacerme con una, ¿verdad?

Wyndle dio un fuerte gemido, algo raro en él.

—He pensado que Oscuridad tenía una, ¿a que sí? —continuó diciendo Lift—. Empuñaba una cuando intentó matarnos a Gawx y a mí. Así que tendría que buscar otra para mí.

—Eso —dijo Wyndle—. ¡Justo eso es lo que tienes que hacer! Vamos a acercarnos al mercado a comprar una legendaria y todopoderosa arma salida de los mitos y los albores de la historia, con un valor superior al de muchos reinos. He oído que, cuando empieza a mejorar el tiempo, en el este las venden al peso.

—Cállate, Portador del Vacío —dijo Lift, con una mirada al revoltijo de su cara—. Tú sabes algo sobre las hojas esquirladas, ¿verdad?

Las enredaderas parecieron marchitarse.

—Algo sabes. Venga, desembucha. ¿Qué sabes?

Wyndle negó con su cabeza de enredadera.

—Dímelo —ordenó Lift, en tono de advertencia.

—Está prohibido. Debes descubrirlo por ti misma.

—Y eso hago. Estoy descubriéndolo. Sacándotelo a ti. Dímelo o te muerdo.

—¿Qué?

—Te morderé —dijo Lift—. Te roeré, Portador del Vacío. Eres una enredadera, ¿no? Pues yo como plantas. A veces.

—Incluso suponiendo que mis cristales no te partieran los dientes —replicó Wyndle—, mi masa no te nutriría. Se descompondría en polvo.

—No es por nutrición. Es por tortura.

Wyndle la sorprendió aguantándole la mirada con sus extraños ojos hechos de cristales.

—Si te soy sincero, ama, no creo que fueses capaz.

Lift le gruñó y Wyndle se marchitó más, pero no le reveló el secreto. ¡Tormentas! Daba gusto ver que demostraba agallas. Bueno, o lo que fuese que tuvieran las plantas en vez de agallas. ¿Estambres?

—Se supone que tienes que obedecerme —dijo Lift, metiéndose las manos en los bolsillos y siguiendo camino hacia la ciudad—. No cumples las normas.

—Las cumplo a rajatabla —repuso él con un bufido—. Lo que pasa es que tú no las conoces. Y debes saber que soy jardinero, no soldado, así que nada de golpear a la gente conmigo.

Lift se detuvo.

—¿Por qué iba a golpear a nadie contigo?

Wyndle se marchitó tanto que estuvo a punto de secarse del todo.

Lift suspiró y siguió adelante, seguida de Wyndle. Llegaron al camino más ancho, girando hacia la atalaya de entrada a la ciudad.

—Entonces —dijo Wyndle mientras adelantaban a un carro tirado por un chull—, ¿aquí es donde veníamos desde un principio? ¿A esta ciudad excavada en el suelo?

Lift asintió con la cabeza.

—Podrías habérmelo dicho —le reprochó Wyndle—. ¡Me preocupaba que nos sorprendiera una tormenta aquí fuera!

—¿Por qué? Si ya no llueve.

El Llanto, sorprendentemente, se había detenido. Luego había vuelto a empezar. Y luego había parado otra vez. Estaba haciendo cosas rarísimas, pareciéndose más al clima normal que a la prolongada y suave alta tormenta que debía ser.

—No lo sé —dijo Wyndle—. Algo va mal, ama. Algo en el mundo. Puedo sentirlo. ¿Oíste lo que escribió el rey de los alezi al emperador?

—¿Eso de que llegaba una nueva tormenta? —preguntó Lift—. ¿Una que soplaría al revés?

—Sí.

—Los fideos decían que era una chorrada.

—¿Fideos?

—Esos que rodeaban siempre a Gawx, hablándole a todas horas, diciéndole qué debía hacer e intentando que yo me pusiera túnica.

—Los visires de Azir. ¡Son los funcionarios en jefe del imperio y los consejeros del Supremo!

—Ajá. Brazos ondeantes y rasgos fofos. Fideos. Bueno, pues pensaban que ese tipo tan furioso…

—… El alto príncipe Dalinar Kholin, a todos los efectos rey de Alezkar y el más poderoso caudillo del mundo ahora mismo…

—… se estaba inventando cosas.

—Puede. Pero ¿tú no sientes algo? ¿Allá fuera? ¿Acumulándose?

—Un trueno lejano —susurró Lift, mirando hacia las distantes montañas al oeste, más allá de la ciudad—. O… o la sensación que tienes cuando a alguien se le escurre una sartén de las manos, la ves caer y te preparas para el escándalo que montará contra el suelo.

—Entonces, sí que lo sientes.

—Quizá —dijo Lift. El carro del chull los adelantó. A Lift no le prestaba atención nadie, como de costumbre. Y la única que podía ver a Wyndle era ella, por ser tan especial—. ¿Tus amigos Portadores del Vacío no saben nada de esto?

—No somos Lift, somos spren… pero mi especie, los cultivacispren, no somos muy importantes. No tenemos reino propio, ni siquiera ciudades. Solo empezamos a vincularnos con vosotros porque los crípticos y los honorspren y todos los demás empezaban a hacerlo. Sí, saltamos al mar de cristal con los pies por delante, ¡pero apenas sabemos lo que estamos haciendo! ¡Todo aquel que tenía la menor idea de cómo lograr todo esto murió hace siglos!

Wyndle fue creciendo por el camino junto a ella mientras seguían al carro tirado por el chull, que traqueteaba y se tambaleaba.

—Todo está mal y nada tiene sentido —siguió diciendo Wyndle—. Vincularme contigo debía haber sido más difícil de lo que fue, tengo entendido. Los recuerdos me vienen borrosos de vez en cuando, pero sí que voy acordándome de más cosas. No tuve que pasar por el trauma que todos creíamos que afrontaría. Quizá sea por tus circunstancias particulares. Pero ama, créeme cuando te digo que se aproxima algo grave. Es mal momento para marcharnos de Azir. Allí estábamos seguros. Vamos a necesitar seguridad.

—No hay tiempo para volver.

—No, supongo que no lo hay. Por lo menos, ahí delante podremos refugiarnos.

—Sí, suponiendo que Oscuridad no nos mate.

—¿Oscuridad? ¿El Rompedor del Cielo que te atacó en palacio y estuvo a un pelo de asesinarte?

—Sí —respondió Lift—. Está en la ciudad. ¿No me has oído quejarme porque necesito una hoja esquirlada?

—En la ciudad… ¿En Yeddaw, el lugar al que nos dirigimos ahora mismo?

—Ajá. Los fideos tienen a gente atenta por si alguien se entera de algo sobre él. Llegó una nota justo antes de que nos marcháramos, diciendo que se lo había visto en Yeddaw.

—Un momento. —Wyndle se adelantó, dejando atrás un rastro de enredadera y cristal. Creció por la parte trasera del carro hasta enroscarse sobre su madera, justo delante de ella. Creó una cara y la miró con ella—. ¿Por eso nos marchamos tan de repente? ¿Por esto estamos aquí? ¿Hemos venido persiguiendo a ese monstruo?

—Claro que no —dijo Lift, con las manos en los bolsillos—. Habría que ser estúpido.

—Cosa que tú no eres.

—No.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—En la ciudad preparan unas tortitas con cosas dentro —dijo ella—. Dicen que son sabrosísimas, y las comen durante el Llanto. Hay diez variedades. Voy a robar una de cada.

—Has venido hasta aquí, renunciando a todos los lujos, para comerte unas tortitas.

—Unas tortitas impresionantes de verdad.

—A pesar de que aquí haya un portador de esquirlada deificado, un hombre que puso todo su empeño en intentar ejecutarte.

—Quiere impedir que use mis poderes —dijo Lift—. Se lo ha visto en otros sitios. Los fideos lo han investigado, porque los fascina. Todo el mundo está atento al tipo calvo ese que colecciona cabezas de reyes, pero este otro también se dedica a asesinar por todo Roshar. Gente poco importante. Gente que no llama la atención.

—¿Y por qué hemos venido aquí?

Lift se encogió de hombros.

—Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

Wyndle se dejó resbalar del carro.

—En realidad, analizando los hechos, este *no* es un lugar tan bueno como cualquier otro. Puede demostrarse que es peor, ya que…

—¿Seguro que no puedo comerte? —preguntó ella—. Porque me vendría estupendamente. Tienes un montón de enredaderas de más. A lo mejor, podría mordisquearlas un poquito.

—Te aseguro, ama, que encontrarías la experiencia pero que muy poco atractiva.

Lift gruñó y su estómago respondió rugiendo. Aparecieron hambrespren, que eran como motitas marrones aladas, flotando a su alrededor. No era raro. Mucha gente de la cola los había atraído.

—Tengo dos poderes —dijo Lift—. Puedo resbalar por ahí, siendo maravillosa, y puedo hacer que crezcan cosas. ¿Podría hacer crecer plantas para comérmelas?

—Casi con toda seguridad, haría falta más energía en luz tormentosa para que crecieran las plantas que el sustento que proporcionarían, como determinan las leyes del universo. Y antes de que digas nada, esas son leyes que ni siquiera tú puedes saltarte. —Calló un momento—. Creo. ¿Quién sabe, tratándose de ti?

—Tengo algo especial —dijo Lift, deteniéndose cuando por fin llegaron a la cola de gente que esperaba a entrar en la ciudad—. Y también hambre. Ahora mismo, más hambre que algo especial.

Sacó la cabeza para mirar la cola. Había varios guardias en la rampa descendente que entraba en la ciudad, además de unos escribas que llevaban aquella extraña ropa tashikki. Era una tela larga, pero larga, larga, con la que se envolvían de los pies a la cabeza. Para tratarse de una sola pieza, era compleja a más no poder: rodeaba las piernas y los brazos individualmente, pero a veces también daba la vuelta por detrás de la cintura para crear una especie de falda. Tanto hombres como mujeres vestían con aquellas telas, aunque no los guardias.

Desde luego, se tomaban con calma lo de permitir el paso a la ciudad. Y había un montón de gente esperando. Todos allí eran makabaki, oscuros de ojos y piel, más que el tono marrón de Lift. Y había muchas familias, que llevaban ropa azishiana normal. Pantalones y faldas sucios, a veces estampados. Estaban rodeados de agotaspren y hambrespren, tantos que mareaban.

Lift había esperado encontrar allí sobre todo a mercaderes, no familias. ¿Quién era toda aquella gente?

Su estómago rugió.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Calla —replicó ella—. Tengo demasiada hambre para hablar.

—¿Tienes?

—¿Hambre? Sí. Así que chitón.

—Pero…

—Seguro que esos guardias tienen comida. La gente siempre da de comer a los guardias. No pueden atizar a la gente en la cabeza como debe ser si se mueren de

hambre. Es evidente.

—O, a modo de contrapropuesta, también podrías comprar comida con las esferas que te concedió el emperador y listos.

—No me las he traído.

—¿No te… no te has traído el dinero?

—Las tiré por ahí cuando no estabas mirando. No te pueden robar si no llevas dinero. Llevar esferas encima es llamar al mal tiempo. —Entornó los ojos, vigilando a los guardias—. Además, los únicos que llevan dinero así son los ricachones. Las personas normales nos las arreglamos de otras maneras.

—Conque ahora eres normal.

—Pues claro que sí —dijo ella—. Los raros son todos los demás.

Antes de que Wyndle pudiera responder, Lift se metió por debajo del carro y empezó a gatear hacia el principio de la cola.

# 3



¿Taliú, dices que traes? —preguntó Hauka, levantando la lona que cubría el sospechoso montón de grano—. ¿De Azir?

—Sí, exacto, oficial. —El hombre se revolvió incómodo en el pescante del carro—. Solo soy un humilde granjero.

«Sin callos en las manos —pensó Hauka—. Un humilde granjero que puede permitirse unas buenas botas liaforanas y un cinturón de seda». Hauka cogió su lanza y empezó a clavarla en el taliú, con la contera por delante. No encontró mercancías de contrabando ni refugiados ocultos en el grano. Era la primera vez que le pasaba.

—Tengo que validar tus documentos —dijo—. Saca el carro ahí a un lado.

El hombre refunfuñó pero obedeció, girando el carro y luego haciendo retroceder al chull hasta quedar junto al puesto de guardia. Era uno de los pocos edificios construidos por encima de la ciudad, junto con unas pocas atalayas separadas para poder coser a flechas a cualquiera que intentara llegar a las rampas o tomar posiciones para un asedio.

El granjero manejó su carro con mucho, mucho cuidado, ya que estaban cerca del borde tras el que caía la ciudad. Era el barrio de los inmigrantes. La gente rica no entraba por allí, solo quienes no tenían papeles. O quienes querían evitar el escrutinio.

Hauka enrolló las credenciales del hombre y se dirigió más allá del puesto de guardia. De él salían los aromas de la comida terminando de prepararse, por lo que la gente de la cola tendría que esperar incluso más. Había un anciano escriba en un asiento,

cerca de la puerta del puesto de guardia. A Nissiqqan le gustaba estar al sol.

Hauka le hizo una inclinación. Nissiqqan era el vicescriba de inmigración que estaba de servicio aquel día. Iba envuelto de pies a cabeza en una shiqua amarilla, aunque con la parte superior bajada para mostrar un rostro arrugado con un hoyuelo en la barbilla. Estaban en sus tierras natales y la necesidad de cubrirse ante Nun Raylisi, el enemigo de su dios, era mínima. En teoría, allí estaban bajo la protección de Tashi.

Hauka llevaba peto, capuchón, pantalones y una capa en la que estaban bordados los símbolos de su familia y sus estudios. Los lugareños no tenían demasiados problemas para aceptar a una azishiana como ella, porque Tashikk no reclutaba muchos soldados entre su población y las credenciales de los logros de Hauka estaban convalidadas por un visir en Azimir. Podría haber encontrado un trabajo parecido, como oficial de la guardia, en cualquier parte de la región makabaki, aunque sus credenciales especificaran que no tenía certificación para el mando en campo de batalla.

—¿Capitana? —dijo Nissiqqan, ajustándose los anteojos para estudiar las credenciales del granjero que le ofrecía Hauka—. ¿Se niega a pagar la tarifa?

—La tarifa está cobrada y en la caja fuerte —dijo Hauka—. Pero aun así, desconfío de él. Ese hombre no es granjero.

—¿Intenta colar refugiados?

—He comprobado el grano y debajo del carro —afirmó Hauka, mirando hacia atrás. El hombre no dejaba de sonreír—. Es grano nuevo. Un poco demasiado maduro, pero comestible.

—Pues vendrá muy bien a la ciudad.

El vicescriba tenía razón. La guerra entre Emul y Tukar estaba caldeándose. De acuerdo, la gente siempre estaba diciendo lo mismo, pero las cosas de verdad habían cambiado en los últimos años. Aquel dios-rey de los tukari… corrían todo tipo de rumores acerca de él.

—¡Eso es! —exclamó Hauka—. Excelencia, seguro que ese hombre ha estado en Emul. Se ha dedicado a saquear los campos mientras todos los hombres capaces están defendiéndose de la invasión.

Nissiqqan asintió, frotándose el mentón. Luego hurgó en su carpeta.

—Táselo como contrabandista y también como vendedor de mercancía robada. Creo que sí, sí que puede ser. Tarifa triple. Marcaré los documentos de las dos tarifas adicionales para que se destinen a alimentar a los refugiados, según dicta el referendo tres-siete-uno-sha.

—Gracias —dijo Hauka, relajándose y cogiendo los documentos. Por mucho que pudiera decirse de la ropa extraña y la religión de los tashikkis, había que reconocerles que redactaban buenas ordenanzas civiles.

—Tengo esferas para usted —comentó Nissiqqan—. Sé que lleva tiempo pidiendo esferas infusas.

—¿De verdad? —dijo Hauka.

—Mi primo tenía unas pocas fuera de la caja, olvidadas por pura casualidad, cuando

llegó aquella alta tormenta inesperada.

—Excelente —repuso Hauka—. Luego las negociamos.

Tenía cierta información en la que Nissiqqan estaría muy interesado. Allí en Tashikk se utilizaba la información como moneda, tanto como las esferas.

Y tormentas, tener unas esferas iluminadas estaría muy bien. Después del Llanto, casi nadie las tenía, lo cual resultaba todo un incordio porque las llamas abiertas estaban prohibidas en la ciudad. De modo que Hauka no podía leer por la noche hasta que encontrara alguna esfera infusa.

Regresó hacia el contrabandista, hojeando los documentos.

—Vas a tener que pagar esta tarifa —dijo, entregándole un documento—. Y también esta.

—¡Permiso para la venta de mercancía robada! —exclamó el hombre—. ¡Y contrabando! ¡Esto es un robo!

—Sí, creo que lo es. O lo fue, al menos.

—No puedes demostrar esas acusaciones —replicó él, apartando los documentos de un manotazo.

—Claro que no —dijo ella—. Si pudiera demostrar que cruzaste ilegalmente la frontera con Emul, robaste en los campos de buena gente trabajadora mientras los distraía la guerra y luego trajiste el botín aquí sin los permisos pertinentes, me limitaría a confiscarte el carro lleno. —Se inclinó hacia él—. Aún te pasa poco, y los dos lo sabemos.

Él cruzó la mirada con ella, la apartó con nerviosismo y empezó a rellenar los documentos. Bien. No habría problemas. Le gustaba que no hubiera problemas, era…

Hauka vio que la lona del carro del hombre se movía. Frunció el ceño y la retiró hacia atrás para encontrar a una niña, nada menos, enterrada hasta el cuello en el grano. Tenía la piel de un tono marrón claro, por lo que debía de ser reshi o quizá herdaziana, y tendría unos once o doce años. Sonrió a Hauka.

La chica no había estado cuando Hauka clavó su lanza.

—Esto está asqueroso —dijo desde el carro en azishiano, con la boca llena de lo que parecía grano sin cocinar—. Supongo que por eso antes lo usamos para hacer cosas. —Tragó—. ¿Tienes algo de beber?

El contrabandista se puso de pie en el pescante, señalando iracundo.

—¡Me está echando a perder la mercancía! ¡Está nadando en ella! ¡Guardia, haz algo! ¡Hay una sucia refugiada en mi grano!

Qué bien. El papeleo de aquel asunto iba a ser una pesadilla.

—Fuera de ahí, niña. ¿Tienes padres?

—Pues claro que sí —dijo la chica, poniendo los ojos en blanco—. Todo el mundo tiene padres. Pero los míos están muertos. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué es eso que huelo? No

serán tortitas, ¿verdad?

—Sí —respondió Hauka, viendo una oportunidad—. Tortitas del día del sol. Puedes comerte una, si te…

—¡Gracias!

La chica saltó de entre el grano, esparciéndolo en todas las direcciones y provocando un grito del contrabandista. Hauka intentó asirla, pero de algún modo la chica se le escurrió de las manos. Subió de un salto a las manos de Hauka y saltó hacia delante.

Y aterrizó en los hombros de Hauka.

Hauka gruñó por el repentino peso de la chica, que justo entonces saltó de sus hombros y cayó detrás de ella.

Hauka rodó, desequilibrada.

—¡Por Tashi! —exclamó el contrabandista—. ¡Tormentas, te ha saltado en los hombros!

—Muchas gracias. Quédate aquí. No te muevas.

Hauka se alisó la capucha y salió corriendo tras la chica, que pasó rozando a Nissiqqan (y tirándole al suelo sus carpetas) y entró en la sala de guardia. Bien. El puesto no tenía ninguna otra salida. Hauka fue hasta el umbral, dejó a un lado su lanza y cogió la porra que llevaba al cinto. No quería hacer daño a la pequeña refugiada, pero intimidarla un poco era lo adecuado.

La chica resbaló por el suelo de madera como si estuviese cubierto de aceite, hacia la mesa donde varios escribas y dos guardias de Hauka estaban comiendo. Se agachó para meterse debajo y luego se levantó, volcándola entera, sorprendiendo a todo el mundo y tirando la comida al suelo.

—¡Perdón! —dijo la chica desde el desastre—. No era mi intención. —Su cabeza asomó a un lado de la mesa volcada, con media tortita sobresaliendo de la boca—. No están nada mal.

Los hombres de Hauka se pusieron en pie de un salto. Hauka pasó a su lado como una exhalación, rodeando la mesa para intentar apresar a la refugiada. Rozó con los dedos el brazo de la chica, pero se le volvió a escurrir. La niña se agachó de nuevo y resbaló entre las piernas de Rez.

Hauka echó a correr de nuevo y acorraló a la chica a un lado de la sala de guardia.

La chica, por su parte, se izó y se metió culebreando por el único y estrecho ventanuco que había. Hauka se quedó boquiabierta. Por allí no podía caber una persona, por pequeña que fuese, y mucho menos con tanta facilidad. Fue contra la pared y miró por el ventanuco. Al principio no vio nada, pero entonces la cabeza de la chica descendió desde arriba. ¿Cómo había podido subir al tejado?

El pelo oscuro de la chica se agitó al viento.

—Oye —le dijo—, ¿qué tipo de tortita era esa, por cierto? Tengo que probar las diez.

—Vuelve aquí dentro —ordenó Hauka, sacando la mano para intentar asir a la chica—.

No has sido procesada para la inmigración.

La cabeza de la chica desapareció hacia arriba y sus pisadas sonaron en el tejado. Hauka renegó y salió por la puerta, seguida por sus dos guardias. Registraron el tejado del pequeño puesto de vigilancia, pero no vieron nada.

—¡Ha vuelto a entrar! —gritó un escriba desde el interior.

Al cabo de un instante, la chica salió resbalando por el suelo, con una tortita en cada mano y una tercera en la boca. Rebasó a los guardias en dirección al carro del contrabandista, que había bajado del pescante y seguía despotricando por su grano echado a perder.

Hauka saltó para agarrar a la niña, y en esa ocasión logró cerrar la mano en torno a una pierna. Por desgracia, sus dos guardias también intentaron capturarla, tropezaron y cayeron enredados justo encima de Hauka.

Pero ella no soltó su presa. Bufando por el peso en su espalda, Hauka se aferró a la pierna de la chica. Miró hacia arriba, conteniendo un gemido.

La chica refugiada se había sentado en una piedra, delante de ella, con la cabeza echada a un lado. Se metió una tortita entera en la boca y echó hacia atrás la mano libre, hacia la argolla con que el carro estaba enganchado a su chull. El gancho saltó de la argolla cuando la chica le dio un golpecito por debajo. No planteó la menor resistencia.

«Oh, tormentas, no».

—¡Quitaos de encima! —bramó Hauka, soltando a la chica para apartar a los hombres. El idiota del contrabandista retrocedió, confundido.

El carro rodó hacia atrás, en dirección al borde, y Hauka dudó mucho que el antepecho de madera fuese a evitar su caída. Saltó hacia el carro con todas sus fuerzas y lo agarró por un lado. El carro la arrastró y Hauka tuvo unas visiones terribles en las que se precipitaba al interior de la ciudad, sobre los refugiados del barrio de inmigrantes.

Pero el carro, poco a poco, se detuvo. Resollando, Hauka levantó la mirada de sus pies apretados contra las piedras hacia sus manos, que sostenían el carro. No se atrevía a soltarlo.

La chica había vuelto a subir encima del grano y se estaba comiendo su última tortita.

—Sí que están buenas, sí.

—Tortitas tuk —dijo Hauka, agotada—. Se comen para asegurar la prosperidad en el año entrante.

—Pues habría que comerlas a todas horas, ¿no te parece?

—Tal vez.

La chica asintió, se volvió de lado y abrió de un puntapié la tabla trasera. De sopetón, todo el grano se deslizó y cayó del carro.

Era lo más raro que Hauka había visto en la vida. El montón de grano se volvió como

líquido y fluyó fuera del carro, aunque tenía muy poca inclinación. Y además… bueno, brillaba un poco mientras caía lloviendo a la ciudad.

La chica sonrió a Hauka.

Y luego saltó tras el grano.

Hauka ahogó un grito mientras la chica caía. Los otros dos guardias por fin recobraron la suficiente compostura para acudir en su ayuda y agarraron el carro. El contrabandista chillaba, rodeado de furiaspren que bullían como charcos de sangre en el suelo.

Por debajo, el grano se expandió en el aire y levantó una nube de polvo al caer sobre el barrio de los inmigrantes. Estaba bastante por debajo, pero Hauka habría jurado que oyó gritos de júbilo y alabanzas mientras la comida llovía sobre sus habitantes.

Con el carro asegurado, Hauka se acercó al borde. La chica no se veía por ninguna parte. ¡Tormentas! ¿Sería algún tipo de spren? Hauka volvió a buscar pero tampoco vio nada, aunque a sus pies había un extraño polvo negro. Se lo llevó el viento.

—¿Capitana? —llamó Rez.

—Tienes el mando de inmigración durante una hora, Rez. Necesito un descanso.

Tormentas. ¿Cómo narices iba a explicar *aquello* en un informe?

# 4



Lift no debería haber sido capaz de tocar a Wyndle. El Portador del Vacío no dejaba de decir cosas como: «No tengo la suficiente presencia en este reino, ni siquiera con nuestro vínculo» o «Debes de estar atrapada en parte en el Cognitivo». Bobadas, a grandes rasgos.

Porque el caso era que podía tocarlo. A veces era conveniente. Veces como cuando una acababa de tirarse por un pequeño precipicio y necesitaba agarrarse a algo. Wyndle gritó por la sorpresa cuando Lift saltó, pero al instante se lanzó pared abajo, creciendo más deprisa de lo que ella caía. Por fin empezaba a prestar atención.

Lift se agarró a él como a una cuerda y fue medio soltándose mientras caía, dejando resbalar la enredadera entre los dedos. No era mucho, pero ayudó a ralentizar el descenso. Dio contra el suelo con más fuerza de la que habría sido segura para la mayoría. Por suerte, ella era maravillosa.

Extinguió el brillo de su maravilla y corrió hacia un callejón. La gente se apelotonó a su espalda, entonando alabanzas a diversos Heraldos y dioses por concederles el don del grano. En fin, que dijeran lo que quisieran, pero todos parecían saber que el grano no provenía de un dios, o al menos no directamente, porque se lo llevaron más deprisa que a una puta bavlandesa de las guapas.

A los pocos minutos, del carro entero de grano ya solo quedaban unas cascarillas flotando al viento. Lift se quedó agachada en la boca del callejón e inspeccionó su entorno. Era como si hubiera caído desde el mediodía derecha al ocaso. Había sombras largas por todas partes, y olía a mojado.

Los edificios estaban tallados en la piedra. Las puertas, ventanas y todo lo demás

estaba perforado en la roca. Pintaban las paredes de colores vivos, a menudo en columnas para diferenciar un «edificio» del siguiente. La gente pululaba por todas partes, charlando y pisoteando y tosiendo.

Esa era la buena vida. A Lift le gustaba moverse, pero no estar sola. Solitaria y sola no significaban lo mismo. Se levantó y echó a andar con las manos en los bolsillos, intentando mirar en todas las direcciones a la vez. Aquel sitio era increíble.

—Ha sido muy generoso por tu parte, ama —comentó Wyndle, creciendo junto a ella a su ritmo—. Tirar ese grano, después de oír que lo tenía un ladrón.

—¿Eso? —dijo Wyndle—. Ha sido porque quería algo blando en lo que aterrizar si tú estabas dormitando.

La gente con la que se cruzaba llevaba ropajes diversos. En su mayoría eran estampados azishianos o shiquas tashikkis, pero también vio a mercenarios, seguramente de Tukar o Emul. Otros llevaban ropa rural de colores más apagados, quizá de Alm o de Desh. Le gustaban esos sitios. En Alm y en Desh había intentado matarla poca gente.

La pena era que allí no había mucho que robar, si a una no le gustaba comer masa y aquella carne tan rara que le ponían a todo. Era de un animal que vivía en las laderas de las montañas, un bicho feísimo cubierto de pelo sucio. A Lift le daba asco el sabor, y eso que una vez había intentado comerse una teja.

En cualquier caso, en la calle donde estaba parecía haber muchos menos tashikkis que extranjeros. Pero claro, ¿cómo habían dicho que se llamaba? ¿El barrio de los inmigrantes? Muy bien, allí no destacaría. Hasta se cruzó con unos pocos reshi, aunque casi todos ellos se apiñaban cerca de chabolas en callejones, vestidos con poco más que harapos.

Era otra cosa rara que tenía el barrio, desde luego. Había chabolas. No las había visto desde que se marchó de Zawfix, y allí estaban dentro de minas viejas. En la mayoría de los lugares, si alguien intentaba hacerse una casa en plan chapucero… bueno, saldría volando en la siguiente alta tormenta y lo dejaría sentado en el orinal, sintiéndose ridículo por no tener paredes.

Allí las chozas se alzaban solo en las callejuelas más estrechas, que salían como radios de aquella más ancha y la conectaban con la siguiente calle ancha de la hilera. Muchas de esas callejuelas estaban tan atestadas de mantas colgando, personas y hogares improvisados que no se divisaba su salida.

Lo raro era que todo estaba alzado sobre pilotes. Hasta las construcciones más desvencijadas estaban a más de un metro del suelo. Lift se quedó en la boca de una callejuela, con las manos en los bolsillos, y miró por debajo a través del hueco más grande. Como había visto antes, cada muralla de la ciudad era también una sucesión de tiendas y casas talladas en la roca y pintadas para distinguirlas de sus vecinas. Y para poder entrar en todas ellas había que subir tres o cuatro peldaños tallados en la roca.

—Es igual que en Lagopuro —comentó Lift—. Lo tienen todo elevado, como si nadie quisiera tocar el suelo porque tiene una tos rara.

—Bien pensado —dijo Wyndle—. Los protege de las tormentas.

—Aun así, el agua tendría que llevarse por delante este sitio —objetó Lift.

Pero estaba claro que no era así, o no lo tendría delante. Siguió paseando calle abajo, dejando atrás hileras de casas talladas en la roca y otras embutidas entre ellas. Aquellas chabolas parecían acogedoras, cálidas, abarrotadas, llenas de vida. Incluso divisó las verdes motas flotantes de los vidaspren, que en general solo se veían allí donde había muchas plantas. Pero Lift sabía por experiencia propia que a veces, por acogedor que pareciera un sitio, no recibía con los brazos abiertos a una granujilla extranjera.

—Veamos —dijo Wyndle, trepando pared arriba hasta la altura de su cabeza, dejando una estela de enredaderas—. Nos has traído aquí y, por sorprendente que resulte, has evitado el encarcelamiento. Ahora, ¿qué?

—Comida —dijo Lift mientras su estómago protestaba.

—¡Pero si acabas de comer!

—Sí. Pero he gastado toda la energía en escapar de los famélicos guardias. ¡Tengo más hambre que al principio!

—Oh, madre bendita —dijo él, exasperado—. Entonces, ¿por qué no te has limitado a hacer cola?

—Porque así no habría conseguido comida.

—¡Y qué más da, si luego has convertido toda esa comida en luz tormentosa y has saltado por el borde!

—¡Pero tengo que comer tortitas!

Rodearon un grupo de mujeres tashikkis que cargaban con cestas y parloteaban sobre la artesanía liaforana. Dos de ellas cubrieron sus cestas y apretaron las asas con fuerza, casi sin darse cuenta, al cruzarse con Lift.

—Es que no me lo puedo creer —rezongó Wyndle—. No puedo creer que ahora esto sea mi vida. ¡Yo era jardinero! ¡Y bien respetado! Y ahora, allá donde voy, la gente nos mira como si fuésemos a vaciarles los bolsillos.

—No llevan nada en los bolsillos —dijo Lift, mirando hacia atrás—. Es más, no creo que las shiquas tengan bolsillos. Pero esas cestas…

—¿Sabías que nos planteamos vincular a un zapatero muy majo, en vez de a ti? Era un hombre muy amable que cuidaba de los niños. Podría haber llevado una vida tranquila, ayudándolo a hacer zapatos. ¡Podría haber hecho una exposición entera de zapatos!

—¿Y el peligro que viene desde el oeste? —dijo Lift—. ¿Si de verdad hay guerra?

—El calzado es importante para la guerra —respondió Wyndle, escupiendo enredaderas a su alrededor por la pared. Lift no estaba segura de lo que significaba—. ¿Crees que los Radiantes van a luchar descalzos? Podríamos haberles confeccionado botas, ese zapatero tan majo y yo. Unas botas maravillosas.

—Suena aburrido.

Wyndle gimió.

—Sé que vas a pegar a la gente conmigo, ¿verdad? Voy a acabar siendo un arma.

—¿Se puede saber qué tonterías dices, Portador del Vacío?

—Supongo que tendré que conseguir que pronuncies las Palabras, ¿verdad? Porque es mi trabajo. ¡Uf, menuda desgracia!

Decía cosas como aquella a menudo. Lift suponía que había que tener los sesos un poco girados para ser Portador del Vacío, así que no se lo tenía en cuenta. Buscó en su bolsillo y sacó un librito. Lo sostuvo en alto y pasó varias páginas.

—¿Qué es eso? —preguntó Wyndle.

—Lo he afanado del puesto de guardia —dijo ella—. He pensado que a lo mejor podría venderlo o algo.

—Déjame verlo —pidió Wyndle.

Creció pared abajo y luego ascendió por la pierna de Lift, se enroscó en su cuerpo y acabó cruzando el brazo hasta el libro. Hacía cosquillas cuando de su enredadera principal salían ramitas que se le pegaban a la piel para sostenerse. Wyndle extendió otras ramitas por la página, que rodearon el libro entero y se colaron entre hoja y hoja.

—Hum…

Lift se apoyó contra la pared de la zanja mientras Wyndle trabajaba. No le parecía estar en una ciudad, sino en… en un túnel que llevaba a una. Sí, el cielo abierto brillaba arriba, pero la calle daba sensación de mucho aislamiento. Normalmente, en las ciudades se veían capas y capas de edificios altos que se iban alejando. Se oían los gritos a varias calles de distancia.

Pero hasta repleta de gente, más de la que parecía razonable, esa calle se notaba aislada. Lift vio un extraño y pequeño cremlino trepando por la pared a su lado. Era menudo y negro, con el caparazón fino y una rizada franja marrón en el lomo que parecía esponjosa. Los cremlinos eran extraños en Tashikk, y se iban volviendo más extraños cuanto más al oeste se iba. Cerca de las montañas, algunos cremlinos hasta volaban.

—Hum, sí —dijo Wyndle—. Ama, este cuaderno no debe de valer nada. Es solo un registro de los tiempos que pasan los guardias de servicio. La capitana, por ejemplo, anota que cada día se marcha a las diez en punto y la reemplaza el capitán de la guardia nocturna. Acude cada semana al Gran Indicium para hacer un informe detallado de lo sucedido desde su anterior visita. Es meticulosa, pero dudo mucho que haya alguien interesado en comprar su registro.

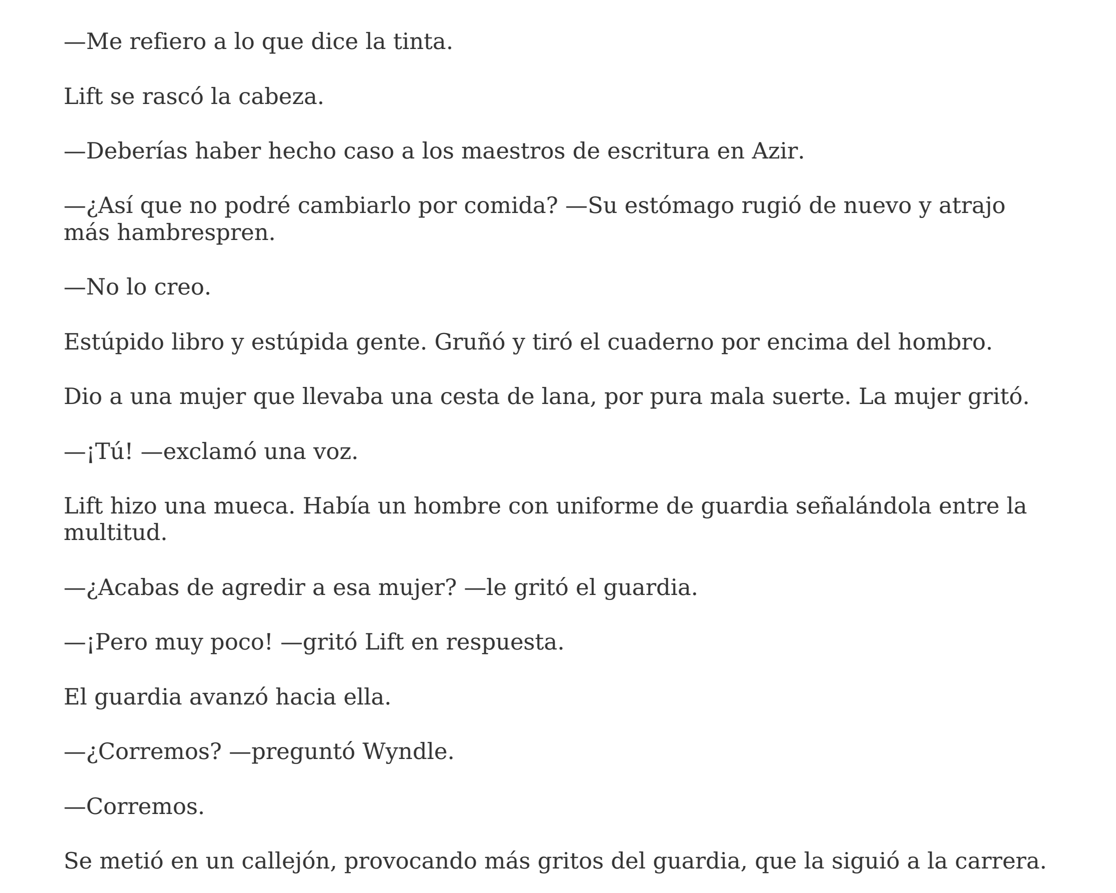
—Seguro que alguien lo querrá. ¡Es un libro!

—Lift, el valor de los libros depende de lo que contengan.

—Lo sé. Páginas.

—Me refiero a lo que hay en las páginas.

—¿Tinta?



—Me refiero a lo que dice la tinta.

Lift se rascó la cabeza.

—Deberías haber hecho caso a los maestros de escritura en Azir.

—¿Así que no podré cambiarlo por comida? —Su estómago rugió de nuevo y atrajo más hambrespren.

—No lo creo.

Estúpido libro y estúpida gente. Gruñó y tiró el cuaderno por encima del hombro.

Dio a una mujer que llevaba una cesta de lana, por pura mala suerte. La mujer gritó.

—¡Tú! —exclamó una voz.

Lift hizo una mueca. Había un hombre con uniforme de guardia señalándola entre la multitud.

—¿Acabas de agredir a esa mujer? —le gritó el guardia.

—¡Pero muy poco! —gritó Lift en respuesta.

El guardia avanzó hacia ella.

—¿Corremos? —preguntó Wyndle.

—Corremos.

Se metió en un callejón, provocando más gritos del guardia, que la siguió a la carrera.

# 5



Una media hora más tarde, Lift estaba tumbada en una lona extendida por encima de una choza, jadeando tras una larga carrera. Ese guardia había sido muy insistente.

Se meció perezosa en la lona mientras el viento soplaba por el callejón abarrotado de chabolas. Debajo de ella, una familia comentaba el milagro de que el grano de un carro entero cayera de repente sobre el barrio. Una madre, tres hijos y un padre, todos juntos.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados». Había hecho ese juramento cuando se disponía a salvar la vida de Gawx. Eran las Palabras correctas, Palabras importantes. Pero ¿qué significaban? ¿Y qué pasaba con su madre? A ella no la recordaba nadie.

Parecía haber demasiada gente allá fuera siendo olvidada. Demasiada para que la recordara una chica.

—¿Lift? —dijo Wyndle. Había creado una pequeña torre de enredaderas y hojas que se mecía al viento—. ¿Por qué no has ido nunca a las islas Reshi? Es de donde eres, ¿verdad?

—Eso decía mi madre.

—¿Y por qué no visitarlas? Por lo que dices, has recorrido medio Roshar, pero nunca has ido a tu supuesta tierra natal.

Lift alzó los hombros, con la mirada fija en el cielo de finales de tarde, sintiendo el viento en su piel. Olía fresco, comparado con el hedor que había abajo, en las zanjas. La ciudad no olía a podrido, pero sí a rancio, como a animales encerrados.

—¿Sabes por qué teníamos que irnos de Azir? —preguntó Lift en voz baja.

—Para perseguir a ese Rompedor del Cielo, al que llamas Oscuridad.

—No. No hemos venido a hacer eso.

—Claro.

—Nos fuimos porque la gente empezaba a saber quién soy. Si te quedas demasiado tiempo en el mismo sitio, la gente empieza a reconocerte. Los tenderos se aprenden tu nombre. Te sonríen al entrar y saben qué vas a pedirles, porque recuerdan lo que necesitas.

—¿Y eso es malo?

Ella asintió, sin dejar de mirar el cielo.

—Es peor incluso cuando creen que eres su amiga. Gawx, los visires. Suponen cosas. Creen que te conocen, y luego empiezan a esperar cosas de ti. Y entonces tienes que ser la persona que todos creen que eres, no la que eres en realidad.

—¿Y quién es la persona que tú eres en realidad, Lift?

Pero ahí estaba el problema, ¿verdad? Una vez lo había sabido, ¿o no? ¿O quizá era solo que era demasiado pequeña para que la preocupara?

¿Cómo lo sabía la gente? El viento meció su hamaca de lona y Lift se acurrucó, recordando los brazos de su madre, su aroma, su voz cálida.

Las punzadas de un estómago rugiente la interrumpieron, y las necesidades del presente estrangularon las querencias del pasado. Lift suspiró y se puso de pie en la lona.

—Vamos —dijo—. Tenemos que encontrar a unos pillastres callejeros.

# 6



Tie que dar avío —dijo la niña. Estaba mugrienta, y seguramente no se había lavado las manos desde que tuvo edad para hurgarse la nariz. Le faltaban muchos dientes. Demasiados para su edad—. La aya tie que dar buen avío.

—¿Tie que dar avío a los criajos?

—Tie que dar avío a los criajos —dijo la chica a Lift, asintiendo—. Pero también tie que regañar. Menúa pieza, la ojos de espada. No le van los criajos, pero tie que darles avío. No veas la faena.

—¿Igual es de cara pa fuera? —aventuró Lift—. ¿En plan que los afuereños le aflojan alpiste si hace como que con los criajos?

—Igual —dijo la chica—. Igual sí que es eso. Será una faena, pero también hay furo. Te lo digo yo. Furo que no veas.

—Gracias —dijo Lift—. Ten.

Dio a la chica su pañuelo, como le había prometido a cambio de la información. La chica se envolvió la cabeza con él y dedicó a Lift una sonrisa desdentada. A la gente le gustaba comerciar con la información en Tashikk. Lo consideraban como algo propio.

La chiquilla mugrienta se quedó pensativa un momento.

—Aquello de arriba, el avío desde el cielo. He oído rajar del tema. Eras tú, afuereña, ¿que no?

—Sí.

La chica hizo ademán de marcharse, pero se lo pensó mejor y apoyó una mano en el brazo de Lift.

—Tú —dijo la chica—. ¿Afuereña?

—Sí.

—¿Escuchas?

—Escucho.

—La gente no escucha.

Volvió a sonreír a Lift y se escabulló.

Lift se quedó acuclillada en el callejón de enfrente de unos hornos comunitarios, una enorme caverna vaciada en la pared de piedra con enormes chimeneas cortadas hacia arriba. Quemaban caparazones de rocabrotes de las granjas y cualquiera podía ir a cocinar en aquellos hornos centrales. No podían encender fuego en sus casas. Por lo que había oído Lift, al poco de fundar la ciudad había habido un incendio que arrasó diversos barrios y mató a montones de gente.

En los callejones no se veían volutas de humo, sino solo algún puntito de luz de esfera de vez en cuando. En teoría estaban en pleno Llanto y la mayoría de las esferas estaban opacas. Solo tendrían luz quienes hubieran tenido esferas sacadas al exterior, por casualidad, durante aquella inesperada alta tormenta de unos días antes.

—Ama —dijo Wyndle—, esa ha sido la conversación más extraña que he escuchado en la vida, y que conste que una vez cultivé un jardín entero para unos sagacispren.

—A mí me ha parecido normal. Solo era una chica de la calle.

—Pero ¿y esa forma de hablar? —dijo Wyndle.

—¿Qué forma?

—Con todas esas palabras y frases hechas raras. ¿Cómo has sabido qué decir?

—Lo que me sonaba bien —respondió Lift—. Las palabras son palabras y ya está. Bueno, el caso es que dice que podemos conseguir comida en el orfanato Luz de Tashi. Lo mismo que nos ha dicho el otro con el que hemos hablado.

—Entonces, ¿por qué no hemos ido? —preguntó Wyndle.

—La mujer que lo lleva no cae bien a nadie. No se fían de ella. Dicen que es mala, la muy famélica. Que solo reparte comida porque quiere quedar bien con los funcionarios que supervisan el orfanato.

—Parafraseando lo que has dicho hace un momento, ama, la comida es comida y ya está.

—Sí —convino Lift—. Pero es que ¿dónde está la gracia de comerte algo que te dan?

—Seguro que sobrevivirás a la humillación, ama.

Por desgracia, tenía razón. Lift tenía demasiada hambre para poder producir ninguna maravilla, lo que la convertía en una mendiga normal y corriente. Sin embargo, no se movió, aún no.

«La gente no escucha». ¿Lift escuchaba? Por lo general, sí, ¿verdad? Y total, ¿qué más le daba a la granujilla?

Con las manos en los bolsillos, Lift se levantó y recorrió la atestada calle excavada, esquivando de vez en cuando alguna mano que intentaba darle un bofetón o un puñetazo. Allí la gente hacía algo muy raro: llevaban las esferas como cuentas de un collar, ensartadas en largos cordeles, aunque estuvieran guardadas en bolsas. Y todo el dinero que había visto tenía agujeros al fondo de las esferas de cristal, para poder hacerlo. Pero ¿y si había que contar una cantidad exacta o dar cambio? ¿Tendrían que soltar todo el famélico montón y luego volver a pasarles el cordel?

Por lo menos, usaban esferas. Más hacia el oeste, la gente usaba lascas de gemas, a veces incrustadas en cachos de cristal y a veces no. Facilísimas de perder.

La gente se enfadaba mucho cuando perdía esferas. Eran así de raros con el dinero. Se preocupaban demasiado por algo que no se podía comer, aunque Lift supuso que justo por eso tenía sentido usar esferas en vez de algo racional, como sacos de comida. Si se usara la comida como moneda, al final la gente se comería todo su dinero, y entonces, ¿adónde iría a parar la sociedad?

El orfanato Luz de Tashi hacía esquina, tallado en la intersección entre dos calles. Su fachada principal, pintada de brillante naranja, estaba en la avenida más importante del barrio de los inmigrantes. Su parte trasera daba a una bocacalle ancha que tenía unas hileras de asientos talladas a los lados, formando un semicírculo como si fuera una especie de teatro, aunque partido en dos por el callejón. El trazado de este se perdía en la distancia y no parecía tan descuidado como algunos otros. Algunas de sus chabolas hasta tenían puertas, y los eructos que resonaban desde allí parecían casi refinados.

Los pillastres de la calle habían dicho a Lift que no llegara desde el lado de la avenida, que era para oficiales y gente de verdad. Los chicos tenían que ir por el lado del callejón, de modo que Lift pasó ante los bancos de piedra del pequeño anfiteatro, en los que estaban sentadas personas mayores con shiquas, y llamó a la puerta. Una franja de piedra por encima de ella estaba tallada y pintada en rojo y dorado, aunque ella no sabía leer las letras.

Abrió la puerta un joven. Tenía una cara plana y ancha, que Lift había aprendido a asociar con personas que no nacían del todo iguales que las demás. La miró de arriba abajo y señaló hacia los bancos.

—Siéntate ahí —dijo—. La comida viene después.

—¿Cuánto después? —preguntó Lift, con los brazos en jarras.

—¿Por qué, tienes alguna cita? —repuso el joven, y sonrió—. Siéntate ahí. La comida viene después.

Lift suspiró, pero se sentó cerca de donde charlaban los ancianos. Le dio la impresión de que eran gente que vivía más hacia el centro del barrio y salía al círculo abierto tallado en la bocacalle, donde podían sentarse y disfrutar del vientecillo.

Con el sol aproximándose al ocaso, las zanjas que componían la ciudad tenían cada vez las sombras más profundas. No habría muchas esferas para iluminarlas de noche y seguro que la gente se iba a dormir más temprano que de costumbre, como era habitual durante el Llanto. Lift se sentó en un banco y se abrazó las piernas, mientras Wyndle se amontonaba junto a ella. Miró la estúpida puerta del estúpido orfanato, entre gruñidos de su estúpido estómago.

—¿Qué le pasaba a ese joven que ha abierto la puerta? —preguntó Wyndle.

—No sé —dijo Lift—. Hay gente que nace así y ya está.

Esperó en el asiento, escuchando a unos hombres tashikkis del barrio charlar y reír. Al cabo de un tiempo, llegó alguien con paso silencioso por el callejón. Parecía una mujer, envuelta en tela negra. No era un shiqua de verdad, por lo que quizá fuese una extranjera intentando aparentar que lo llevaba y ocultar su identidad.

La mujer se sorbió la nariz. Llevaba de la mano a un niño mayor, de unos diez u once años. La mujer fue con él hasta la puerta del orfanato y le dio un abrazo.

El chico se quedó mirando hacia delante, sin ver, babeando. Tenía una cicatriz en la cabeza, de una herida ya casi curada del todo pero aún de un rojo furioso.

La mujer encorvó el cuello, luego la espalda y se apresuró a marcharse, dejando al chico allí, sentado con la mirada perdida. No era un bebé en una cesta. No, eso eran cuentos para niños. Aquello era lo que de verdad ocurría en los orfanatos, por lo que sabía Lift. La gente dejaba a niños que eran demasiado mayores para seguir cuidándolos, pero no podían cuidarse solos ni ayudar a la familia.

—¿Acaba de dejar a ese chico sin más? —preguntó Wyndle, horrorizado.

—Supongo que tendrá más niños —dijo Lift en voz baja—, a los que apenas puede dar de comer. No puede permitirse dedicar todo el tiempo a cuidar de uno que está así, ahora ya no.

El corazón de Lift dio un vuelco y quiso apartar la mirada, pero no pudo. Se levantó y fue hacia el chico. La gente rica, como los visires de Azir, tenían una perspectiva extraña sobre los orfanatos. Se los imaginaban llenos de virtuosos niñitos, valientes y bienintencionados, con ganas de trabajar y tener una familia.

Pero Lift sabía que en los orfanatos había muchos más niños parecidos a aquel. Niños que eran difíciles de cuidar. Niños que requerían una supervisión constante, o que tenían la cabeza un poco girada. O niños que podían ponerse violentos.

Le repateaba que los ricos se hubieran inventado aquel sueño idealizado de lo que debía ser un orfanato. Perfecto, lleno de dulces sonrisas y alegres canciones. No lleno de frustración, dolor y confusión.

Se sentó al lado del chico. Era más pequeño que ella.

—Hola —le dijo.

El chico la miró con ojos vidriosos. Desde allí podía verle mejor la herida. El pelo no había crecido en el lado de la cabeza.

—Todo irá bien —dijo Lift, cogiéndole la mano.

El chico no respondió.

Un poco después, la puerta del orfanato se abrió y dejó ver a una mujer que era un palo reseco. De verdad. Parecía la hija de una escoba y una mata de moho particularmente decidida. La piel le colgaba de los huesos como algo que una se rasparía después de ponerse perdida de mugre en una pocilga, y tenía unos dedos larguiruchos que Lift supuso que serían ramitas que se había pegado con cola después de que se le cayeran los de verdad.

La mujer se puso las manos en las caderas —sin romperse ningún hueso, por increíble que pareciera— y los contempló a los dos.

—Idiota y oportunista —dijo.

—¡Oye! —exclamó Lift, poniéndose de pie—. No es idiota, solo se ha hecho daño.

—Te describía a ti, niña —dijo la mujer, antes de arrodillarse junto al chico de la cabeza herida. Hizo chasquear la lengua y murmuró—: Sin valor, sin ningún valor. No creas que no veo tu engaño. Durarás poco aquí, ya lo verás.

Hizo un gesto hacia atrás y el joven que había visto Lift antes salió, cogió del brazo al chico herido y se lo llevó al interior del orfanato.

Lift intentó seguirlos, pero manos-ramitas se puso en medio.

—Te corresponden tres comidas —dijo la mujer—. Tú eliges cuándo las quieres, pero después de la tercera se acabó. Ya puedes considerarte afortunada de que esté dispuesta a dar cualquier cosa a alguien como tú.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Lift, imperiosa.

—Que si no quieres ratas en el barco, no deberías dedicarte a alimentarlas.

La mujer negó con la cabeza e hizo ademán de cerrar la puerta.

—¡Espera! —dijo Lift—. Necesito un sitio para dormir.

—Pues has venido al lugar indicado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Esos bancos suelen quedarse vacíos cuando oscurece.

—¿En bancos de piedra? —dijo Lift—. ¿Quieres que duerme en bancos de piedra?

—Va, no seas llorica. Ni siquiera llueve, ya.

La mujer cerró la puerta.

Lift suspiró, mirando a Wyndle. Al momento, el joven de antes abrió la puerta y le lanzó un gran rollo horneado de pan de clem, grueso y granuloso, con una pasta especiada en el centro.

—¿Por casualidad no tendrás una tortita? —le preguntó Lift—. Me he propuesto comerme…

El joven cerró la puerta. Lift suspiró, pero se sentó en los bancos de piedra cerca de unos ancianos y empezó a dar cuenta del rollo. No estaba demasiado bueno, pero sí calentito, y llenaba.

—Tormentas, menuda bruja —murmuró.

—No seas demasiado dura con ella, niña —dijo uno de los viejos de los bancos. Llevaba una shiqua negra, pero con la parte que envolvía la cara retirada, mostrando un bigote y cejas canosas. Tenía la piel de un tono marrón oscuro y una amplia sonrisa—. Es difícil ser quien se ocupa de los problemas de todos los demás.

—No tiene por qué ponerse tan borde.

—Si no se pone borde, los niños se apelotonan aquí para mendigar.

—¿Y qué? ¿Los orfanatos no están más o menos para eso? —Lift masticó un bocado del rollo—. ¡Mira que hacernos dormir en bancos de piedra! Tendría que ir a robarle la almohada.

—Creo que la encontrarías lista para ocuparse de cualquier pillastre ladronzuelo con ganas de guerra.

—No se ha enfrentado nunca a mí. Yo soy maravillosa.

Bajó la mirada hacia lo que le quedaba de comida. Por supuesto, si usaba su maravilla, terminaría hambrienta otra vez.

El hombre se rio.

—La llaman la Tocón, porque no hay tormenta que se la lleve. No creo que te salieras con la tuya contra ella, pequeña. —Se inclinó hacia ella—. Pero tengo información, si te interesa hacer un trato.

Los tashikkis y sus secretos. Lift puso los ojos en blanco.

—No me queda nada que ofrecer.

—Ofréceme tu tiempo, pues. Yo te digo cómo camelarte a la Tocón para intentar que te dé una cama. A cambio, tú me respondes a una pregunta. ¿Trato hecho?

Lift enarcó una ceja.

—Vale, por qué no.

—Allá va mi secreto. La Tocón tiene una pequeña afición. Se dedica a negociar con esferas. Las intercambia, por así decirlo. Encuentra a alguien que quiera llegar a un acuerdo con ella y será generosa recompensándote.

—¿Intercambia esferas? —preguntó Lift—. ¿Dinero por dinero? ¿Qué sentido tiene?

El hombre se encogió de hombros.

—Se esfuerza mucho para que no se sepa, así que debe de ser importante.

—Vaya secreto más soso —dijo Lift. Se metió el último mordisco del rollo en la boca y

masticó el pan de clem con facilidad. Era como una especie de plasta.

—Aun así, ¿me responderás la pregunta?

—Depende de lo sosa que sea.

—¿A qué parte del cuerpo crees que te pareces más? —preguntó él—. ¿Eres la mano, siempre atareada? ¿Eres la mente, que dirige? ¿O crees que eres más como como una pierna, tal vez, sosteniendo a todos los demás sin que se te reconozca casi nunca?

—Sí, la pregunta es sosa.

—No, no. Tiene una importancia capital. Todas las personas forman parte de algo mayor, del grandioso organismo que compone esta ciudad. Es la filosofía en la que estoy trabajando, ¿sabes?

Lift lo miró. Estupendo, la ramita furiosa al mando de un orfanato y el viejo loco fuera de él. Se sacudió las manos.

—Si soy algo de eso, soy una nariz. Porque estoy llena de todo tipo de mocos raros y nunca sabes lo que va a caer.

—Ah, interesante.

—No se suponía que fuese una respuesta útil.

—No, pero ha sido sincera, que es pilar de una buena corriente filosófica.

—Ya, lo que tú digas. —Lift se levantó de los bancos de piedra—. Ha estado muy bien hablar de locuras contigo, pero tengo un sitio importante al que ir.

—¿Ah, sí? —preguntó Wyndle, desenrollándose del banco donde había estado junto a ella.

—Ajá —dijo Lift—. Tengo una cita.

# 7



Lift estaba preocupada por si llegaba tarde. Nunca se le había dado muy bien el tiempo.

Bueno, las partes importantes sí que las tenía claras. Día, noche, bla, bla, bla. Pero las divisiones más allá de eso… bueno, nunca le habían parecido importantes. Pero para los demás sí que lo eran, así que corrió por el callejón tallado en la roca.

—¿Vas a buscar esferas para la mujer del orfanato? —preguntó Wyndle, ondeando por el suelo a su lado, metiéndose entre las piernas de la gente—. ¿Para ganártela?

—De eso ni hablar —dijo Lift con un bufido—. Es una estafa.

—¿Una estafa?

—Pues claro que sí. Supongo que estará blanqueando esferas para criminales, aceptándolas como «donativos» y devolviendo otras. La gente le pagará para que les blanquee las esferas, sobre todo en sitios como este, donde hay escribas controlando lo que haces todo el famélico tiempo. O también puede que sea otra estafa distinta. A lo mejor hace sentir mal a la gente para que le done esferas infusas a cambio de opacas. Les dará lastimita hablando de sus pobres niños, y luego puede ir a los cambistas con las esferas infusas y sacarse un beneficio.

—¡Eso sería tener muy pocos escrúpulos, ama!

Lift levantó los hombros.

—¿Y qué otra cosa vas a hacer con los huérfanos? Para algo tienen que servir,

¿verdad?

—Pero ¿sacar provecho de las emociones de la gente?

—La pena puede ser una herramienta poderosa. Cada vez que haces sentir algo a alguien, tienes poder sobre él.

—Supongo ¿que sí?

—Tengo que asegurarme de que no me pase nunca —dijo Lift—. Es la forma de mantenerte fuerte, ¿sabes?

Regresó al lugar por el que había entrado en las zanjas y desde allí buscó hasta encontrar la rampa que subía a la entrada de la ciudad. Era larga y tenía poca pendiente, para poder bajar los carros si era necesario.

Subió un poco por ella, lo justo para poder echar un vistazo al puesto de vigilancia. Seguía habiendo cola arriba, más larga que cuando ella había llegado. Hasta había mucha gente acampando sobre la piedra. Algunos mercaderes con iniciativa estaban vendiéndoles comida, agua limpia y hasta tiendas.

«Buena suerte con eso», pensó Lift. La mayoría de la gente de la cola no parecía tener muchas posesiones aparte de su propia piel y quizá una enfermedad exótica o dos. Lift retrocedió. No era lo bastante maravillosa para arriesgarse a otro encuentro con los guardias. Se sentó en una pequeña grieta de la roca al fondo de la rampa, desde donde vio pasar a un mercader de mantas. Llevaba un caballo pequeño y extraño, peludo, blanco y con cuernos en la cabeza. Se parecía a aquellos bichos tan malos de comer que había al oeste.

—Ama —dijo Wyndle desde la pared de piedra, junto a su cabeza—. No sé mucho sobre seres humanos, pero sobre plantas, un poco sí. Tenéis parecidos notables. Necesitáis luz, agua y nutrición. Y las plantas tienen raíces. Para anclarlas durante las tormentas, ¿sabes? Si no, salen volando.

—A veces es bueno salir volando.

—¿Y cuando llegue la gran tormenta?

La mirada de Lift se perdió hacia el oeste. Hacia lo que fuese que estaba acumulándose allí. «Una tormenta que sopla al revés —habían dicho los visires—. No debería ser posible. ¿A qué están jugando los alezi?».

A los pocos minutos, la capitana de la guardia bajó por la rampa. A la mujer le faltaba arrastrar los pies y, nada más se perdió de vista del puesto de vigilancia, dejó que sus hombros cayeran. Por lo visto, había tenido un día duro. ¿Por qué podría ser?

Lift se encogió, pero la mujer ni siquiera le pasó la mirada por encima. Cuando la capitana hubo pasado, Lift se puso de pie y fue tras ella.

Seguir a alguien en aquella ciudad se demostró tarea fácil. No había apenas recovecos ocultos ni bifurcaciones. Como Lift había supuesto, con la oscuridad creciente las calles estaban despejándose. Quizá repuntara la actividad cuando la primera luna ascendiera un poco, pero de momento no había bastante luz.

—Ama —dijo Wyndle—, ¿qué estamos haciendo?

—Había pensado ver dónde vive esa mujer.

—Pero ¿por qué?

Como era de esperar, la capitana no vivía muy lejos de su puesto de guardia. Solo unas calles más adentro, seguramente lo bastante lejos para estar fuera del barrio de inmigrantes pero lo bastante cerca para que le saliera barato por asociación. Era un conjunto amplio de habitaciones talladas en la pared de roca, señaladas con ventanas individuales. Apartamentos, en lugar de un solo «edificio». Tenía una pinta bastante extraña, una pared vertical de roca interrumpida por un puñado de postigos.

La capitana entró, pero Lift no la siguió al interior. En vez de eso, estiró el cuello para mirar hacia arriba. Al poco, una ventana cerca del techo brilló con luz de esfera y la capitana abrió los postigos para que entrara aire fresco.

—Hum —dijo Lift, escrutando en la oscuridad—. Vamos a escalar esa pared, Portador del Vacío.

—Ama, podrías llamarme por mi nombre.

—Podría llamarte un montón de cosas —replicó Lift—. Alégrate de que no tenga mucha imaginación. Venga, vamos.

Wyndle suspiró, pero se curvó por la pared exterior de la vivienda de la capitana. Lift trepó, usando sus enredaderas como asideros para manos y pies. Mientras subía, pasó junto a varias ventanas, pero pocas de ellas estaban iluminadas. Un par de ventanas del mismo lado eran tan amables de tener una cuerda de tender colgada entre ellas, y Lift cogió una shiqua. Qué majos eran por haberla dejado allí fuera, lo bastante alta para que solo pudiera alcanzarla ella.

No se detuvo en la ventana de la capitana, para aparente sorpresa de Wyndle. Subió hasta arriba del todo y se izó a un campo de treb, un cereal que crecía arracimado dentro de vainas duras sobre enredadera. Los granjeros de la zona los cultivaban en estrechas hendiduras de la piedra, de poco menos de treinta centímetros de ancho. La enredadera se apretujaba en ellas y brotaban vainas que quedaban encajadas para que no se las llevaran las tormentas.

Los granjeros habían terminado su jornada y dejado hojarasca amontonada para que se la llevara la próxima tormenta, cuandoquiera que llegase. Lift se sentó al borde de la zanja, mirando la ciudad bajo sus pies. Estaba salpicada de esferas. No eran muchas, pero sí más de las que había esperado. La luz escapaba hacia arriba de las zanjas, como si fuesen grietas de algo brillante que hubiera en el centro. ¿Qué aspecto tendría cuando la gente tuviera más esferas infusas? Imaginó brillantes columnas de luz refulgiendo de los agujeros.

Por debajo, la capitana cerró la ventana y debió de cubrir sus esferas. Lift bostezó.

—Tú no tienes que dormir, ¿verdad, Portador del Vacío?

—No me hace falta.

—Pues ten el ojo echado al edificio. Despiértame si entra alguien o si sale la capitana.

—¿Puedes decirme al menos por qué estamos espiando a una capitana de la guardia de la ciudad?

—¿Qué vamos a hacer, si no?

—¿Cualquier otra cosa?

—Aburrido —dijo Lift, y volvió a bostezar—. Tú despiértame, ¿vale?

Wyndle dijo algo, probablemente quejándose, pero a Lift ya se le cerraban los ojos.

Pareció que solo habían transcurrido unos momentos antes de que Wyndle la zarandeara para despertarla.

—¿Ama? —dijo—. Ama, me declaro asombrado por tu ingenio y por tu estupidez, las dos cosas a la vez.

Lift bostezó, se removió en su manta de shiqua robada y espantó a unos vidaspren que flotaban a su alrededor. Por suerte, no había soñado. Odiaba los sueños. O le mostraban una vida que no podía tener o una vida que la aterrorizaba. ¿De qué servía ninguna de las dos opciones?

—¿Ama? —insistió Wyndle.

Lift se revolvió y se incorporó. No se había fijado en que había elegido un sitio rodeado y plagado de enredaderas, que se le habían enganchado en la ropa. ¿Qué estaba haciendo allí arriba, por cierto? Se pasó una mano por el pelo, que estaba enredado y salía en todas las direcciones.

La luz del sol asomaba sobre el horizonte y los granjeros ya estaban trabajando de nuevo. De hecho, al incorporarse y sobresalir de su nido de enredaderas, unos pocos se habían girado para observarla con expresiones anonadadas. No debía de ser muy habitual encontrar a una chica reshi durmiendo junto a una hendidura de tu campo. Lift sonrió y los saludó con la mano.

—Ama —dijo Wyndle—, me pediste que te avisara si alguien entraba en el edificio.

Eso era. Se sobresaltó al recordar lo que estaba haciendo y su mente se desembotó.

—¿Y? —preguntó, apremiante.

—Y el mismísimo Oscuridad, el hombre que casi te mató en el palacio real, acaba de entrar en el edificio que tenemos debajo.

El mismísimo Oscuridad. Lift sintió una punzada de alarma y se agarró al borde del precipicio, casi sin atreverse a mirar hacia abajo. No había estado segura de que se presentara allí.

—Viniste a esta ciudad persiguiéndolo —dijo Wyndle.

—Pura coincidencia —farfulló ella.

—De eso ni hablar. Enseñaste tus poderes a esa capitana de la guardia, sabiendo que escribiría un informe sobre lo que vio. Y sabías que ese informe llamaría la atención de Oscuridad.

—No puedo buscar a un hombre por toda la ciudad, así que necesitaba una forma de atraerlo a mí. Pero no esperaba que encontrara tan rápido este sitio. Debe de tener a algún escriba vigilando los informes.

—Pero ¿por qué? —preguntó Wyndle, casi con un gimoteo—. ¿Por qué lo buscas? Es peligroso.

—Evidentemente.

—Oh, ama. Qué locura. Ese hombre…

—Mata a personas —dijo ella con suavidad—. Los visires le han seguido la pista. Mata a gente que no parece relacionada entre sí. Los visires no saben qué pasa, pero yo sí. —Respiró hondo—. Está persiguiendo a alguien en esta ciudad, Wyndle. A alguien con poderes… a alguien como yo.

Wyndle se quedó pensativo un momento y luego hizo un «Aaah» de comprensión.

—Bajemos a su ventana —dijo Lift, descolgándose por el borde sin hacer caso a los granjeros. La ciudad seguía a oscuras y despertaba poco a poco. No debería llamar demasiado la atención hasta que hubiera más trajín.

Wyndle tuvo la amabilidad de crecer hacia abajo por delante de ella, proporcionándole algo a lo que agarrarse. Lift no estaba segura del todo de por qué estaba haciendo aquello. Quizá fuese la tentación de encontrar a alguien más como ella, alguien que pudiera explicarle qué era y por qué su vida había dejado de tener sentido. O quizá fuese solo que no le gustaba que Oscuridad estuviese al acecho de un inocente. De alguien que, al igual que ella, no había hecho nada malo —bueno, nada importante—, salvo tener unos poderes que él creía que no le correspondían.

Apretó la oreja contra los postigos de la habitación de la capitana. Desde el interior le llegó alta y clara la voz de él.

—Una joven —dijo Oscuridad—. Herdaziana o reshi.

—Sí, señor —dijo la capitana—. ¿Le importa enseñarme sus papeles otra vez?

—Los encontrará en orden.

—Es que… ¿operativo especial del príncipe? Nunca había oído mencionar ese título.

—Es un cargo antiguo pero muy poco usado —dijo Oscuridad—. Explíqueme exactamente lo que hizo esa chica.

—Ya lo…

—Explíquelo otra vez. A mí.

—Bueno, nos hizo correr a base de bien, señor. Se coló en nuestro puesto de guardia, tiró nuestras cosas al suelo y robó comida. El delito grave fue cuando vació ese carro de grano en la ciudad. Estoy segura de que lo hizo a propósito. El mercader ya ha denunciado a la guardia de la ciudad por negligencia deliberada en el cumplimiento del deber.

—No tiene caso —contestó Oscuridad—. Al no haber recibido el permiso para acceder a la ciudad, no se hallaba bajo la jurisdicción de usted. Si acaso, tendría que denunciar a la guardia de caminos y clasificarlo como bandidaje.

—¡Eso mismo le dije yo!

—No es culpa suya, capitana. Se enfrentaba a una fuerza que no comprende, y que no estoy autorizado a explicar. Sin embargo, necesito los detalles para confirmarlo. ¿La chica brillaba?

—Eh… Bueno…

—¿Brillaba o no, capitana?

—Sí. Le juro que tengo la mente clara. No estaba teniendo visiones, señor. La chica brillaba. Y el grano también, un poco.

—¿Y era resbaladiza al tacto?

—Más que si estuviera cubierta de aceite, señor. Nunca había tocado nada igual.

—Como esperaba. Tenga, firme esto.

Hubo algunos sonidos. Lift se quedó allí colgada, con la oreja pegada a la pared y el corazón aporreando. Oscuridad tenía una hoja esquirlada. Si sospechaba siquiera que Lift estaba allí fuera, podía dar un tajo a través de la pared y cortarla en dos.

—¿Señor? —dijo la capitana de la guardia—. ¿Puede decirme lo que está pasando? Me siento perdida, como una soldado en el campo de batalla que no recuerda cuál es su estandarte.

—No le corresponde saberlo.

—Eh… sí, señor.

—Vigile por si ve a la chica. Que sus compañeros hagan lo mismo, e informe a sus superiores si la descubren. Se me hará saber.

—Sí, señor.

Unos pasos señalaron que se dirigía hacia la puerta. Antes de marcharse, pareció reparar en algo.

—¿Esferas infusas, capitana? Tiene suerte de tenerlas, con los tiempos que corren.

—Las obtuve negociando, señor.

—Y otras opacas en la lámpara de la pared.

—Se agotaron hace semanas, señor, y no las he repuesto. ¿Esto es relevante, señor?

—No. Recuerde sus órdenes, capitana —dijo, y se despidió de ella.

La puerta se cerró. Lift volvió a trepar por la pared, seguida de un gimoteante Wyndle, se escondió en el techo y vio salir a Oscuridad a la calle de abajo. La luz matutina le calentó la nuca, pero no pudo evitar un escalofrío.

Uniforme negro y plateado. Piel oscura, como los makabaki, con una franja más clara en la mejilla, una marca de nacimiento con forma de media luna.

Ojos muertos. Ojos a los que les daba igual mirar a un hombre, un chull o una piedra.

Se guardó unos papeles en el bolsillo del chaquetón y sacó sus guantes con largas bocamangas.

—Muy bien, ya lo hemos encontrado —susurró Wyndle—. ¿Ahora qué?

—¿Ahora? —Lift tragó saliva—. Ahora lo seguimos.

# 8



Seguir a Oscuridad era una experiencia muy distinta a la que había sido seguir a la capitana. Para empezar, era de día. Muy temprano todavía, pero había la suficiente luz para que Lift se preocupara de que la descubrieran. Por suerte, encontrar a Oscuridad había quemado por completo la neblina de somnolencia que había tenido al despertar.

Al principio intentó mantenerse por encima de las paredes, en los jardines que coronaban la ciudad, pero resultó difícil. Aunque había algunos puentes allí arriba que cruzaban las zanjas, no eran ni por asomo tan frecuentes como habría necesitado. Cada vez que Oscuridad llegaba a una intersección, se estremecía de miedo por si tomaba una ruta que ella no pudiera seguir sin tener que saltar un hueco enorme.

Terminó arriesgándose a bajar por una escalerilla y seguirlo por el interior de una zanja. Menos mal que la gente esperaba cierta cantidad de empujones al desplazarse por las calles. No era que estuvieran abarrotadas, y en las avenidas más anchas había mucho espacio libre, pero aquellas paredes intensificaban la sensación de confinamiento.

Lift tenía mucha práctica en aquello y le siguió el rastro sin dejarse ver. No vació ningún bolsillo, pese a las varias ocasiones buenas que tuvo. A la gente le faltaba sostener sus bolsas en alto y exigir que se las robaran. Si no hubiera estado tras la pista de Oscuridad, quizá habría afanado unas pocas por los viejos tiempos.

No usó su maravilla, que de todos modos se le estaba terminando. No había comido desde la noche anterior y, si no usaba el poder, al final desaparecía. Le costaba más o menos medio día, no sabía por qué.

Esquivó a granjeros que iban al trabajo, a mujeres que cargaban agua y a niños que correteaban hacia sus clases, para sentarse en filas y escuchar a un maestro mientras hacían algún trabajo mecánico, como coser, para pagarse la educación. Pringados.

La gente dejaba mucho espacio a Oscuridad, se apartaba de él como de alguien cuyo trasero no pudiera evitar revelar a todo el mundo lo que había estado comiendo. Lift sonrió al pensarlo mientras subía a unas cajas donde ya había otros chicos. Sin embargo, Oscuridad no era tan normal como para eso. A Lift le costaba imaginárselo comiendo o haciendo cosas similares.

Un tendero salió a echarlos de las cajas, pero Lift ya había podido echar un buen vistazo a Oscuridad y pudo escurrirse tras él, con Wyndle a su lado.

Oscuridad no se detenía nunca a pensar el camino, ni a mirar lo que ofrecían los vendedores callejeros. Parecía moverse demasiado deprisa para los pasos que daba, como si se derritiera de sombra en sombra con cada zancada. Lift casi lo perdió de vista varias veces, lo que resultaba estrambótico. Siempre había podido seguir la pista de dónde estaba la gente.

Oscuridad acabó llegando a un mercado donde había mucha fruta exhibida. Parecía como si alguien estuviera planeando una pelea de comida a escala épica pero hubiera decidido cancelarla y estuviera vendiendo la munición a regañadientes. Lift se apropió de un fruto de color morado, del que no sabía el nombre, mientras el tendero miraba inquieto a Oscuridad. La gente solía mirarlo así. Era…

—¡Eh! —gritó el tendero—. ¡Eh, alto ahí!

Lift se volvió mientras se llevaba la mano a la espalda y soltaba el fruto, que envió de un talonazo entre los pies de la muchedumbre. Sonrió con dulzura.

Pero el tendero no la miraba a ella. Miraba a otra oportunista, una chica unos años mayor que Lift que le había afanado una cesta entera de fruta. La joven echó a correr en el instante en que la descubrieron, inclinada y sin soltar la cesta. Zigzagueó con destreza entre la multitud.

Lift se oyó gemir a sí misma.

«No, por ahí no, no hacia…».

Oscuridad atrapó a la joven de entre la gente. Fluyó hacia ella casi como si fuese líquido y la agarró por el hombro con la velocidad de un cepo para ratas al saltar. La chica se revolvió y le dio manotazos y puntapiés, pero él se quedó allí envarado y no pareció notar ni que le preocupara el ataque. Sin soltarla, se agachó, recogió la cesta de fruta y luego la llevó hacia el puesto del mercado, arrastrando a la ladrona tras de sí.

—Gracias —dijo el tendero, recuperando la cesta y fijándose en el uniforme de Oscuridad—, esto… ¿oficial?

—Soy un operativo nombrado para circunstancias especiales, con jurisdicción plena a lo largo y ancho del reino concedida por el príncipe —respondió Oscuridad, sacando un papel del bolsillo de su chaquetón y sosteniéndolo en alto.

La chica cogió una fruta de la cesta y se la arrojó a Oscuridad. Se aplastó contra su pecho y rebotó. Oscuridad no reaccionó, como tampoco torció el gesto siquiera cuando la chica le mordió en la mano. Se limitó a guardar el documento que había

mostrado al tendero y luego la miró.

Lift sabía lo que era estar ante aquellos ojos fríos y vidriosos. La chica se encogió en la presa de Oscuridad y entonces pareció montar en pánico, echó mano al cinto y blandió su navaja. Intentó apuñalar a Oscuridad a la desesperada, pero él le arrancó el arma con un revés de la mano que tenía libre.

A su alrededor, la multitud había notado que algo andaba mal. Aunque el resto del mercado seguía atareado, la zona donde estaban cesó su actividad. Lift se retiró junto a un carro roto, estrecho para poder recorrer las zanjas, donde había otros chavales de la calle apostando a cuánto tardaría Tiqqa en escapar «esta vez».

Como queriendo resolver la apuesta, Oscuridad invocó su hoja esquirlada y la clavó en el pecho de la esforzada ratera.

El largo filo se hundió hasta la empuñadura cuando Oscuridad tiró de la chica. Ella dio un respingo y abrió mucho los ojos, que entonces se oscurecieron y parecieron quemarse, liberando sendas volutas de humo que se perdieron hacia el cielo.

El tendero chilló y se dio un golpe en el pecho. Soltó la cesta de fruta.

Lift cerró los párpados con fuerza. Oyó el cadáver cayendo al suelo y la voz demasiado serena de Oscuridad, que dijo:

—Entregue este documento a la guardia del mercado, que retirará el cuerpo y le tomará declaración. Permítame dar testimonio de la fecha y la hora… eso es…

Lift se obligó a abrir los ojos. Los dos chicos que tenía al lado estaban boquiabiertos y horrorizados. Uno empezó a llorar con un gimoteo incrédulo.

Oscuridad terminó de rellenar el documento y dio un golpecito con el dedo al tendero para que el hombre diera fe también por escrito y añadiera una descripción breve de lo que había ocurrido.

Al terminar, Oscuridad saludó con la cabeza y se volvió para marcharse. El tendero, con la fruta tirada a sus pies y una pila de cajas y cestas al lado, se quedó mirando el cadáver con los papeles aún en sus dedos laxos. Los furiaspren bulleron a su alrededor, como charcos rojos en el suelo.

—¿Eso era necesario? —exigió saber—. ¡Tashi! ¡Por Tashi que está en lo alto!

—A Tashi no le preocupa mucho lo que hagan aquí —replicó Oscuridad mientras se alejaba caminando—. De hecho, yo en su lugar rezaría para que no venga a su ciudad, ya que dudo que le gustaran mucho las consecuencias. En cuanto a la ladrona, por el hurto le habría correspondido el encarcelamiento. En cambio, la pena prescrita por agredir a un agente con un arma de filo es la muerte.

—Pero… ¡pero eso ha sido una barbaridad! ¿No podría haberle cortado la mano o… o… o algo?

Oscuridad se detuvo y giró la cabeza hacia el tendero, que se encogió.

—He probado alguna vez, allí donde la ley permite aplicar algo de criterio propio en los castigos —dijo Oscuridad—. Amputar una mano lleva a una alta tasa de reincidencia, ya que el ladrón en cuestión queda incapacitado para la mayoría de los empleos legítimos y, en consecuencia, se ve abocado al robo. Por tanto, esa medida

podría empeorar la criminalidad en lugar de reducirla.

Inclinó a un lado la cabeza, mirando del tendero al cadáver, como si le costara entender por qué podía molestar a alguien lo que acababa de hacer. Desentendiéndose del asunto, se volvió y siguió su camino.

Lift se quedó mirando, aturdida, pero se obligó a sobreponerse y corrió hacia la chica caída sin preocuparse por si la veían. Asió el cuerpo por los hombros y se inclinó, exhalando su maravilla, la luz que ardía en su interior, e imbuyéndola a la joven muerta.

Por un momento, pareció funcionar. Lift vio algo, una luminiscencia con forma humana. Vibró en torno al cadáver, titilando. Pero entonces se la llevó el viento y el cuerpo se quedó en el suelo, inmóvil, con los ojos chamuscados.

—No —dijo Lift.

—Para esta ha pasado demasiado tiempo, ama —dijo Wyndle con suavidad—. Lo siento.

—Con Gawx pasó más tiempo.

—Gawx no murió atravesado por una hoja esquirlada —repuso Wyndle—. Creo… creo que los humanos no mueren instantáneamente, en general. Ay, mi memoria. Tengo demasiados huecos, ama. Pero sí sé que las hojas esquirladas son diferentes. A lo mejor, si hubieras llegado a esta justo después… sí, en ese caso habrías podido. Pero había pasado demasiado tiempo. Y de todos modos, no tienes suficiente poder.

Lift se quedó arrodillada sobre la piedra, consumida. El cuerpo ni siquiera sangraba.

—Y es verdad que le ha sacado una navaja —añadió Wyndle con un hilo de voz.

—¡Estaba aterrorizada! Ha visto sus ojos y le ha entrado el pánico.

Lift apretó los dientes, rugió y se puso de pie. Se acercó al tendero, que se apartó de un salto mientras Lift cogía dos frutas de su puesto y lo miraba a los ojos para dar un enorme y jugoso mordisco a una de ellas, que procedió a masticar.

Luego se marchó en la misma dirección que Oscuridad.

—Ama —dijo Wyndle.

Lift no le hizo caso. Persiguió a aquella criatura sin corazón, a aquel asesino. Logró encontrarlo de nuevo, porque estaba dejando una estela de gente turbada incluso mayor que antes. Lo avistó saliendo del mercado, subiendo unos escalones y después cruzando un gran arco.

Lo siguió con cautela y asomó la cabeza por un recodo hacia una parte extraña de la ciudad. Habían extraído un pedazo enorme de piedra con forma cónica. El agujero era muy profundo y estaba lleno de agua.

Se trataba de una cisterna gigantesca. Una cisterna tan grande como varias casas juntas, pensada para recoger la lluvia de las tormentas.

—Ah —dijo Wyndle—. Sí, y está aislada del resto de la ciudad por un borde elevado. El agua que cae en las calles fluye hacia afuera y no hacia esta cisterna, con lo que la de

aquí se mantiene pura. De hecho, parece que muchas calles tienen algo de cuesta para desviar el agua hacia fuera. Pero ¿adónde va después?

Qué más daba. Lift inspeccionó la enorme cisterna, que tenía un puente encima para poder cruzarla. El hueco era tan grande que hacía falta un puente, desde el que los ciudadanos bajaban cubos en cuerdas para llevarse agua.

Oscuridad no cruzó el puente. Optó por la plataforma que bordeaba la cisterna, donde había menos gente. Saltaba a la vista que prefería evitar las aglomeraciones.

Lift se quedó vacilante en el recodo anterior a la cisterna, combatiendo su frustración y su impotencia. Se ganó un par de improperios por impedir el paso.

«Se llamaba Tiqqa —pensó Lift—. Yo te recordaré, Tiqqa, porque pocos más van a hacerlo».

En el agua de la enorme cisterna había ondulaciones por los muchos cubos que perturbaban su superficie. Si Lift seguía a Oscuridad por la plataforma, quedaría al descubierto sin nadie más entre ellos.

Bueno, tampoco era que mirase hacia atrás muy a menudo. Tendría que arriesgarse. Salió y dio un paso hacia la plataforma.

—¡No! —exclamó Wyndle—. Ama, permanece oculta. Tiene ojos que tú no puedes ver.

De acuerdo, pues. Se unió al flujo de gente que descendía por los peldaños. Era la ruta más corta, pero el puente estaba abarrotado. Entre aquella masa de personas, al ser bajita, perdió de vista a Oscuridad.

Le picó el sudor frío en la nuca. Si ya no podía verlo, tenía la irracional certeza de que sería él quien estuviera vigilándola. Visualizó una y otra vez cómo se había abalanzado sobre la ladronzuela en el mercado, con una facilidad de movimiento sobrenatural. Sí, Oscuridad sabía cosas sobre la gente como Lift. Había hablado de sus poderes como si supiera lo que decía.

Lift recurrió a su maravilla. No se resbaladizó, pero dejó que la luz la bañara, que la avivara. A veces el poder le daba la sensación de estar vivo. Como si fuese la esencia del entusiasmo, como un spren. La impulsó mientras esquivaba y se colaba entre la multitud que atestaba el puente.

Llegó al otro lado y no vio ni rastro de Oscuridad en la plataforma. ¡Tormentas! Salió por el arco del fondo, volviendo a la ciudad en sí, y llegó a una gran encrucijada.

Por delante de ella pasaron tashikkis envueltos en shiquas, con algún azishiano de ropa estampada intercalado de vez en cuando. Desde luego, era una parte más pudiente de la ciudad. La luz del sol en ascenso se reflejaba en las secciones pintadas de las paredes, que allí formaban un grandioso mural de Tashi y los Nueve encuadernando el mundo. Se cruzó con gente que tenía esclavos parshmenios, con piel jaspeada en negro y rojo. Allí no había visto muchos de ellos, no tantos como en Azir. Quizá fuese porque no había estado en las partes ricas de la ciudad.

Muchos edificios de aquel barrio tenían árboles pequeños o arbustos ornamentales delante. Los cruzaban y cultivaban para ser perezosos, de forma que sus hojas no se retrajeran en presencia de multitudes cercanas.

«Lee esas multitudes —pensó Lift—. La gente. ¿Dónde hay gente actuando raro?».

Se internó en la encrucijada guiándose por el instinto, por algo en la postura de la gente, por la dirección hacia la que miraban. Allí había una ondulación. Las alteraciones en el agua de un pez al pasar, silenciosas pero no estáticas.

Dobló una esquina y captó un breve atisbo de Oscuridad subiendo unos peldaños junto a una línea de árboles pequeños. Se metió en un edificio y cerró la puerta.

Lift se acercó cautelosa al lateral del edificio en el que había entrado Oscuridad, rozando con la cara las hojas de los árboles y haciendo que las retiraran. Eran perezosos, pero no tan tontos como para no moverse si sentían un contacto.

—¿Qué son esos ojos que dices que tiene? —preguntó mientras Wyndle se enroscaba en una pila a su lado—. Esos que no puedo ver.

—Llevará consigo a un spren —explicó Wyndle—, como yo. Supongo que será invisible para ti y para todo el mundo salvo él. La mayoría lo son en este lado, me parece. No recuerdo todas las normas.

—A veces eres tonto, Portador del Vacío.

Wyndle suspiró.

—Pero no te preocupes —añadió Lift—. Yo soy tonta casi a todas horas.

Se rascó la cabeza. Los peldaños llevaban a una puerta. ¿Se atrevería a abrirla y colarse? Si quería saber más de Oscuridad y de lo que estaba haciendo en la ciudad, no podía limitarse a averiguar dónde se alojaba.

—Ama —dijo Wyndle—. Seré tonto, pero puedo afirmar con certeza que no eres rival para esa criatura. Hay muchas Palabras que no has pronunciado.

—Pues claro que no he pronunciado esa clase de palabras —replicó Lift—. ¿Es que no me escuchas nunca? Soy una chica dulce e inocente. No pienso hablar de cojones, ojetes y demás. No soy tan grosera.

Wyndle suspiró.

—No me refiero a esa clase de palabras. Ama, son…

—Venga, calla —lo interrumpió Lift, agachándose junto a los árboles que jalonaban la fachada del edificio—. Tenemos que entrar ahí y ver qué trama.

—Ama, por favor, no hagas que te maten. Sería muy traumático. ¡Creo que me costaría meses y meses recuperarme!

—Más me costaría a mí.

Lift se rascó la cabeza otra vez. No podía colgarse de la pared del edificio y escuchar lo que decía Oscuridad, como había hecho en casa de la capitana de la guardia. No en una parte adinerada de la ciudad y no en pleno día.

Además, tenía objetivos más elevados que limitarse a poner la oreja. Para lograr lo que había ido a hacer, tendría que entrar de verdad en el edificio. Pero ¿cómo? Aquellas construcciones no solían tener puertas traseras: estaban talladas en la roca. A lo mejor podía colarse por una ventana de delante, pero desde luego resultaría sospechoso.

Echó un vistazo a la gente que pasaba. En la ciudad, repararían en algo como una pilluela forzando una ventana. En cualquier cosa que pareciese un problema. Pero en cambio, otras veces pasaban por alto las cosas más evidentes que sucedían ante sus mismas narices.

«Quizá…». Le quedaba maravilla de la fruta que se había comido. Se fijó en una ventana con postigo a casi dos metros de altura. Sería la planta baja del edificio, pero estaba tan elevada porque en aquella ciudad todo se construía un poco para arriba.

Lift se puso en cuclillas y dejó salir algo de su maravilla. El arbolito que tenía al lado se desperezó con unos suaves estallidos. Las hojas brotaron, se desplegaron y dieron un buen bostezo matutino. Las ramas se alzaron hacia el cielo. Lift se tomó su tiempo y dejó que la copa del árbol se llenara, que creciera lo suficiente para tapar la ventana. Alrededor de sus pies, unas semillas de rocabrote traídas por la tormenta se inflaron como bollos al horno. Las enredaderas le rodearon los tobillos.

Ningún viandante se dio cuenta. Darían un coscorrón a una chica de la calle por rascarse el culo de forma sospechosa, pero los milagros les traían sin cuidado. Lift suspiró, sonriendo. El árbol la taparía mientras forzaba la ventana, si iba con cuidado. Dejó que su maravilla siguiera goteando, reconfortando al árbol, volviéndolo incluso más perezoso. Aparecieron vidaspren, motitas verdes y brillantes que flotaron a su alrededor.

Esperó un tiempo entre la muchedumbre que pasaba y luego saltó y se agarró a una rama para introducirse en el árbol, que seguía bebiendo de su maravilla y no retrajo las hojas. Se sintió segura allí, rodeada de unas ramas que tenían un olor rico e intenso, como las especias que se ponían en el caldo. Había enredaderas rodeando las ramas y sacando hojas, más o menos como hacía Wyndle.

Lo malo era que se le estaba terminando el poder. Un par de frutas no le proporcionaban demasiado. Apretó la oreja contra los gruesos postigos que protegían la ventana de las tormentas y no oyó nada en la habitación del otro lado. Segura en el árbol, hizo repiquetear las palmas de las manos suavemente contra los postigos, para encontrar el cerrojo por el sonido.

«Mira, sí que sé escuchar».

Pero por supuesto, aquella no era la clase correcta de escucha.

La ventana estaba asegurada con algún tipo de barra larga al otro lado, posiblemente pasando por rendijas en la parte interior de los postigos. Por suerte, aquellas piezas de madera no encajaban tan bien como en otras ciudades, seguramente porque no hacía falta protegerse tanto de las tormentas al abrigo de las zanjas. Hizo que las enredaderas ascendieran por las ramas, bebiendo su luz tormentosa, que luego le rodearan los brazos y se colaran por las rendijas de los postigos. Las enredaderas se extendieron por el interior, empujaron hacia arriba la barra que mantenía la ventana cerrada y…

Y Lift entró. Usó sus últimos resquicios de maravilla para cubrir las bisagras de los postigos y que no hicieran el menor sonido al abrirse. Se coló en una estancia de piedra con forma de caja, seguida de los vidaspren, que danzaban en el aire como brillantes semillas de quedinete.

—¡Ama! —exclamó Wyndle, creciendo sobre la pared—. Oh, ama, ¡ha sido una delicia! ¿Por qué no nos olvidamos de todo este jaleo con los Rompedores del Cielo y nos vamos a… a…? ¡A llevar una granja! Eso, una granja. Una granja encantadora. Podrías

esculpir plantas todos los días y comer hasta reventar. Y… ¿Ama?

Lift cruzó sigilosa la estancia, fijándose en que junto a la pared había un soporte con espadas, enfundadas y mortíferas. Protecciones de cuero para entrenar en el suelo, cerca del rincón. Un olor a aceite y sudor. La salida no tenía puerta y Lift asomó la cabeza a un pasillo oscuro para escuchar.

Estaba en una intersección triple. A su izquierda y su derecha salían pasillos con puertas, y hacia delante se extendía otro corredor más largo que se perdía en la penumbra. De esa dirección llegaron los ecos de unas voces.

El pasillo que tenía enfrente estaba tallado hacia dentro de la piedra, alejándose de las ventanas y las rutas de escape. Lift miró a la derecha, hacia la entrada del edificio. Allí estaba sentado un anciano, cerca de la puerta, vestido con el uniforme blanco y negro que solo había visto llevar a Oscuridad y sus hombres. Estaba casi calvo, menos por unos pocos mechones de pelo, y tenía unos ojillos pequeños y brillantes y la cara chupada, como una fruta reseca que intentara hacerse pasar por humana.

El hombre se levantó y comprobó la pequeña mirilla de la puerta, observando el gentío de fuera con gesto de sospecha. Lift aprovechó la oportunidad para escabullirse por el pasillo de la izquierda y meterse en la siguiente habitación.

Aquella parecía más prometedora. Aunque estaba casi a oscuras por los postigos cerrados, parecía una especie de taller o quizá una sala de estar. Lift abrió un poco los postigos para que entrara luz e hizo un registro rápido. No había nada interesante a la vista en los estantes llenos de mapas. Nada en el escritorio aparte de unos libros y un plumero lleno de vinculacañas. Había un cofre contra la pared, pero estaba cerrado con llave. Lift se disponía a rendirse cuando olió algo.

Asomó un poco la cabeza por el hueco de la puerta. El guardia se había marchado; le llegaban sus silbidos desde algún sitio, junto al sonido de un chorro contra un orinal.

Lift se escabulló más a la izquierda por el pasillo, alejándose del vigilante. La siguiente habitación era un dormitorio con una puerta entrecerrada. Se metió y encontró un chaquetón almidonado colgando de un perchero nada más entrar, con una mancha circular de fruta en el pecho. Sin duda, pertenecía a Oscuridad.

Debajo de él, en el suelo, había una bandeja con una cubierta de metal, de las que los ricos ponían encima de los platos para no tener que mirar la comida mientras se enfriaba. Bajo la cubierta, como los tesoros esmeralda de los Salones Tranquilos, Lift encontró tres platos de tortitas.

El desayuno de Oscuridad. Misión cumplida.

Empezó a devorar las tortitas a dos carrillos con vengativo entusiasmo.

Wyndle hizo una mueca desde las enredaderas que había formado a su lado.

—¿Ama? ¿Todo esto…? ¿Todo esto ha sido para que puedas robarle la comida?

—Fí —dijo Lift, y tragó—. Claro que sí.

Dio otro bocado. Así aprendería, el muy famélico.

—Ah. Cómo no. —Wyndle soltó un profundo suspiro—. Supongo que… que está bien, pues. Sí. Nada de ir por ahí blandiendo a inocentes spren, clavándolos en gente y

demás. Solo… solo estamos robando comida.

—La comida de Oscuridad, ojo.

Lift había robado en un palacio y al famélico emperador de Azir. Necesitaba algo interesante que intentar a continuación.

Era agradable tener por fin suficiente comida como para llenarse el estómago. Un tipo de tortita era salada, con verduras troceadas. Otra sabía dulce. La tercera era más esponjosa, casi sin sustancia, aunque había una especie de salsa para poder mojarla. Lift se bebió la salsa. Mojar las cosas era una pérdida de tiempo.

Devoró hasta la última migaja y se sentó con la espalda apoyada en la pared, sonriendo.

—De modo que hemos hecho todo este camino —dijo Wyndle— y hemos seguido al hombre más peligroso que hemos conocido jamás, solo para que tú pudieras robarle el desayuno. ¿De verdad que no hemos venido a hacer nada más?

—¿Quieres que hagamos algo más?

—¡Tormentas, no! —respondió Wyndle. Giró su carita de enredadera hacia el pasillo—. O sea… aquí corremos peligro a cada momento que pasa.

—Ajá.

—Tendríamos que huir. Hagámonos granjeros, como te decía. Alejémonos de ese hombre, aunque lo más seguro es que esté buscando a alguien en esta ciudad. A alguien como nosotros, que no puede plantarle cara. A alguien a quien asesinará antes de que empiece a comprender siquiera sus poderes…

Se quedaron sentados en el dormitorio, junto a la bandeja vacía. Lift sintió que su maravilla empezaba a removerse de nuevo en su interior.

—Entonces —dijo—, tendremos que ir a espiarlos, ¿no?

Wyndle gimió pero, para sorpresa de Lift, también asintió.

# 9



Intenta no tener una muerte demasiado violenta, ama —pidió Wyndle mientras Lift se acercaba sigilosa a los sonidos de personas hablando—. Mejor un buen trompazo en el cogote que un destripamiento.

Esa voz pertenecía sin duda a Oscuridad. Oírla daba escalofríos a Lift. Cuando se había enfrentado a él en el palacio de Azir, la voz del hombre no había revelado la menor emoción, ni siquiera cuando casi se disculpaba por lo que estaba a punto de hacer.

—He oído que la asfixia no está mal —siguió diciendo Wyndle—, pero si se da el caso, no me mires mientras expiras. No sé si podría soportarlo.

«Acuérdate de la chica del mercado. Tranquilízate».

Tormentas, cómo le temblaban las manos.

—No estoy nada seguro de cómo sería que cayeras desde las alturas —añadió Wyndle —. Supongo que lo pondrías todo perdido, pero por lo menos no habría apuñalamientos.

El pasillo daba a una amplia sala iluminada por diamantes que emitían un brillo claro y sosegado. No eran lascas, ni siquiera esferas, sino gemas grandes y sin engarzar. Lift se agachó ante la puerta entreabierta, oculta en las sombras.

Oscuridad, que llevaba una camisa blanca y lisa, caminaba adelante y atrás frente a dos subordinados con uniformes blancos y negros y espadas al cinto. Uno era un hombre makabaki con cara redonda de bobalicón. La otra, una mujer con la piel un

poco más clara. Quizá fuese reshi, sobre todo por el cabello largo y oscuro que llevaba recogido en una trenza tirante. Tenía el rostro cuadrado, los hombros fuertes y una nariz demasiado pequeña, como si hubiera vendido la suya para comprarse unos zapatos nuevos y estuviera usando otra encontrada en la basura.

—Vuestras excusas no son dignas de quienes pretenden alistarse en nuestra orden —estaba diciendo Oscuridad—. Si queréis ganaros la confianza de vuestros spren y pasar de iniciados a portadores de esquirlada, debéis poner más empeño. Debéis demostrar vuestra valía. Hoy mismo he seguido una pista que se os ha escapado a los dos, y he descubierto que hay una segunda infractora en la ciudad.

—Señor —dijo la mujer reshi—, yo he impedido un atraco en un callejón. Unos matones estaban acosando a un hombre.

—Aunque lo apruebe —replicó Oscuridad, sin dejar de pasearse con pisadas tranquilas y regulares—, debemos llevar cuidado de no distraernos con delitos menores. Comprendo que puede ser difícil seguir centrados ante una ruptura en los códigos que conforman la sociedad. Pero recordad que los asuntos mayores, y los crímenes mayores, deben ser nuestra principal prioridad.

—Los potenciadores.

Potenciadores. Las personas como Lift, la gente maravillosa que podía lograr lo imposible. No había tenido miedo cuando se infiltró en un palacio, pero acurrucada contra aquella puerta, mirando al hombre al que había apodado Oscuridad, se notó atemorizada.

—Pero… ¿de verdad son…? —dijo el iniciado varón—. Quiero decir, ¿no deberíamos querer que regresaran, para no ser nosotros la única orden de Caballeros Radiantes?

—Por desgracia, no —respondió Oscuridad—. Yo antes pensaba como tú, pero Ishar me hizo ver clara la verdad. Si regresan los vínculos entre hombres y spren, el hombre acabará descubriendo sin mediación el poder superior de los juramentos. Sin Honor para regularlo, hay una pequeña posibilidad de que lo que llegue a continuación permita de nuevo a los Portadores del Vacío dar el salto entre mundos. Eso provocaría una Desolación, y hasta la posibilidad más exigua de que el mundo se destruya es un riesgo que no podemos asumir. Se requiere una fidelidad absoluta a la misión que nos encomendó Ishar, a la ley suprema de proteger Roshar.

—Te equivocas —susurró una voz desde la oscuridad—. Quizá seas un dios, pero aun así te equivocas.

Lift estuvo a punto de dejar atrás su piel de un brinco. ¡Tormentas! Había otro tipo sentado justo al otro lado de la puerta, a escasos *centímetros* de donde ella se ocultaba. No lo había visto porque estaba demasiado concentrada en Oscuridad.

El hombre estaba sentado en el suelo, vestido con ropa blanca hecha jirones. Llevaba el pelo corto, apenas una pelusilla castaña, como si se lo hubiera estado afeitando hasta hacía poco. Tenía la piel pálida como un fantasma, y sostenía una espada larga en su vaina plateada, con el pomo apoyado en el hombro y la hoja extendida a lo largo del torso y las piernas. Rodeaba la vaina con los brazos, como un niño abrazando su juguete.

Se movió sin levantarse y… tormentas, dejó una leve imagen suya atrás, como las que salían cuando se miraba demasiado tiempo una gema brillante. Se disipó al momento.

—Ya han regresado —susurró, hablando con un suave y despreocupado acento shin—. Los Portadores del Vacío ya han regresado.

—Te equivocas tú —replicó Oscuridad—. Los Portadores del Vacío no han regresado. Lo que viste en las Llanuras Quebradas eran simples restos de hace milenios, Portadores del Vacío que llevaban todo ese tiempo ocultos entre nosotros.

El hombre de blanco alzó la mirada y Lift se apartó. Al moverse, dejó otra imagen que titiló brevemente antes de desaparecer. ¡Tormentas! Ropa blanca, poderes extraños, varón shin con la cabeza rapada, hoja esquirlada.

¡Era el famélico Asesino de Blanco!

—Los he visto regresar —susurró el asesino—. La nueva tormenta, los ojos rojos. Te equivocas, Nin-hijo-Dios. Te equivocas.

—Pura casualidad —replicó Oscuridad con voz firme—. Me puse en contacto con Ishar y él me aseguró que así es. Lo que viste son unos pocos oyentes que quedaban de los viejos tiempos, con libertad para emplear las formas antiguas. Convocaron un grupo de vacíospren. Hemos encontrado otras veces restos de ellos en Roshar, escondidos.

—¿Y la tormenta? ¿La tormenta nueva, de relámpago rojo?

—No significa nada —dijo Oscuridad. No parecía importarle que le llevaran la contraria. No parecía importarle nada, nada en absoluto. Tenía la voz modulada a la perfección—. Una rareza, sin duda.

—Vas errado. Muy errado.

—Los Portadores del Vacío no han vuelto —dijo Oscuridad con firmeza—. Ishar lo prometió, y él no miente. Debemos cumplir nuestro deber. Estás cuestionándolo, Szeth-hijo-Neturo, y no es bueno. Es una debilidad. Cuestionar es aceptar la caída a la inactividad. La única senda hacia la cordura y la acción consiste en escoger un código y seguirlo. Por eso acudí a ti desde el principio. —Oscuridad dio media vuelta y anduvo frente a los otros.

»Las mentes de los hombres son frágiles, sus emociones volubles y a menudo impredecibles. La única senda que lleva a Honor es mantenerse fiel al código escogido. Así actuaban los Caballeros Radiantes, y así actuamos los Rompedores del Cielo.

El hombre y la mujer que estaban de pie hicieron sendos saludos marciales. El asesino se limitó a agachar la cabeza de nuevo y cerrar los ojos, abrazado a aquella extraña hoja esquirlada con vaina de plata.

—Ha mencionado a una segunda potenciadora en la ciudad —dijo la mujer—. Podemos encontrar…

—Ella es mía —zanjó Oscuridad sin levantar la voz—. Vosotros continuaréis con vuestra misión. Encontrad a quien se oculta aquí desde nuestra llegada. —Entrecerró los ojos—. Si no detenemos a uno, se congregarán más. Siempre se aglomeran. A lo largo de estos cinco años los he hallado a menudo estableciendo contacto unos con otros, si los dejo en paz. Deben de atraerse entre sí.

Se volvió hacia sus dos iniciados. Al parecer, hacía caso omiso al asesino salvo cuando este hablaba.

—Vuestra presa cometerá errores, incumplirá la ley. Las demás órdenes siempre se consideraron fuera del alcance de la ley. Solo los Rompedores del Cielo comprendimos jamás la importancia de establecer límites. De escoger algo externo a uno mismo y guiarse por ello. Vuestras mentes no son de fiar. Ni siquiera mi mente, la que menos mi mente, es de fiar.

»Os he proporcionado la suficiente ayuda. Contáis con mi bendición y… y tenéis vuestros contratos, que os conceden autoridad para actuar en esta ciudad. Hallaréis al potenciador, descubriréis sus pecados y le impartiréis justicia. En nombre de todo Roshar.

Los dos iniciados volvieron a saludar y la estancia se oscureció de repente. La mujer empezó a brillar con una luz fantasmagórica, se sonrojó y miró avergonzada a Oscuridad.

—¡Lo encontraré, señor! Tengo una investigación en marcha.

—Yo tengo una pista también —dijo el hombre—. Dispondré de la información para esta noche, sin falta.

—Colaborad —les ordenó Oscuridad—. Esto no es una competición, sino una prueba para evaluar vuestra competencia. Os concedo hasta la puesta de sol, pero después de eso ya no podré esperar más. Ahora que han empezado a llegar otros, el riesgo es excesivo. Al anochecer, me ocuparé en persona del asunto.

—¡Cojones! —susurró Lift. Negó con la cabeza y retrocedió a hurtadillas por el pasillo, alejándose del grupo.

—Un momento —dijo Wyndle, siguiéndola—. ¿Cojones? ¿No decías que nunca pronuncias palabras como…?

—Todos ellos los tienen —repuso Lift—. Menos la chica, aunque con esa cara tampoco estoy segura. Pero vamos, que lo que he dicho no era una grosería, sino una observación.

Lift llegó a la intersección de pasillos y miró hacia su izquierda. El anciano guardia estaba dormitando, así que Lift pudo cruzar hacia la sala por la que había entrado. Salió por la ventana al árbol y cerró los postigos.

A los pocos segundos ya había doblado una esquina corriendo y estaba en un callejón, donde se dejó resbalar hasta el suelo con la espalda apoyada en la piedra y el corazón martilleándole en el pecho. Un poco más hacia dentro del callejón, una familia comía tortitas en una choza bastante apañada. Tenía dos paredes y todo.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Tengo hambre —rezongó ella.

—¡Pero si acabas de comer!

—Eso era para compensar todo lo que he gastado para colarme en ese famélico edificio.

Cerró los ojos con fuerza para reprimir la inquietud. ¡Qué fría era la voz de Oscuridad!

«Pero son como yo. Brillan como yo. ¿Son maravillosos como yo? Condenación, ¿qué narices está pasando?».

Y luego estaba el Asesino de Blanco. ¿Pretendía ir a matar a Gawx?

—¿Ama? —Wyndle se le enroscó en la pierna—. Oh, ama. ¿Has oído cómo lo llamaban? ¡Nin! ¡Es otro nombre de Nalan, el Heraldo! No puede ser verdad. Desaparecieron, ¿verdad? Hasta nosotros tenemos leyendas al respecto. Si esa criatura es en verdad uno de ellos… Oh, Lift, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —susurró ella—. No lo sé. Tormentas. ¿Para qué he venido hasta aquí?

—Creo que llevo preguntando eso desde…

—Cállate, Portador del Vacío —lo interrumpió ella, obligándose a rodar y alzarse de rodillas.

Más al fondo del atestado callejón, el padre de la familia cogió una cachiporra mientras su esposa cerraba la cortina frontal de su chabola.

Lift suspiró y echó a caminar de vuelta hacia el barrio de los inmigrantes.

**10**



Cuando llegó al orfanato, Lift por fin descubrió por qué estaba al lado de aquel espacio abierto en la boca del callejón. La responsable del orfanato —la Tocón, como la llamaban— había abierto las puertas para dejar salir a los niños. Estaban allí jugando, en el parque más aburrido de la historia. Unos escalones de anfiteatro y un suelo extenso.

Pero a los niños parecía encantarles. Corrían arriba y abajo por los escalones, entre carcajadas y risitas. Otros estaban sentados en círculo en el suelo, jugando a algo con piedrecitas pintadas. Los risaspren, pececillos plateados que surcaban el aire, danzaban a un metro de altura. Había todo un banco de los muy famélicos.

Eran muchos niños, en general más pequeños de lo que esperaba Lift. La mayoría, en eso sí había acertado, eran de los que tenían la cabeza distinta, o les faltaba un brazo o una pierna. Cosas por el estilo.

Lift se quedó holgazaneando en la amplia bocacalle, cerca de donde dos chicas ciegas jugaban a algo. Una soltaba piedras de distintas formas y tamaños y la otra intentaba adivinar cuál era cuál, según cómo sonara al caer al suelo. El grupo de ancianos y ancianas vestidos con shiquas del día anterior estaba congregado de nuevo en el semicírculo de asientos al fondo del anfiteatro, charlando y viendo jugar a los niños.

—¿No decías que los orfanatos eran deprimentes? —preguntó Wyndle, cubriendo la pared a su lado.

—Todo el mundo es feliz un ratito cuando dejas que salga a la calle —respondió Lift, observando a la Tocón.

La anciana decrépita y malcarada estaba sacando una carretilla por la puerta hacia el anfiteatro. Más rollos de pan de clem. Delicioso. Estaban solo un poquito más buenos que las gachas, que a su vez estaban solo un poquito más buenas que los calcetines fríos.

Aun así, Lift se puso a la cola para recibir su rollo. Cuando le llegó el turno, la Tocón señaló un punto al lado de la carretilla sin decirle ni una palabra. Lift se apartó, sin energías para discutir.

La Tocón se cercioró de que todos los niños tuvieran su rollo y luego escrutó a Lift antes de entregarle uno de los últimos dos que quedaban.

—Tu segunda comida de tres.

—¿Cómo que segunda? —restalló Lift—. Pero si no…

—Anoche tuviste una.

—¡No la pedí!

—Te la comiste.

La Tocón se llevó la carretilla mientras se zampaba ella misma el último rollo.

—Bruja famélica —murmuró Lift, y buscó un sitio libre en los asientos de piedra. Prefería sentarse lejos de los huérfanos normales, para que no le dirigieran la palabra.

—Ama —dijo Wyndle, subiendo los peldaños para ponerse junto a ella—. No te creo cuando dices que abandonaste Azir porque intentaban vestirte con ropa de ricachona y enseñarte a leer.

—No me digas.

—Para empezar, la ropa te gustaba. Y cuando intentaban darte lecciones, parecías disfrutar del jueguecito de no estar nunca cuando venían a buscarte. No estaban obligándote a hacer nada, sino solo ofreciéndote oportunidades. El palacio no fue la experiencia sofocante que insinúas siempre.

—Puede que no para mí —reconoció ella.

Lo era para Gawx. Del nuevo emperador sí que esperaban toda clase de cosas. Clases, exhibiciones. La gente iba a verlo comer todas las veces. Hasta podían ver cómo dormía. En Azir, el emperador era propiedad del pueblo, como un amigable sabueso-hacha callejero al que alimentaran siete casas distintas, todas ellas afirmando que era suyo.

—A lo mejor —dijo Lift— es que no quería que la gente esperara tanto de mí. Si conoces demasiado tiempo a la gente, comienzan a depender de ti.

—Ah, ¿y no puedes soportar la responsabilidad?

—Pues claro que no. Soy una famélica pillastre callejera.

—Que vino hasta aquí persiguiendo a quien parece ser uno de los Heraldos en persona, enloquecido y acompañado por un asesino que ha acabado con *varios*

monarcas del mundo. Sí, sí que da la impresión de que evitas la responsabilidad.

—¿Te me estás poniendo chulo, Portador del Vacío?

—Pues diría que sí. La verdad es que no sé que significa ponerse chulo, pero a juzgar por tu tono, diría que probablemente sí que te me estoy poniendo chulo. Y probablemente te lo mereces.

Lift dio un gruñido por respuesta y siguió masticando la comida. Sabía fatal, como si la hubieran dejado fuera toda la noche.

—Mi madre siempre me dijo que viajara —dijo Lift—. Que viese sitios mientras me durara la juventud.

—Y por eso te fuiste de palacio.

—No sé. Puede.

—Paparruchas. Ama, ¿qué pasa en realidad? Lift, ¿qué es lo que *quieres* ?

Lift bajó la mirada al rollo a medio comer que tenía en la mano.

—Todo está cambiando —dijo en voz baja—. Y no pasa nada. Las cosas cambian. Es solo que yo no debería hacerlo. Vamos, que pedí no hacerlo. Y se supone que ella te concede lo que pides.

—¿La Vigilante Nocturna? —preguntó Wyndle.

Lift asintió, sintiéndose pequeña y helada. Los niños jugaban y reían a su alrededor, y por algún motivo verlos solo hacía que se sintiera peor. Era evidente para ella, aunque llevara mucho tiempo intentando ignorarlo, que era más alta que cuando salió en busca de la Antigua Magia tres años antes.

Miró más allá de los niños, hacia la calle perpendicular. Pasó con prisa un grupo de mujeres con cestas de lana. Un remilgado alezi caminaba a zancadas en sentido opuesto, con el pelo negro y liso y una actitud decidida. Era al menos treinta centímetros más alto que cualquier otra persona a la vista. Había funcionarios recorriendo la calle, limpiando y recogiendo basura.

En la boca de la callejuela, la Tocón había dejado la carretilla y estaba castigando a un niño que se había puesto a pegar a los demás. Al fondo de los asientos del anfiteatro, los ancianos y las ancianas reían juntos mientras uno servía tazas de té y las iba pasando.

Todos parecían saber lo que hacer sin más. Los cremlinos sabían que tenían que corretear, las plantas sabían que tenían que crecer. Todo tenía su lugar.

—Lo único que yo he sabido que tenía que hacer es buscar comida —susurró Lift.

—¿Cómo dices, ama?

Al principio, había sido difícil. Alimentarse ella sola. Con el tiempo, había ido descubriendo los trucos. Había ganado habilidad.

Pero si no pasabas hambre a todas horas, ¿a qué te dedicabas? ¿Cómo podías saberlo?

Alguien le dio un golpecito en el brazo, y Lift se giró hacia un chico que se había acercado a ella, un niño flaco con la cabeza afeitada. Señaló su rollo a medio comer y gruñó.

Ella suspiró y se lo dio. El chico se lo zampó con ansia.

—Te conozco —dijo Lift, ladeando la cabeza—. Eres al que dejó aquí su madre anoche.

—Madre —repitió él, y la miró—. Madre, ¿vuelve cuándo?

—Anda, pero si sabes hablar —dijo Lift—. No me lo parecía, después de que anoche te pasaras el rato mirando a todas partes como un tonto.

—Yo… —El chico parpadeó y volvió a mirarla. No babeaba. Debía de ser un buen día para él. Todo un logro—. Madre… ¿vuelve?

—No creo —dijo Lift—. Lo siento, chico. Nunca vuelven. ¿Cómo te llamas?

—Mik —dijo él. La miró, confuso, como intentando en vano acordarse de quién era ella—. ¿Somos amigos?

—No —respondió Lift—. No te interesa ser amigo mío. Mis amigos terminan de emperadores. —Se estremeció y luego se inclinó hacia él—. Tiene a gente que hasta le hurga la nariz.

Mik la miró, inexpresivo.

—Como te lo cuento. Le hurgan la nariz. En serio, tiene a una mujer que se ocupa de peinarlo y tal, y una vez que estaba fisgoneando, vi cómo le metía una cosa por la nariz. Eran como unas pincitas, para sacarle los mocos o lo que fuera. —Lift se estremeció de nuevo—. Ser emperador es una cosa muy rara.

La Tocón se llevó a rastras a uno de los chicos que se estaban peleando y lo dejó caer en la piedra. Luego, por extraño que pareciera, le dio unas orejeras, como si hiciera mucho frío. El chico se las puso y cerró los ojos.

La Tocón se quedó quieta un momento, mirando a Lift y Mik.

—¿Qué, planeando la forma de robarme?

—¿Cómo? —dijo Lift—. ¡Qué va!

—Una comida más —dijo la mujer, levantando un dedo. Luego lo usó para señalar a Mik con energía—. Y cuando te vayas, llévate a ese. Sé que finge.

—¿Finge? —Lift se volvió hacia Mik, que parpadeó, aturdido, como si intentara seguir la conversación—. No hablarás en serio.

—Lo noto enseguida cuando los chicos fingen enfermedades para conseguir comida —espetó la Tocón—. Ese de ahí no es ningún idiota. Está fingiendo.

Se marchó con paso fuerte.

Mik se vino abajo y se miró los pies.

—Echo de menos a mamá.

—Ya —dijo Lift—. Qué bien, ¿verdad?

Mik la miró con el ceño fruncido.

—Al menos nosotros podemos recordarlas —dijo Lift, levantándose—. Es más de lo que puede decir la mayoría. —Y le dio una palmadita en el hombro.

Al poco tiempo, la Tocón anunció que se había acabado el recreo. Se llevó a los niños al orfanato para echar la siesta, aunque muchos eran demasiado mayores para eso. La Tocón miró a Mik disgustada, pero dejó que entrara.

Lift se quedó en su asiento de piedra y dio un manotazo a un cremlino que se le había estado acercando poco a poco por el peldaño más alto. El famélico bicho la esquivó e hizo chasquear sus patas quitinosas como si riera. Sí que eran raros los cremlinos de allí. No se parecían en nada a los que ella conocía. Era raro lo mucho que una podía olvidar que estaba en otro país hasta que veía los cremlinos.

—Ama —dijo Wyndle—, ¿has decidido lo que vamos a hacer?

Decidir. ¿Por qué tenía que decidir? Normalmente, se limitaba a hacer cosas. Aceptaba los desafíos según iban llegando e iba a los sitios sin más motivo que no haberlos visto nunca.

Los ancianos que habían estado mirando a los niños se levantaron despacio, como árboles vetustos liberando sus ramas tras una tormenta. Fueron yéndose por turnos hasta que solo quedó uno, vestido con una shiqua negra apartada para mostrar su cara de bigote canoso.

—¡Eh! —lo llamó Lift—. ¿Sigues dando repelús, viejo?

—Soy el hombre que se me hizo ser —respondió él.

Lift gruño, se puso de pie y fue hacia él. Los niños se habían dejado sus piedrecitas, pintadas de colores que empezaban a descascarillarse. Eran las canicas de cristal de los niños pobres. Lift les dio un puntapié.

—¿Cómo sabes qué hacer? —preguntó al hombre, con las manos en los bolsillos.

—¿Acerca de qué, pequeña?

—Acerca de todo —respondió ella—. ¿Quién te dice cómo decidir a qué dedicas el tiempo? ¿Te lo enseñaron tus padres? ¿Cuál es el secreto?

—¿El secreto de qué?

—De ser humana —dijo Lift con suavidad.

—Ese me parece que no lo conozco —repuso el hombre, con una risita—. O por lo menos, no mejor que tú.

Lift miró hacia el cielo por las ranuras que dejaban las paredes, sin el menor rastro de vegetación pero pintadas de un verde oscuro, como imitándola.

—Es extraño —afirmó el hombre—. A las personas se les concede muy poco tiempo. He conocido a muchos hombres que decían lo mismo, que en el momento en que crees que empiezas a entender las cosas, se acaba el día, cae la noche y se apaga la luz.

Lift lo miró. Sí, seguía dando repelús.

—Supongo que, cuando te haces viejo y tal, empiezas a pensar en estar muerto. Igual que cuando alguien se hace pis, empieza a pensar en buscar un callejón disimulado.

El hombre rio de nuevo.

—Tal vez tu vida acabe, pero el organismo que es la ciudad seguirá adelante, naricilla.

—No soy una nariz —protestó Lift—. Solo estaba echándole morro.

—Nariz, morro. Los dos están en la cara.

Lift puso los ojos en blanco.

—Tampoco quería decir eso.

—¿Qué eres, entonces? ¿Tal vez una oreja?

—No sé. Puede.

—No. Aún no. Pero casi.

—Aaajá —dijo Lift—. ¿Y qué eres tú?

—Yo cambio a cada instante. Un momento puedo ser los ojos que vigilan a mucha gente de esta ciudad, y al siguiente la boca que pronuncia las palabras filosóficas. Se extienden como una enfermedad, por lo que a veces soy la enfermedad. Muchas enfermedades están vivas, ¿lo sabías?

—En realidad no estás hablando de lo que estás hablando, ¿verdad que no? —preguntó Lift.

—Yo creo que sí.

—Genial.

De toda la gente que había para preguntarles cómo ser una adulta responsable, ella iba y elegía al que tenía sopa de verdura por cerebro. Se volvió para marcharse.

—¿Qué harás por esta ciudad, niña? —preguntó el hombre—. Eso forma parte de mi pregunta. ¿Eliges o te limitas a dejarte moldear por el bien mayor? ¿Y eres, como ciudad, un distrito de grandiosos palacios? ¿O eres un suburbio en ti misma?

—Si pudieras ver en mi interior —dijo Lift, volviéndose de nuevo y caminando hacia atrás, encarada al hombre en los peldaños—, no dirías cosas como esa.

—¿Por?

—Porque al menos los suburbios saben para qué los construyeron.



Dio media vuelta y se unió al río de gente en la calle.

# 11



No creo que comprendas cómo debería funcionar esto —dijo Wyndle, curvándose por la pared al lado de Lift—. Ama, no… no pareces interesada en que nuestra relación evolucione.

Ella se encogió de hombros.

—Hay Palabras —dijo Wyndle—. Las llamamos Palabras, al menos. Son más bien como ideas. Ideas vivas, ideas con poder. Tienes que dejarlas entrar en tu alma. Tienes que dejarme *a mí* entrar en tu alma. Has oído a esos Rompedores del Cielo, ¿verdad? Quieren dar el siguiente paso en su entrenamiento. Será entonces cuando… en fin, cuando obtengan una hoja esquirlada.

La sonrisa que le dedicó Wyndle fue apareciendo en sucesivas configuraciones de sus enredaderas, que crecían por la pared siguiéndola. Cada imagen de la sonrisa era un poco distinta, formada una y otra vez a su lado, como en cien pinturas. Componían una sonrisa, y aun así ninguna de ellas era la sonrisa. De algún modo, la sonrisa eran todas juntas. O quizá la sonrisa existía en los espacios entre las imágenes de la sucesión.

—Solo hay una cosa que sé cómo hacer —dijo Lift—, y es robarle el almuerzo a Oscuridad. Lo que había venido a hacer desde el principio.

—Pero, hum, ¿eso no lo hemos hecho ya?

—No su comida. Su almuerzo. —Lift entrecerró los ojos.

—Ah —dijo Wyndle—, te refieres a la persona que pretende ejecutar. Vamos a

robársela.

Lift recorrió una calle y terminó llegando a un jardín, una depresión en la piedra con forma de cuenco que tenía cuatro salidas. La pared a sotavento estaba cubierta de enredaderas, pero poco a poco iban dejando paso a quebradinos por el otro lado, con forma de platos llanos para protegerse pero con tallos que salían por los lados y se elevaban hacia la luz del sol.

Wyndle dio un bufido y bajó al suelo junto a ella.

—Apenas están cuidados. Esto no puede llamarse jardín, vaya. El encargado de su mantenimiento debería recibir una buena reprimenda.

—A mí me gusta —dijo Lift, levantando la mano hacia unos vidaspren, que flotaron arriba y abajo sobre las yemas de sus dedos.

En el jardín había mucha gente. Algunos iban y venían, pero otros estaban allí pasando el rato y otros mendigaban lascas. Lift no había visto a muchos mendigos en la ciudad. Seguro que había todo tipo de normas y regulaciones sobre cuándo y cómo podía hacerse.

Dejó de andar y apoyó las manos en las caderas.

—A la gente de aquí, en Azir y Tashikk, le encanta escribir cosas.

—Oh, en efecto —dijo Wyndle, enrollándose sobre unas enredaderas—. Hum. Sí, ama, por lo menos estas son frutales. Supongo que mejor así. No es aleatorio del todo.

—Y adoran la información —continuó Lift—. Les encanta negociar con ella, ¿verdad?

—En efecto. Es un factor distintivo de su identidad cultural, como decían tus tutores de palacio. Tú no estabas presente, así que iba yo a atender en tu lugar.

—Lo que la gente escribe puede ser importante, al menos para ellos —dijo Lift—. Pero ¿qué hacen con todo eso cuando ya no les sirve? ¿Lo tiran? ¿Lo queman?

—¿Tirarlo? ¡Por las enredaderas de la Madre! No, no, no. ¡No se puede ir por ahí tirando las cosas! Podrían ser útiles más adelante. Si fuese yo, les buscaría algún lugar seguro. ¡Y las mantendría en perfecto estado por si las necesitara!

Lift asintió, cruzándose de brazos. Allí tendrían esa misma actitud. Aquella ciudad, en la que todo el mundo apuntaba notas y reglas para luego ofrecerse a vender ideas a los demás a todas horas… Bueno, en ciertos aspectos, aquel lugar era como una ciudad entera de Wyndles.

Oscuridad había dicho a sus sicarios que buscaran a alguien que estuviera haciendo cosas raras. Cosas estupendas. Y en esa ciudad anotaban hasta lo que habían desayunado los niños. Si alguien había visto algo fuera de lo normal, lo habría escrito.

Lift correteó por el jardín, rozando enredaderas con los dedos de los pies y haciendo que se apartaran. Subió de un salto a un banco que había cerca de un objetivo razonable, una mujer mayor vestida con un shiqua marrón pero con la parte de la cabeza retirada, revelando un rostro de mediana edad, maquillado y con atisbos de pelo bien peinado.

La mujer arrugó la nariz al instante, lo que no era nada justo. Lift se había bañado

hacía más o menos una semana en Azir, con jabón y todo.

—¡Fuera! —dijo la mujer, meneando los dedos delante de Lift—. No tengo dinero para darte. Fuera. Vete de aquí.

—No quiero dinero —respondió Lift—. Quiero hacer un trato. A cambio de información.

—Nada quiero de ti.

—Nada puedo dártela —dijo Lift, relajándose—. Eso se me da bien. Te daré nada y me marcharé. Solo tienes que responderme a una pregunta.

Lift se encorvó sobre el banco, sin mover los pies. Entonces se rascó el trasero. La mujer se inquietó, con pinta de estar a punto de marcharse, y Lift se inclinó hacia ella.

—Estás desobedeciendo las regulaciones de mendicidad —le espetó la mujer.

—No mendigo. Negocio.

—Bien. ¿Y qué quieres saber?

—¿Hay algún lugar en esta ciudad donde la gente meta todo lo que escribe, para tenerlo bien guardado? —preguntó Lift.

La mujer frunció el ceño y luego levantó la mano y señaló por una calle, que seguía recta un buen trecho hacia una estructura con forma de montículo que se alzaba al centro de la ciudad. Era más alta que todo lo que la rodeaba y sobresalía de las zanjas.

—¿Te refieres a algo como el Gran Indicium? —dijo la mujer.

Lift parpadeó y echó la cabeza a un lado.

La mujer aprovechó la ocasión para huir a otra zona del jardín.

—¿Eso llevaba ahí todo el tiempo? —preguntó Lift.

—Esto sí —dijo Wyndle—. Por supuesto que sí.

—¿En serio? —Lift se rascó la cabeza—. Qué cosas.



Las enredaderas de Wyndle crecieron hacia arriba por la pared de un callejón y Lift trepó, sin preocuparse por si llamaba la atención. Al llegar arriba, se izó a un campo donde había unos granjeros mirando al cielo y refunfuñando. Las estaciones se habían vuelto locas. Se suponía que debía haber una lluvia constante y era mala época para plantar, dado que el agua arrastraría la pasta simiente.

Pero llevaba días sin llover. Sin tormentas, sin agua. Lift anduvo entre granjeros que extendían una pasta de la que saldrían unos pólipos minúsculos que con el tiempo crecerían hasta el tamaño de rocas grandes y se llenarían a rebosar de grano. Machacando ese grano, ya fuese a mano o a tormenta, se generaba una nueva pasta. Lift siempre se había preguntado por qué no le salían pólipos en el estómago después de comerlo, y nadie le había dado una respuesta clara.

Los confundidos granjeros trabajaban con los shiquas bajados hasta la cintura. Lift pasó entre ellos e intentó escuchar. Oír.

Era la única época del año en la que no deberían trabajar. Sí, por aquellas fechas plantaban treb para que creciera en las grietas, ya que sobrevivía a las inundaciones. Pero no tendrían que estar plantando lavis, taliú ni clem, que requerían mucho más esfuerzo aunque luego también dieran más beneficios.

Sin embargo, allí estaban. ¿Y si llovía al día siguiente y el agua se llevaba todo su esfuerzo? ¿Y si no volvía a llover nunca? Las cisternas de la ciudad, aunque rebosaran del agua de semanas de Llanto, no durarían para siempre. Estaban tan preocupados que Lift avistó algunos miedospren, con forma de viscosos pegotes morados, acumulándose por los montículos en los que los hombres plantaban.

Como contrapunto, los vidaspren se desprendían de los pólipos en formación y flotaban hacia Lift, siguiéndola como un arremolinado polvo verde y brillante. Por delante de ella, el Gran Indicium se elevaba como la cabeza de un calvo vista desde detrás de la silla en la que estaba sentado. Era una gigantesca y redondeada masa de piedra.

Toda la ciudad giraba alrededor de ese punto central. Las calles giraban en su dirección, enroscándose hacia él, y cuando Lift se acercó al borde, vio que habían extraído una enorme franja de piedra alrededor del Indicium. El fortín redondo no era una visión espectacular, pero desde luego parecía a salvo de las tormentas.

—Sí, el terreno desciende alrededor de ese punto central —comentó Wyndle—. Debía de ser el punto más alto de la llanura en un principio, y supongo que debieron aceptarlo y convertir ese abultamiento central en una fortaleza.

Una fortaleza para libros. Qué rara era la gente. Por debajo había hordas de gente, la mayoría tashikkis, entrando y saliendo de la construcción, a la que llegaban numerosas y enrevesadas calles en cuesta.

Lift se sentó al borde de la pared de piedra, con los pies colgando.

—Se parece un poco a la punta del colgajo de alguien. Como si algún tipo tuviera la espada tan corta que daba lástima a todo el mundo y le dijeron: «Mira, vamos a hacerle una estatua enorme de verdad, y así, aunque sea pequeña, ¡parecerá enorme!».

Wyndle suspiró.

—No ha sido grosero —matizó Lift—. Estaba siendo poética. El viejo Peloblanco decía que no se puede ser ordinario mientras estés hablando de arte. Lo que estás siendo es elegante. Por eso está bien colgar cuadros de mujeres desnudas en los palacios.

—Ama, ¿ese no era el hombre que se hizo tragar a propósito por un conchagrande marabeziano?

—Sí. Ese hombre estaba más loco que una caja de visones borrachos. Lo echo de menos.

A Lift le gustaba pensar que en realidad no había muerto devorado. Le había guiñado un ojo mientras saltaba a las fauces abiertas del conchagrande, escandalizando a todo el mundo.

Wyndle hizo una pila sobre sí mismo y compuso una cara: ojos de cristales, labios formados por una fina red de pequeñas enredaderas.

—Ama, ¿cuál es el plan?

—¿Plan?

Wyndle suspiró.

—Tenemos que entrar en ese edificio. ¿Piensas hacer lo que mejor te vaya pareciendo y punto?

—Evidentemente.

—¿Me permites unas sugerencias?

—Siempre que no tengan que ver con absorber el alma a nadie, Portador del Vacío.

—No soy… Escucha, ama, ese edificio es un archivo. Sabiendo lo que sé de esta región, sus salas estarán repletas de leyes, registros e informes. Miles y miles y miles de ellos.

—Sí —dijo ella, cerrando un puño—. ¡Y entre todo eso, seguro que habrán escrito cosas raras!

—¿Y cómo exactamente vamos a encontrar la información concreta que nos interesa?

—Fácil. Tú leerás.

—Leeré.

—Ajá. Entraremos ahí, tú leerás sus libros y demás y entonces decidiremos dónde están los sucesos extraños. Eso nos guiará hasta el almuerzo de Oscuridad.

—Quieres que me lo lea *todo* .

—Ajá.

—¿Tienes la menor idea de cuánta información puede contener ese sitio? —preguntó Wyndle—. Habrá cientos de miles de informes y libros de contabilidad. Y para que quede claro, sí, es un número superior a diez, así que no sabes contar hasta él.

—No soy idiota —espetó ella—. También tengo dedos en los pies.

—Pero sigue siendo mucho más de lo que puedo leer. No puedo filtrarte toda esa información. Es imposible. Olvídate.

Lift le lanzó una mirada.

—De acuerdo, a lo mejor puedo conseguirte un alma, pero solo una, ¿eh? Quizá un recaudador de impuestos, solo que esos no son humanos. ¿Te valdrían? ¿O serían necesarios, yo qué sé, tres recaudadores para reunir el alma de una persona normal?

—¡Ama, no estoy regateando!

—Venga ya. Todo el mundo sabe que a los Portadores del Vacío les gusta negociar. ¿Tiene que ser alguien importante o te vale algún imbécil que no le caiga bien a nadie?

—¡Que no como almas! —exclamó Wyndle—. ¡No estoy intentando sacarte nada a cambio! Estoy exponiendo los hechos. ¡Es imposible que lea toda la información de ese archivo! ¿Por qué no puedes darte cuenta de que…?

—Venga, calma los tentáculos —dijo Lift, balanceando los pies y haciendo rebotar los talones contra la pared de piedra—. Ya te he oído. Es imposible no oírte, con lo mucho que lloriqueas.

Detrás de ella, los granjeros empezaban a preguntarse de quién sería hija y por qué no estaba llevándoles agua como debían hacer los críos. Lift tensó el gesto, pensando.

—No podemos esperar a que anochezca para colarnos —musitó—. Oscuridad quiere que para entonces su pobre presa ya esté muerta. Además, seguro que esos escribas hacen turnos de noche. ¿Para qué dormir, si puedes escribir una ley nueva que diga cuántos dedos pueden usarse para levantar una cuchara?

»Pero se conocen bien su oficio. Y lo venden a diestro y siniestro. Los visires siempre estaban escribiéndoles para que les contestaran cosas. Sobre todo les pedían noticias de todo el mundo. —Lift sonrió y se levantó—. Tienes razón. Esto tenemos que hacerlo de otra forma.

—Ciertamente.

—Tenemos que ser listos. Taimados. Pensar como un Portador del Vacío.

—Yo no he dicho…

—Para ya de quejarte —dijo Lift—. Voy a ir a afanar ropa de persona importante.

# 13



A Lift le gustaba la ropa suave. Aquellos abrigos y túnicas azishianos tan blanditos eran el equivalente textil de un pudin fino. Era bueno recordar que la vida no consistía solo en cosas que picaban. A veces incluía almohadas blandas y dulces esponjosos. Palabras amables. Madres.

El mundo no podía ser malo del todo si tenía ropa suave. El traje le venía grande, pero no pasaba nada. Le gustaba suelto. Se acurrucó un poco en la túnica, sentada en la silla con las manos cruzadas sobre el regazo y un gorrito en la cabeza. El traje entero estaba surcado de colores vivos, tejidos en formas que significaban cosas muy importantes. Lift estaba bastante segura de eso, porque la gente de Azir no paraba de hablar de los símbolos que llevaba en la ropa.

La escriba era gorda. Le harían falta unas tres shiquas para cubrirla, o eso o una shiqua hecha para un caballo. Lift nunca habría pensado que dieran tanta comida a los escribas. ¿Para qué necesitaban tanta energía? Las plumas no pesaban nada.

La mujer llevaba anteojos y tenía la cara cubierta, a pesar de estar en una tierra que conocía a Tashi. Dio unos golpecitos en la mesa con la pluma.

—Dices que *tú* eres del palacio de Azir.

—Ajá —dijo Lift—. Amiga del emperador. Yo lo llamo Gawx, pero luego le cambiaron el nombre a no sé qué. Está bien, porque Gawx es un nombre bastante tontorrón y no te interesa que tu emperador suene tontorrón. —Ladeó la cabeza—. Aunque cuando se pone a hablar, ya no hay forma de evitarlo.

En el suelo, a su lado, Wyndle dio un leve gemido.

—¿Sabías que tienen a alguien que le hurga la nariz? —preguntó, inclinándose hacia la escriba.

—Jovencita, creo que me estás haciendo perder el tiempo.

—Ahí me has ofendido bastante —dijo Lift, enderezando la espalda en su asiento—. Sobre todo si tenemos en cuenta lo poco que parece que hagáis por aquí.

Era cierto. El edificio entero estaba lleno de escribas que correteaban de aquí para allá, llevando montones de papel de una alcoba sin ventanas a otra. Hasta tenían unos spren particulares que pasaban allí el rato, de un tipo que Lift solo había visto un par de veces. Parecían como ondulaciones en el aire, como gotas de lluvia en charcos, solo que sin lluvia y sin charco. Wyndle los llamaba concentraspren.

¡Tenían tanto famélico papel por allí que hasta necesitaban parshmenios para cargarlo! Pasó una de ellas por el pasillo de fuera, una mujer que llevaba una gran caja llena de papeles. Se los llevaría a alguno de entre los mil millones de escribas que había sentados a sus mesas, rodeados de vinculacañas destellantes. Wyndle decía que estaban respondiendo a preguntas formuladas desde todo el mundo, transmitiendo información.

La escriba que estaba con Lift era un poco más importante. Lift había logrado llegar a aquella habitación haciendo lo que le había sugerido Wyndle: no hablar. Era algo que también hacían los visires. Asentían con la cabeza sin abrir la boca. Había entregado su tarjeta, en la que había garabateado las letras que formaba para ella Wyndle con sus enredaderas.

Los de la entrada se habían quedado tan intimidados que la habían llevado por los pasillos hasta aquella habitación, que era más grande que otras que había visto pero tampoco tenía ventanas. Pero en la pared pintada de blanco había una mancha entre amarilla y marrón que podía fingirse que era luz del sol.

En la otra pared había un estante en el que reposaba una hilera larguísima de vinculacañas. Había unos tapices azishianos colgados al fondo. La escriba era una especie de enlace con el gobierno, allá en Azir.

Sin embargo, después de llegar a la sala, Lift se había visto obligada a hablar. No podía seguir evitándolo, de modo que tendría que ser convincente.

—¿A qué pobre desgraciado has robado para conseguir esa ropa? —preguntó la escriba grandota.

—Como si fuera a quitársela a alguien mientras la lleva puesta —replicó Lift, poniendo los ojos en blanco—. Mira, coge una pluma brillante de esas y escribe a palacio, y así podremos ponernos con lo importante. Mi Portador del Vacío dice que aquí tienes un montonazo de papeles que vamos a tener que repasar.

La mujer se levantó. Lift casi oyó a su silla dando un suspiro de alivio. La mujer señaló la puerta con ademán desdeñoso, pero en ese momento entró un escriba inferior, desgarbado, con una shiqua roja y un gorrito marrón y amarillo muy raro, y le susurró algo al oído.

La escriba pareció disgustarse. El recién llegado se encogió de hombros, incómodo, y se apresuró a marcharse. La mujer gorda giró la cabeza hacia Lift.

—Dime los nombres de los visires que conoces en palacio.

—Bueno, está Tonelete, que tiene la nariz graciosa, con forma de espiga. Y el Gran A, aunque no sé cómo se llama de verdad. Su nombre tiene todos esos ruidos como de ahogarse. Y Papi Culocaído, aunque ese no es visir de verdad. Lo llaman vástago, que también es importante pero de otra forma. ¡Ah, y Labios Gordos! Es la que manda de todos. En realidad no tiene gordos los labios, pero se enfada cuando la llamo así.

La mujer se quedó mirando a Lift. Luego se volvió y fue hacia la puerta.

—Espera aquí —ordenó a Lift, y salió.

Lift se agachó hacia el suelo.

—¿Cómo voy?

—Fatal —dijo Wyndle.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Casi hasta podría afirmarse —dijo Wyndle— que te habría venido bien aprender a hablar con educación, como te decían siempre los visires.

—Bla, bla, bla —respondió Lift, acercándose a la puerta para escuchar.

Desde fuera se entreoía a los escribas hablando entre ellos.

—… Encaja con la descripción que hizo la capitana de la guardia de inmigración, para que se la busque por la ciudad —decía uno de ellos—. ¡Y se ha presentado aquí mismo! Hemos enviado a buscar a la capitana, que por suerte había venido para su informe…

—¡Condenación! —susurró Lift mientras se apartaba—. Nos han pillado, Portador del Vacío.

—¡Nunca debí ayudarte con esta idea enloquecida!

Lift cruzó la sala hasta la hilera de vinculacañas. Todas estaban etiquetadas.

—Ven para acá y dime la que necesitamos.

Wyndle creció pared arriba y envió enredaderas sobre las plaquitas.

—Vaya, vaya, son vinculacañas importantes. Veamos… la tercera comunica con los escribas reales de palacio.

—Estupendo —dijo Lift.

La cogió y volvió a la mesa. La situó en el punto correcto de su superficie, porque había visto hacer lo mismo montones de veces, y giró el rubí del extremo de la caña. Respondieron al instante: los escribas de palacio no se alejaban muy a menudo de sus vinculacañas. Antes preferirían que les arrancaran los dedos.

Lift cogió la vinculacaña y la situó contra el papel.

—Esto…

—Oh, por el amor de Cultivación —dijo Wyndle—. No prestaste nada de atención, ¿verdad?

—Nada.

—Dime lo que quieres decir.

Lift se lo dijo y, de nuevo, Wyndle hizo crecer enredaderas sobre la mesa con las formas adecuadas. Con la pluma agarrada en el puño cerrado, Lift copió las palabras, una absurda letra tras otra. Le costó una eternidad. Escribir era ridículo. ¿La gente no podía hablar y punto? ¿Por qué inventarse una manera de hablar en la que no hubiera que ver a la gente para decirles lo que tenían que hacer?

«Aquí, Lift —escribió—. Decid a Labios Gordos que la necesito. Estoy en apuros. Y que alguien traiga a Gawx, si no es que le están hurgando la nariz ahora mis…».

La puerta se abrió y Lift dio un gañido, giró el rubí y se apartó corriendo de la mesa.

Al otro lado había una gran concentración de gente: cinco escribas, incluyendo a la gorda, y tres guardias. Una era la mujer que dirigía el puesto de vigilancia de la entrada de la ciudad.

«Tormentas —pensó Lift—, sí que se han dado prisa».

Se lanzó al suelo en dirección a ellos.

—¡Cuidado! —gritó la guardia—. ¡Es resbaladiza!

Lift se volvió maravillosa, pero la capitana empujó a los escribas dentro de la sala, entró y empezó a cerrar la puerta a su espalda. Lift pasó entre sus piernas, resbalando con facilidad, pero se estampó contra la puerta mientras se cerraba del todo.

La capitana se abalanzó sobre ella. Lift gritó y se cubrió de maravilla, por lo que cuando la asieron, su chaqueta azishiana de anchas mangas salió, dejándola en una falda parecida a una túnica con pantalones y sus camisas de siempre.

Se escabulló por el suelo, pero la estancia tampoco era muy grande. Intentó huir por la periferia, pero tenía encima a la capitana de la guardia.

—¡Ama! —gritó Wyndle—. ¡Oh, ama, que no te apuñalen! ¿Me oyes? ¡Evita que te den con nada afilado! ¡Ni romo, en realidad!

Lift gruñó al ver que los otros guardias se metían en la sala y cerraban la puerta deprisa. Cada uno de ellos fue hacia un lado de la habitación.

Esquivó a un lado, luego al otro y dio un puñetazo en el estante de las vinculacañas, haciendo que la escriba chillara cuando cayeron unas pocas.

Lift se lanzó hacia la puerta. La capitana de la guardia la embistió y otro guardia cayó encima de ella.

Lift se revolvió, se hizo maravillosa y se escurrió entre sus dedos. Solo tenía que…

—Tashi —susurró una escriba—. ¡Dios de Dioses y Encuadernador del Mundo!

Alrededor de su cabeza apareció un asombrospren, con forma de anillo de humo azul.

Lift saltó de entre las manos de los guardias y se subió de pie en una de sus espaldas, lo que le permitió ver bien el escritorio. La vinculacaña estaba escribiendo.

—Sí que han tardado —dijo, y entonces bajó de un salto de la pila de guardias y se sentó en la silla.

El guardia se levantó detrás de ella, soltando improperios.

—¡Alto, capitana! —dijo la escriba gorda. Miró al escriba desgarbado que iba de amarillo—. Ve a enviar otro mensaje al palacio de Azir. ¡Que sean dos! Necesitamos confirmación.

—¿De qué? —preguntó el escriba, caminando hacia la mesa.

La capitana de la guardia se acercó a ellos para leer lo que escribía la pluma. Luego, muy despacio, los tres alzaron la mirada hacia Lift con los ojos muy abiertos.

—«A quien corresponda —leyó Wyndle, que había extendido sus enredaderas por encima del papel—. Por el presente decreto, yo, el Aqasix Supremo Yanagawn I, emperador de todo Makabak, proclamo que la joven conocida como Lift debe ser objeto de toda cortesía y respeto. La obedeceréis como me obedeceríais a mí, y cargaréis en la cuenta imperial todo gasto en el que pueda incurrir durante su incursión en vuestra ciudad. A continuación hallaréis una descripción de la mujer y dos preguntas que solo ella puede responder, como prueba de autenticidad. Pero sabed que si resulta dañada u obstaculizada de cualquier modo, conoceréis la ira imperial».

—Gracias, Gawx —dijo Lift, y miró a los escribas y los guardias—. ¡Significa que tenéis que hacer lo que yo diga!

—Y ¿qué es lo que quieres? —preguntó la escriba gorda.

—Depende —respondió Lift—. ¿Qué tenéis hoy para comer?

# 14



Tres horas más tarde, Lift estaba sentada en el centro del escritorio de la escriba gorda, con el gorrito del escriba desgarbado en la cabeza y comiendo tortitas con las manos.

Un enjambre de escribas inferiores estaba repasando informes en el suelo delante de ella, montones de libros esparcidos por todas partes como caparazones rotos de cangrejo después de un banquete. La escriba gorda estaba de pie al lado de la mesa, leyendo a Lift lo que escribía la vinculacaña correspondiente a la parte de la conversación de Gawx. La mujer por fin se había bajado la tela de la cara y resultó que era guapa y mucho más joven de lo que Lift había creído.

—«Estoy preocupado, Lift —le leyó la escriba gorda—. Aquí todos están preocupados. Están llegando informes desde el oeste. En Steen y Alm se ha visto la nueva tormenta. Está sucediendo como el caudillo alezi dijo que sucedería. Una tormenta de relámpago rojo, soplando al revés».

La mujer miró a Lift.

—En eso tiene razón, su… hum…

—Dilo —ordenó Lift.

—Su tortitencia.

—Suena de maravilla, ¿verdad?

—Su excelencia imperial tiene razón sobre la llegada de una nueva y extraña

tormenta. Hemos recibido confirmaciones independientes de nuestros contactos en Iri y Shinovar. Una enorme tormenta con relámpagos rojos que sopla desde el oeste.

—¿Y los monstruos? —preguntó Lift—. ¿Cosas con ojos rojos en la oscuridad?

—Todo es confuso —dijo la escriba, que se llamaba Ghenna—. Nos está costando recibir respuestas claras. Ya teníamos nociones sobre ello, a partir de informes procedentes de la costa este cuando la tormenta la alcanzó, antes de desplazarse al océano. Casi todo el mundo consideró exagerados esos informes y creyó que la tormenta se disiparía. Pero ahora que ha rodeado el planeta y llegado al oeste… Bueno, se dice que el príncipe está preparando un decreto de emergencia para el país entero.

Lift miró a Wyndle, que estaba enrollado en la mesa junto a ella.

—Portadores del Vacío —dijo con un hilo de voz—. Está ocurriendo. Dulce virtud, es cierto que las Desolaciones han vuelto…

Ghenna siguió leyendo la vinculacaña de Gawx.

—«Esto va a ser un desastre, Lift. Nadie está preparado para una tormenta que sopla al revés. Pero los alezi son casi igual de preocupantes. ¿Cómo es que saben tanto de ella? ¿La invocó de algún modo ese caudillo que tienen?».

Ghenna bajó el papel.

Lift masticó su tortita. Era de las densas, con una pasta machacada en el centro que era demasiado pegajosa y salada. La de al lado estaba cubierta de pequeñas semillas crujientes. Ninguna estaba tan buena como las dos otras variedades que había probado en las horas anteriores.

—¿Cuándo va a llegar? —preguntó Lift.

—¿La tormenta? Difícil de precisar, pero es más lenta que una alta tormenta, según casi todos los informes. Podría llegar a Azir y Tashikk en tres o cuatro horas.

—Escribe esto a Gawx —dijo Lift con la boca llena de tortita—. «Aquí tienen buena comida. Hay mucha variedad de tortitas. Una tiene azúcar en el centro».

La escriba vaciló.

—Escríbelo —dijo Lift—, o te haré llamarme más cosas absurdas.

Ghenna suspiró, pero obedeció.

—«Lift —leyó cuando la vinculacaña escribió la respuesta de Gawx, que tendría a unos quince visires y vástagos alrededor sugiriéndole qué decir y escribiéndolo cuando él lo aceptara—, no es momento de charlar sobre comida».

—Claro que sí —replicó Lift—. Tenemos que recordarlo. Puede que venga una tormenta, pero luego la gente tendrá que comer. El mundo se acaba mañana, pero pasado mañana la gente preguntará qué hay de desayuno. Ese es tu trabajo.

—«¿Y las historias de algo peor? —escribió él—. Los alezi están avisando sobre los parshmenios y yo hago lo que puedo con tan poco tiempo. Pero ¿qué hay de los Portadores del Vacío que dicen que están en las tormentas?».

Lift miró la estancia atestada de escribas.

—Estoy con esa parte —dijo. Mientras Ghenna lo escribía, Lift se levantó y se limpió las manos en su lujosa túnica—. Eh, gente lista, ¿qué tenéis?

Los escribas alzaron la mirada hacia ella.

—Señora —dijo uno—, no tenemos ni idea de lo que estamos buscando.

—¡Cosas raras!

—¿Qué clase de «cosas raras»? —preguntó el escriba de amarillo, el tipo desgarbado que parecía ridículo y medio calvo sin su gorrito—. ¡Ocurren cosas inusuales a diario en la ciudad! ¿Quiere el informe del hombre que afirma que su cerdo nació con dos cabezas? ¿O el del hombre que dice que vio la silueta de Yaezir en el liquen de su pared? ¿O la mujer que tuvo la premonición de que su hermana caería y entonces cayó?

—No, no —dijo Lift—. Eso es raro normal.

—¿Y qué es lo raro anormal, entonces? —preguntó él, irritado.

Lift empezó a brillar. Invocó su maravilla, tanta que empezó a irradiar de su piel como si fuese una famélica esfera. A su lado, las semillas que cubrían la tortita que no se había comido brotaron, y de ellas crecieron largas y retorcidas enredaderas que se embarullaron unas en torno a otras y escupieron hojas.

—Algo como esto —dijo Lift, y entonces miró hacia el lado. Genial. Había echado a perder la tortita.

Los escribas la miraban boquiabiertos, así que dio una fuerte palmada para que volvieran al trabajo. Wyndle suspiró, y Lift supo lo que debía de estar pensando. En tres horas no habían encontrado nada relevante. Estaba en lo cierto: en aquella ciudad escribían las cosas. Y ahí estaba el problema. Lo escribían absolutamente todo.

—Hay otro mensaje del emperador para ti —dijo Ghenna—. Esto para su tortita… Tormentas, qué ridículo suena.

Lift sonrió de oreja a oreja y miró el papel. Las palabras estaban escritas con una caligrafía fluida y elegante. Tenía que ser Labios Gordos.

—«Lift —leyó Ghenna—, ¿vas a volver? Aquí te echamos de menos».

—¿Labios Gordos también? —preguntó Lift.

—«La visir Noura también te echa de menos. Lift, ahora este es tu hogar. Ya no tienes por qué vivir en la calle».

—¿Qué se supone que haré allí, si vuelvo?

—«Todo lo que quieras —escribió Gawx—. Te lo prometo».

Ese era el problema.

—Todavía no sé lo que voy a hacer —dijo, sintiendo un extraño aislamiento, a pesar de la habitación llena de gente—. Ya veremos.

Ghenna la miró al oírlo. Al parecer, pensaba que el emperador debería obtener todo lo que quería, y que las chicas reshi no deberían tomarse como costumbre negárselo.

La puerta se abrió un poco y la capitana de la guardia miró dentro. Lift saltó de la mesa, corrió hacia ella y dio un saltito para ver lo que sostenía. Un informe. Estupendo. Más palabras.

—¿Qué has averiguado? —preguntó, ansiosa.

—Tenías razón —dijo la capitana—. Un colega mío de la guardia del barrio ha estado vigilando el orfanato Luz de Tashi. La mujer que lo dirige…

—La Tocón —aportó Lift—. Es mala que no veas. Come huesos de niños para merendar. Una vez hizo un duelo de miradas con un cuadro y ganó.

—… está siendo investigada. Tiene una especie de trama de blanqueo de dinero, aunque los detalles son confusos. Ha estado intercambiando esferas por otras de menor valor, una práctica que la llevaría a la bancarrota si no tuviera alguna otra forma de ingreso. Según el informe, acepta dinero de organizaciones criminales como donativos y luego los transfiere en secreto a otros grupos después de quedarse una parte, para ayudar a emborronar el rastro de las esferas. Y hay más. En todo caso, los niños son una tapadera para apartar la atención de sus prácticas.

—Ya te lo decía yo —repuso Lift, cogiéndole el papel de las manos—. Deberías detenerla y gastar todo su dinero en sopa. Dame a mí la mitad por decirte dónde buscar y no se lo contaré a nadie.

La capitana levantó las cejas.

—Podemos escribir que lo hacemos, si quieres… —dijo Lift—. Así será oficial.

—Pasaré por alto los intentos de soborno, coacción, extorsión y malversación de fondos estatales —respondió la capitana—. En cuanto al orfanato, no tengo jurisdicción sobre él, pero te aseguro que mis compañeros actuarán contra esa Tocón bien pronto.

—Me basta —dijo Lift, volviendo a subir a la mesa frente a su legión de escribas—. Venga, ¿qué habéis encontrado? ¿Hay alguien que brille, como si fuese una famélica fuerza benévola de la verdad y la justicia, o algo así?

—¡Es un proyecto demasiado extenso para asignárnoslo sin previo aviso! —protestó la escriba gorda—. Señora, esta investigación es del tipo en el que normalmente trabajamos durante meses. ¡Concédanos tres semanas y podemos preparar un informe detallado!

—No tenemos tres semanas. Apenas tenemos tres horas.

Daba lo mismo. Durante las siguientes horas, intentó engatusar, amenazar, bailar, sobornar y —a modo de última opción, loca y desesperada— quedarse muy callada y dejar que leyeran. A medida que pasaba el tiempo, encontraban nada y todo al mismo tiempo. Había montones de rarezas difusas en los informes de la guardia: historias de un hombre que sobrevivió a una caída desde demasiado alto, una queja por ruidos extraños fuera de la ventana de una mujer, spren que actuaban de forma inusual por las mañanas en la puerta de otra mujer a menos que esta les dejara un cuenco de agua azucarada. Y sin embargo, ninguno de aquellos informes contaba con más de un

testigo, y en ninguno de ellos la guardia había encontrado nada concreto que resultara extraño, aparte de las habladurías.

Cada vez que aparecía una rareza, a Lift le entraban unas ganas terribles de salir por la puerta, salir apretándose por una ventana y correr a buscar a la persona implicada. Y cada vez, Wyndle le aconsejaba paciencia. Si todos los informes fuesen veraces, prácticamente cualquier habitante de la ciudad podría ser un potenciador. ¿Y si se marchaba a investigar uno de los cien informes que no eran más que superstición normal y corriente? Perdería horas y no encontraría nada.

Que era justo lo que sentía que estaba haciendo. Estaba molesta, impaciente y sin tortitas.

—Lo siento, ama —dijo Wyndle mientras rechazaban un informe sobre una mujer veden que afirmaba que su bebé había sido «bendecido por el mismísimo Tashi con una piel más clara que la de su padre, para que estuviera más cómodo en sus relaciones con los extranjeros»—. No creo que ninguno de estos sea más señal que los demás. Empiezo a pensar que deberíamos elegir uno y confiar en la suerte.

Lift odiaba la suerte, últimamente. Le estaba costando convencerse a sí misma de que no estaba en una edad desafortunada de su vida, así que había renunciado a la suerte. Hasta había intercambiado su esfera de la suerte por una cuña de queso de cerda.

Cuanto más lo pensaba, más le parecía que la suerte era lo contrario de ser maravillosa. Una era algo que hacías, la otra algo que te sucedía hicieras lo que hicieras.

Pero claro, eso no significaba que la suerte no existiera. O creías en ella o creías en lo que decían siempre aquellos sacerdotes vorin, que los pobres habían sido elegidos para la pobreza, por ser demasiado tontos como para pedir al Todopoderoso que los hiciera nacer forrados de esferas.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Lift.

—Elegir un informe de estos, supongo —dijo Wyndle—. Uno cualquiera. Aunque yo descartaría el del bebé. Sospecho que quizá la madre no esté siendo sincera.

—No me digas.

Lift echó un vistazo a los papeles extendidos ante ella, papeles que no sabía leer y que detallaban informes de curiosidades vagas. ¡Tormentas! Si elegía bien, podía salvar una vida y quizá encontrar a alguien más que podía hacer lo mismo que ella.

Si elegía mal, Oscuridad y sus siervos ejecutarían a una persona inocente. Con disimulo, sin nadie que presenciara su muerte ni lo recordara.

Oscuridad. De pronto, lo odió. Lo odió con una bullente ferocidad que la sorprendió incluso a ella por lo intensa que era. No creía que hubiera odiado de verdad a nadie nunca antes. Pero a él… con aquellos ojos fríos que parecían rechazar toda emoción… Y lo odiaba más por el hecho de que parecía hacer lo que hacía sin el menor ápice de remordimiento.

—¿Ama? —dijo Wyndle—. ¿Cuál eliges?

—No puedo elegir —susurró ella—. No sé hacerlo.

—Coge uno y ya está.

—No puedo. Yo no tomo decisiones, Wyndle.

—¡Bobadas! Las tomas a diario.

—No, yo solo…

Iba donde la llevaban los vientos. Cuando se tomaba una decisión, era también un compromiso. Se estaba diciendo que lo que se pensaba era lo correcto.

La puerta de la sala se abrió de golpe. Apareció un guardia, uno al que Lift no conocía, sudoroso y jadeante.

—Decreto de emergencia de estado cinco procedente del príncipe, para distribuirse por toda la nación de inmediato. Estado de emergencia en la ciudad. Tormenta soplando en dirección opuesta, prevista para alcanzarnos antes de dos horas.

»Toda la población debe abandonar las calles y dirigirse a los refugios para tormentas, y los parshmenios deben ser encarcelados o exiliados a la tormenta. Quiere que los callejones de Yeddaw y otras ciudades talladas se evacuen de inmediato, y ordena a los oficiales del gobierno que se presenten en sus refugios asignados para hacer conteos, esbozar informes y mediar en las disputas que puedan darse por confusiones derivadas de la evacuación. Habrá copias de esta orden en todos los puntos de reunión, que se están distribuyendo en estos momentos.

Los escribas de la sala apartaron la mirada de su trabajo y, al instante, empezaron a guardar los libros y los apuntes contables.

—¡Esperad! —gritó Lift mientras el mensajero se marchaba—. ¿Qué estáis haciendo?

—Acabas de ser desautorizada, pequeña —dijo Ghenna—. Tu investigación tendrá que esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que el príncipe decida derogar el estado de emergencia —respondió ella, recogiendo a toda prisa las vinculacañas de su estante y guardándolas en una caja acolchada.

—¡Pero el emperador ha dicho que me ayudéis! —exclamó Lift, cogiendo la nota de Gawx y moviéndola en el aire.

—Y te ayudaremos encantados a llegar a un refugio para tormentas —dijo la capitana de la guardia.

—¡Necesito ayuda con este problema! ¡Os ha ordenado obedecerme!

—Y nosotros, por supuesto, escuchamos al emperador —dijo Ghenna—. Lo escuchamos con gran atención.

Pero no necesariamente obedecían sus órdenes. Se lo habían explicado los visires. Azir *afirmaba* ser un imperio, y casi todos los demás países de la zona le seguían la corriente. Era como seguirle la corriente al niño que decía que era capitán de equipo en un partido de anillos. Pero cuando sus exigencias se hacían demasiado extravagantes, quizá terminara hablando con un callejón vacío.

Los escribas eran notablemente efectivos. Tardaron poco en sacar a Lift al pasillo, cargada con un puñado de informes que no sabía leer, y separarse para correr a cumplir sus distintos deberes. La dejaron con una joven subescriba, que no podía ser mucho mayor que Lift y que debía llevarla a un refugio para tormentas.

Lift se libró de la chica en el primer cruce que pudo, escabulléndose por un pasillo lateral mientras la joven explicaba la emergencia a un anciano erudito de ojos vidriosos, vestido con una shiqua marrón. Lift se quitó su ropa buena azishiana y la tiró en un rincón, quedándose en pantalones, camisa y su chaqueta fina sin abotonar. Desde allí pasó a una parte menos poblada del edificio. En los largos pasillos, los escribas se reunían y se gritaban unos a otros. Lift no habría esperado tanto alboroto de un puñado de viejos y viejas decrépitos con tinta en las venas.

Estaba oscuro, y Lift deseó no haber intercambiado su esfera de la suerte. Los pasillos estaban señalados con alfombras en las que había diseños azishianos para diferenciarlos unos de otros, pero nada más. Había lámparas de esfera a intervalos regulares en las paredes, pero solo una de cada cinco contenía una esfera infusa. Seguía escaseando la luz tormentosa. Lift pasó un minuto entero agarrada a una, intentando forzar su pestillo, pero estaban bien aseguradas.

Siguió pasillo abajo, dejando de lado una sala tras otra, todas ellas atestadas de papel, aunque no había tantas estanterías como Lift esperaba encontrar. No parecía una biblioteca. Lo que había eran paredes llenas de cajones que contenían pilas de papeles.

Cuanto más caminaba, más silencioso estaba todo, hasta que le pareció estar recorriendo un mausoleo… un mausoleo de árboles. Arrugó los papeles que llevaba en la mano y se los metió en el bolsillo. Eran tantos que no pudo meter la mano también.

—¿Ama? —la llamó Wyndle desde el suelo, a su lado—. No nos queda mucho tiempo.

—Estoy pensando —dijo Lift. Era mentira. Lo que hacía era intentar no pensar.

—Lamento que el plan no haya funcionado —dijo Wyndle.

Lift alzó los hombros.

—De todas formas, tú no querías estar aquí. Quieres hacerte jardinero.

—Sí, y tenía planeada una galería de botas encantadora —respondió Wyndle—. Pero supongo… supongo que no podemos quedarnos quietos cuidando jardines mientras el mundo termina, ¿verdad? Y si me hubieran asignado con aquella iriali tan maja, no estaría aquí, ¿a que no? Y ese Radiante al que intentas salvar, sea quien sea, puede darse por muerto.

—Posiblemente puede darse por muerto de todas formas.

—Pero aun así… merece la pena intentarlo, ¿verdad?

Estúpido y animoso Portador del Vacío. Lift le lanzó una mirada y luego sacó los papeles del bolsillo.

—No sirven para nada. Tenemos que empezar de cero con un plan nuevo.

—Y con mucho menos tiempo. Ya llega el anochecer, y también esa tormenta. ¿Qué

hacemos?

Lift soltó los papeles.

—Hay alguien que sabe dónde ir. Esa mujer que hablaba con Oscuridad, su discípula, decía que tenía una investigación en marcha. Sonaba confiada.

—Je —dijo Wyndle—. Y no supondrás que su investigación implicaría un puñado de escribas buscando en los registros, ¿verdad?

Lift ladeó la cabeza.

—Sería la opción inteligente —dijo Wyndle—. Se nos ha ocurrido hasta a nosotros.

Lift sonrió y echó a correr en la dirección de la que venía.

## 15



Sí —dijo la escriba gorda, aturullada después de buscar en un libro—. Fue el equipo de Bidlel, sala dos-tres-dos. La mujer que describes los contrató hace dos semanas para un proyecto no especificado. Nos tomamos muy en serio la discreción de nuestros clientes. —Suspiró y cerró el libro—. Salvo por mandato imperial.

—Gracias —dijo Lift, dando un abrazo a la mujer—. Graciasgraciasgraciasgracias.

—Ojalá hubiera sabido lo que significaba todo esto. Tormentas, cualquiera diría que a mí me lo contarían todo, pero la mitad del tiempo tengo la sensación de que hasta los reyes están confundidos por lo que les echa encima el mundo. —Negó con la cabeza y miró a Lift, que seguía abrazándola—. Yo voy a ir a mi puesto asignado. Te aconsejo que busques refugio.

—Síesoharégenialadiós —dijo Lift.

La soltó y salió corriendo de la sala llena de registros. Corrió por el pasillo, en dirección contraria a los peldaños que bajaban al refugio para tormentas del Indicium.

Ghenna sacó la cabeza al pasillo.

—¡Bidlel ya habrá evacuado! La puerta estará cerrada. —Calló un momento—. ¡No rompas nada!

—Portador del Vacío —dijo Lift—. ¿Puedes encontrar el número ese que acaba de decir?

—Sí.

—Bien, porque no tengo tantos dedos en los pies.

Corrieron por el cavernoso Indicium, que ya empezaba a vaciarse. Solo había pasado más o menos media hora desde el decreto —Wyndle llevaba la cuenta— y ya se estaba marchando todo el mundo. La gente cerraba sus puertas con llave cuando llegaba una tormenta y se trasladaba a lugares seguros. Para los que tenían casas normales, esas casas valdrían, pero los pobres tenían que ir a refugios.

Pobres parshmenios. No había muchos en la ciudad, no tantos como en Azimir, pero por orden del príncipe los estaban reuniendo y expulsando. Dejándolos para la tormenta, medida que a Lift le parecía enormemente injusta.

Pero nadie hacía caso a sus protestas al respecto. Y Wyndle había dejado caer… bueno, que quizá estuvieran convirtiéndose en Portadores del Vacío. ¿Y quién mejor que él para saberlo?

De todos modos, no le parecía justo. Ella no dejaría a Wyndle fuera en una tormenta. Aunque afirmara que era improbable que la tormenta pudiera hacer daño a los parshmenios.

Siguió las enredaderas de Wyndle, que la llevó dos pisos hacia arriba y se puso a contar hileras. El suelo de aquella planta era de madera pintada, y a Lift se le hacía raro pisarla. Suelos de madera. ¿No se romperían y la dejarían caer? Los edificios de madera siempre le habían parecido demasiado endebles, de modo que pisó con ligereza por si acaso. Era…

Lift frunció el ceño, se agachó y miró a un lado y luego al otro. ¿Qué había sido eso?

—Dos-dos-uno —dijo Wyndle—, dos-dos-dos…

—¡Portador del Vacío! —susurró Lift—. ¡Calla!

Wyndle dio media vuelta y creció pared arriba cerca de ella. Lift apretó la espalda contra la pared, y entonces dobló una esquina hacia un pasillo lateral y apretó la espalda contra esa pared.

En la alfombra sonaron unas fuertes pisadas de botas.

—No puedo creerme que llames pista a eso —dijo una voz de mujer, que Lift reconoció como la discípula de Oscuridad—. ¿No estuviste en la guardia?

—En Yezier se hacen las cosas de otra forma —replicó un hombre con brusquedad. El otro discípulo—. Aquí todo el mundo es demasiado remilgado. Tendrían que decir lo que piensan y punto.

—¿Esperas que un confidente tashikki te hable a las claras?

—¿Por qué no? ¿No es su trabajo?

Los dos pasaron de largo, por suerte sin mirar hacia el pasillo lateral en el que estaba Lift. Tormentas, esos uniformes que llevaban, con sus botas altas, sus chaquetas rígidas al estilo del este y sus guantes largos, eran imponentes. Parecían generales en el campo de batalla.

Lift anhelaba seguirlos para ver dónde iban. Se obligó a esperar.

Y en efecto, unos segundos más tarde pasó por el pasillo alguien más silencioso. El asesino, con la ropa hecha jirones y la cabeza gacha, llevando aquel espadón —que tenía que ser algún tipo de hoja esquirlada— apoyado en el hombro.

—No lo sé, espada-nimi —dijo en voz baja—. Ya no confío en mi propia mente. —Dejó de hablar y de andar, como si escuchara algo—. Eso no me reconforta, espada-nimi. No, nada de nada…

Siguió a los otros dos, dejando una tenue imagen tras de sí, brillando en el aire. Era casi imperceptible, menos marcada al moverse que en el cuartel general de Oscuridad.

—Oh, ama —dijo Wyndle, enroscándose hacia ella—. ¡Casi expiro del susto! Cuando se ha parado ahí, en el pasillo, ¡estaba seguro de que me había visto de algún modo!

Por lo menos los pasillos estaban oscuros, con casi todas las lámparas de esferas apagadas. Lift, nerviosa, salió al pasillo y siguió al grupo. Se detuvieron en la misma puerta a la que iba ella, y uno sacó una llave. Lift había esperado que se abrieran paso por la fuerza, pero por supuesto no les hacía ninguna falta: tenían autoridad legal.

En realidad, ella también. Qué estrafalario todo.

Los dos discípulos de Oscuridad entraron en la sala. El Asesino de Blanco se quedó fuera, en el pasillo. Se sentó en el suelo frente a la puerta, con su extraña hoja esquirlada en el regazo. Se quedó casi quieto del todo, pero las pocas veces que se movía dejaba atrás aquella imagen que luego se evaporaba.

Lift regresó al pasillo lateral y volvió a apoyar la espalda en la pared. En algún lugar lejano de la Gran Indecisión había alguien gritando para que los demás mantuvieran el orden.

—Tengo que entrar en esa sala —dijo Lift—. No sé cómo.

Wyndle se acurrucó en el suelo, enrollando sus enredaderas con fuerza. Lift negó con la cabeza.

—Para entrar, hay que pasar por delante del famélico asesino en persona. Tormentas.

—Lo haré yo —susurró Wyndle.

—A lo mejor podría despistarlo —dijo Lift, sin apenas prestar atención—. ¿Hacer que saliera corriendo detrás de algo? Pero eso alertaría a los de dentro.

—Lo haré yo —repitió Wyndle.

Lift echó la cabeza a un lado, consciente por fin de lo que había oído. Bajó la mirada hacia Wyndle.

—¿Despistarlo?

—No. —Las enredaderas de Wyndle se enmarañaron unas en torno a otras, tensándose en nudos—. Lo haré yo, ama. Puedo colarme en la sala. No… no creo que sus spren vayan a poder verme.

—¿No lo sabes seguro?

—No.

—Suena peligroso.

Sus enredaderas crujieron al apretarse entre sí.

—¿Tú crees?

—Sí, muchísimo —repuso Lift, y echó un vistazo rápido por la esquina—. Ese tipo de blanco tiene algo que no encaja. ¿Se te puede matar, Portador del Vacío?

—Destruir —matizó Wyndle—. Sí. No es lo mismo que para un humano, pero he visto a spren que… —Dio un suave gemido—. A lo mejor sí que es demasiado peligroso para mí.

—A lo mejor.

Wyndle se aposentó y se enroscó sobre sí mismo.

—Voy a ir de todas formas —susurró.

Lift asintió.

—Escucha, memoriza lo que digan esos dos de dentro y vuelve enseguida. Si pasa algo, chilla con todas tus fuerzas.

—Bien. Escuchar y chillar. Sé escuchar y chillar. Se me dan bien las dos cosas.

Hizo un sonido parecido a respirar hondo aunque, que Lift supiera, no necesitaba respirar. Luego salió disparado hacia el pasillo, una enredadera con cristales engarzados que creció por el suelo rodeando la esquina, pegada a la pared. De sus lados crecían pequeños brotes verdes que cubrían la alfombra.

El asesino no levantó la mirada. Wyndle llegó a la puerta de la sala en la que estaban los dos aprendices de Rompedor del Cielo. Lift no oía ni una palabra de lo que se decía dentro.

Tormentas, cómo odiaba esperar. Había construido su vida en torno a no tener que esperar nada ni a nadie. Hacía lo que quería, cuando quería. Era lo mejor, ¿verdad? Todo el mundo debería poder hacer lo que quisiera.

Pero claro, en ese caso, ¿quién cultivaría la comida? Si el mundo estuviera lleno de gente como Lift, ¿no se marcharían en plena temporada de siembra para ir a cazar lurgs? Nadie protegería las calles ni se sentaría en reuniones. Nadie aprendería a escribir cosas ni a gobernar reinos. Todos corretearían por ahí robándose la comida entre ellos, hasta que no quedara nada y todos cayeran y murieran.

«Tú lo sabías —dijo una parte de ella, poniéndose de pie en su interior, con los brazos en jarras y actitud desafiante—. Conocías la verdad del mundo, hasta cuando fuiste y pediste no envejecer».

Ser joven era una excusa. Una justificación plausible.

Esperó, inquieta por no poder hacer nada. ¿Qué estarían diciendo allí dentro? ¿Habrían visto a Wyndle? ¿Estarían torturándolo, amenazándolo con talar sus jardines o algo por el estilo?

«Escucha», susurró una parte de ella.

Pero, por supuesto, no podía oír nada.

Le entraron ganas de acercarse corriendo, hacerles burla a todos y arrastrarlos a una persecución por todo el famélico edificio. Sería mejor que quedarse sentada allí con sus pensamientos, preocupada y culpándose al mismo tiempo.

Cuando siempre estaba ocupada, no tenía tiempo de pensar en cosas. Cosas como que la mayoría de la gente no se largaba corriendo cuando les apetecía. Como que su madre había sido tierna, y amable, y siempre dispuesta a cuidar de todo el mundo. Resultaba inverosímil que pudiera haber alguien en Roshar tan bueno con los demás como lo había sido ella.

No debería haber muerto. O como mínimo, debería haber tenido a alguien la mitad de espléndido que ella para cuidarla mientras se iba consumiendo.

Alguien que no fuese Lift, que era egoísta, estúpida.

Y solitaria.

Se tensó y se preparó para doblar la esquina a la carrera. Pero entonces, por fin, Wyndle llegó serpenteando por el pasillo. Creció a lo largo del suelo a ritmo frenético y volvió con ella, dejando un rastro de polvo contra la pared cuando se desmoronaron sus enredaderas descartadas.

Los dos discípulos de Oscuridad salieron de la estancia al momento siguiente, y Lift se retiró al pasillo lateral con Wyndle. En la sombra, se agachó para evitar que la alcanzara la luz lejana. La mujer y el hombre de uniforme pasaron con potentes pisadas al momento, sin lanzar una sola mirada pasillo abajo. Lift se relajó, acariciando con las yemas de los dedos las enredaderas de Wyndle.

Y entonces pasó el asesino. Se detuvo y miró en la dirección de Lift, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

Lift contuvo el aliento. «No te hagas maravillosa. ¡No te hagas maravillosa!». Si usaba sus poderes en aquella sombra, brillaría y seguro que entonces el asesino la veía.

Lo único que podía hacer era quedarse agachada mientras el asesino entornaba los ojos, que tenían una forma extraña, como si fuesen demasiado grandes o algo así. Metió la mano en una bolsa que llevaba al cinto y lanzó algo pequeño y brillante al pasillo lateral. Una esfera.

Lift montó en pánico, indecisa entre huir, hacerse maravillosa o quedarse muy quieta. Los miedospren bulleron a su alrededor, iluminados por la esfera que se acercaba rodando, y Lift supo, al cruzar la mirada con el asesino, que podía verla.

Sacó su espada de la vaina una fracción de centímetro. De la hoja se derramó un humo negro que cayó hacia el suelo y se acumuló a sus pies. Lift sintió una repentina y terrible náusea.

El asesino la sopesó con la mirada y entonces devolvió la espada a su vaina con un gesto brusco. Para sorpresa de Lift, se marchó tras los otros dos, dejando atrás aquella tenue imagen. No dijo ni una palabra, y sus pisadas en la alfombra apenas hacían ruido: no eran ni una leve brisa comparadas con los pisotones que daban los otros dos, que Lift seguía oyendo aunque estuvieran a más distancia.

Al poco tiempo, los tres habían llegado a la escalera y se habían perdido de vista.

—¡Tormentas! —exclamó Lift, dejándose caer de espaldas a la alfombra—. ¡Por la famélica Madre del Mundo y el Padre de Tormentas en el cielo! Casi me mata de miedo.

—¡Ya lo creo! —dijo Wyndle—. ¿Has oído mis no-gemidos?

—No.

—¡Tenía demasiado miedo para hacer ningún ruido!

Lift se incorporó y se secó el sudor de la frente.

—Vaya. Bueno, vale… menuda experiencia. ¿De qué estaban hablando?

—¡Ah! —dijo Wyndle, como si se hubiera olvidado por completo de su misión—. ¡Ama, tenían todo un estudio realizado! Semanas de investigación para identificar rarezas en la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Y cuál es la conclusión?

—No lo sé.

Lift volvió a dejarse caer.

—Han hablado de muchísimas cosas que no he entendido —dijo Wyndle—. Pero ama, ¡ellos sí que saben quién es esa persona! Van para allá ahora mismo, a ejecutarla. —Le dio un golpecito con una enredadera—. Así que… ¿quizá deberíamos seguirlos?

—Sí, vale —dijo Lift—. Supongo que podemos hacer eso. No debería ser muy difícil, ¿verdad?

# 16



Resultó ser muy, muy difícil.

No podía acercarse demasiado, porque los pasillos se habían vaciado tanto que resultaban siniestros. Y había montones de caminos bifurcados, con estrechos pasillos laterales y habitaciones por todas partes. Añadiendo a eso que había pocas esferas en las paredes, seguir a aquellos tres sería toda una hazaña.

Pero Lift lo consiguió. Fue tras ellos por todo el famélico lugar hasta que llegaron a unas puertas que daban a la ciudad. Lift se las ingenió para salir por una ventana cerca de las puertas y caer entre unas plantas que había al lado de la escalera de fuera. Se quedó allí acurrucada mientras las tres personas a las que seguía cruzaban la repisa desde la que se dominaba la ciudad entera.

Tormentas, qué bien sentaba respirar aire fresco otra vez, aunque hubiera nubes tapando el sol poniente. La ciudad entera se notaba gélida. Ensombrecida.

Y vacía.

Antes había gente arremolinada, subiendo y bajando los peldaños y las rampas del Gran Indisifión. Pero ya solo quedaban unos pocos rezagados, e incluso ellos estaban desapareciendo a marchas forzadas, metiéndose en portales, buscando refugio.

El asesino miró hacia el oeste.

—La tormenta se aproxima —dijo.

—Más motivo para darnos prisa —replicó la discípula.

Sacó una esfera de su bolsillo, la alzó delante de ella y absorbió la luz. Fluyó a su interior y la mujer empezó a brillar con su maravilla.

Y entonces, se elevó en el aire.

¡Se elevó en el famélico aire, nada menos!

«¿Pueden volar? —pensó Lift—. Condenación, ¿por qué yo no puedo volar?».

Su compañero se alzó junto a ella.

—¿Vienes, asesino? —La mujer miró hacia la repisa y el hombre vestido de blanco.

—Ya he bailado con esa tormenta una vez —susurró él—. El día en que morí. No.

—A este paso, no ingresarás nunca en la orden.

El asesino guardó silencio. Los dos aprendices flotantes se miraron y el hombre se encogió de hombros. Los dos se elevaron más y salieron despedidos sobre la ciudad, evitando el incordio de tener que cruzar las zanjas.

¡Tenían el famélico poder de volar!

—Tú eres la que él persigue, ¿verdad? —dijo el asesino en voz baja.

Lift hizo una mueca. Luego se levantó y miró con los ojos entrecerrados hacia el lado de la repisa donde estaba el asesino. Él se volvió hacia ella y la miró.

—No soy nadie —dijo Lift.

—Él mata a nadies.

—¿Y tú no?

—Yo mato a reyes.

—Lo cual es muchísimo mejor.

El asesino entornó la mirada y se acuclilló, con la espada enfundada apoyada sobre los hombros y las manos extendidas hacia delante.

—No, no lo es. Oigo sus chillidos, sus exigencias, allá donde veo sombras. Me acosan, intentan arrebatarme la mente, despojarme de mi cordura. Temo que ya lo hayan logrado, que el hombre con quien hablas ya no sepa distinguir lo que es la voz de un desvarío demente y lo que no.

—Vaaale —dijo Lift—. Pero no me has atacado.

—No. A la espada le gustas.

—Qué bien. A mí también me gusta la espada. —Miró hacia el cielo—. Esto… ¿sabes dónde van?

—El informe describía a un hombre a quien han visto desaparecer varias personas en la ciudad. Se metía en un callejón y, cuando alguien llegaba detrás, lo encontraba vacío. Hay gente que afirma haber visto cómo su cara se deformaba y se convertía en

otra distinta. Mis compañeros creen que es lo que se llama un Tejedor de Luz, de modo que hay que detenerlo.

—¿Eso es legal?

—Nin se ha procurado un mandato del príncipe que prohíbe todo uso de la potenciación en el país, salvo autorización específica. —Observó a Lift—. Creo que fue el encuentro del Heraldo contigo lo que lo impulsó a acudir derecho a la cima, en vez de mantener su continuo tira y afloja con las autoridades locales.

Lift miró en la dirección hacia donde habían partido los otros dos. El cielo estaba oscureciéndose más, lo que era un mal presagio.

—Sí que se equivoca, ¿verdad? —dijo Lift—. El que dices que es un Heraldo. Dice que los Portadores del Vacío no han regresado, pero sí lo han hecho.

—La nueva tormenta así lo revela —repuso el asesino—. Pero ¿quién soy yo para decirlo? Estoy loco. Aunque creo que el Heraldo también lo está. Eso me obliga a aceptar que las mentes de los hombres no son de fiar. Que necesitamos algo mayor a lo que seguir, que nos guíe. Pero no mi piedra… ¿De qué sirve buscar una ley superior, cuando esa ley puede ser el capricho de un hombre que o bien es estúpido o bien es cruel?

—Vaaale —dijo Lift—. Esto… puedes estar todo lo loco que quieras. No pasa nada. Me cae bien la gente loca. Es divertido ver cómo lamen las paredes, comen piedras y demás. Pero antes de que te pongas a bailar, ¿podrías decirme dónde van esos otros dos?

—No podrás llegar antes que ellos.

—Entonces, ¿qué daño hace decírmelo?

El asesino sonrió, aunque la emoción no pareció extenderse a sus ojos.

—El hombre que puede desaparecer, nuestro supuesto Tejedor de Luz, es un viejo filósofo muy conocido en el barrio de los inmigrantes. Se sienta casi todos los días en un anfiteatro y habla con quien quiera escucharlo. Está cerca…

—… del orfanato Luz de Tashi. Tormentas, tendría que haberlo sabido. Ese tipo es casi tan raro como tú.

—¿Los combatirás, pequeña Radiante? —preguntó el asesino—. ¿Tú sola contra dos aprendices de Rompedor del Cielo? ¿Y con un Heraldo esperando entre bambalinas?

Lift miró a Wyndle.

—No lo sé. Pero tengo que ir de todas formas, ¿no?

# 17



Lift dejó fluir su maravilla. Se sumergió a conciencia en el poder, convocando fuerza, velocidad y haciéndose resbaladiza. A la gente de Oscuridad parecía darle igual que los vieran volando por ahí, de modo que Lift decidió que a ella también le daba igual que la vieran.

Dio un salto para alejarse del asesino, volvió resbaladizos sus pies y aterrizó en la rampa lisa que había junto a los peldaños que rodeaban el exterior del edificio. Pretendía salir disparada hacia la ciudad, resbalando por el lado de la escalera.

Por supuesto, duró más o menos un segundo antes de que los pies se le fueran en direcciones distintas y su entrepierna se estrellara contra la piedra. Se encogió con un dolor agudo, pero no le dio tiempo a mucho más, ya que rebotó un par de veces antes de caer por el lado de los altos escalones.

Dio contra el fondo unos instantes después y se hizo un ovillo avergonzado. Su maravilla impidió que se hiciera mucho daño, así que hizo caso omiso a los gritos preocupados de Wyndle mientras crecía pared abajo hacia ella. Se dio la vuelta, se alzó a cuatro patas como pudo y echó a correr hacia la zanja que la llevaría al orfanato.

¡No tenía tiempo para que se le diera mal aquello! Corriendo como una persona normal no llegaría a tiempo. ¡Sus enemigos volaban! ¡Literalmente!

En su mente, visualizaba cómo debía ser. La ciudad entera descendía desde aquella altura central donde estaba la Gran Indigestión. Debería poder deslizarse sobre sus pies resbaladizos y recorrer como una exhalación la calle casi vacía. Debería poder dar palmadas en las paredes que encontrara, en los salientes, en los edificios, y ganar

velocidad con cada empujón.

Debería ser como una flecha en pleno vuelo, afilada, dirigida, sin trabas.

Podía verlo. Pero no podía hacerlo. Intentó resbalar de nuevo, pero de nuevo sus pies volaron debajo de ella. En esa ocasión salieron hacia atrás y ella cayó de cara contra la piedra. Vio un fogonazo blanco. Cuando alzó la mirada, la calle vacía se balanceaba delante de ella, pero su maravilla no tardó en curarla.

La calle sombría era una avenida principal, pero estaba desolada y vacía. La gente había retirado los toldos y las carretillas, pero se había dejado la basura. Aquellas paredes la agobiaban. Todo el mundo sabía que era necesario alejarse de los cañones durante una tormenta, para evitar ser arrastrados por la inundación. Y a aquella gente no se le había ocurrido otra cosa que construir toda una famélica ciudad absolutamente en contra de ese principio.

Tras ella, en la lejanía, el cielo retumbó. Pero antes de que llegara esa tormenta, un pobre viejo loco iba a recibir la visita de dos asesinos santurrones. Necesitaba impedirlo. Tenía que impedirlo. No podía explicar por qué.

«Vale, Lift, tranquila. Puedes ser maravillosa. Siempre has sido maravillosa, y ahora tienes mucha maravilla de más. Venga, puedes hacerlo».

Gruño, echó a correr, giró de lado y resbaló. Podía hacerlo, y desde luego que iba a…

Esa vez rozó la esquina de una pared en una intersección y terminó despatarrada en el suelo, con los pies hacia el cielo. Dio otro golpe con la cabeza contra el suelo, frustrada.

—¿Ama? —dijo Wyndle, serpenteando hacia ella—. No me hace ninguna gracia el sonido de esa tormenta…

Lift se levantó, sintiéndose avergonzada y de todo menos maravillosa, y decidió limitarse a correr el resto del camino. Sus poderes le permitían correr deprisa sin cansarse, pero sentía en sus entrañas que no iba a bastar con eso.

Le pareció que transcurría una eternidad antes de detenerse trastabillando fuera del orfanato, con agotaspren arremolinándose a su alrededor. Se le había terminado la maravilla un poco antes de llegar y su estómago protestó con un rugido. El anfiteatro estaba desierto, por supuesto. Tenía el orfanato a su izquierda, tallado en sólida roca, y los asientos del pequeño anfiteatro enfrente. Y más allá, el oscuro callejón, con las chabolas de madera y los edificios bloqueándole la visión.

El cielo se había oscurecido, aunque Lift no sabía si era por la puesta de sol o por la tormenta que llegaba.

Al fondo del callejón, Lift oyó un grave y crudo grito de dolor. Le dio un escalofrío.

Wyndle tenía razón. El asesino tenía razón. ¿Qué estaba haciendo? No podía derrotar a dos soldados entrenados y maravillosos. Se dejó caer, exhausta, en el centro del suelo del anfiteatro.

—¿Entramos? —preguntó Wyndle desde su lado.

—No me queda poder —susurró Lift—. Lo he gastado todo corriendo hasta aquí.

¿Ese callejón siempre había dado tanta sensación de profundidad? Con las sombras de las chabolas, las cortinas y las planchas de madera, el lugar parecía una barricada extendida, con solo el más estrecho pasadizo para cruzarla. Parecía un mundo distinto por completo al resto de la ciudad. Era un reino oscuro y oculto que solo podía existir en las sombras.

Se puso de pie con dificultad y echó a andar hacia el callejón.

—¿Qué estás haciendo? —gritó una voz.

Lift se volvió y encontró a la Tocón de pie en el umbral del orfanato.

—¡Tenías que haber ido a algún refugio! —gritó la mujer—. Niña idiota. —Fue hacia ella y cogió a Lift del brazo para llevarla hacia el orfanato—. No creas que haber entrado significa que vaya a cuidar de ti. Aquí no hay sitio para los que son como tú, y no me vengas fingiendo que estás enferma o cansada. Todo el mundo se pasa el día fingiendo para llevarse lo que tenemos.

Pero por mucho que dijera, soltó a Lift dentro del orfanato, cerró de golpe el portón de madera y lo atrancó.

—Alégrate de que haya mirado fuera para ver quién gritaba. —Observó a Lift y dio un sonoro suspiro—. Supongo que querrás comer.

—Aún me queda una comida —respondió Lift.

—Estoy por dársela a los otros niños —dijo la Tocón—. Después de una broma como esa, ya lo creo que sí. ¡Mira que quedarte fuera chillando! Tendrías que haber ido a un refugio. Si crees que puedes darme pena haciéndote la desamparada, te equivocas.

Se alejó murmurando. Lift estaba en una sala grande y abierta, con niños sentados en esterillas por todas partes, iluminados por una sola esfera de rubí. Los niños parecían asustados, y varios se abrazaban entre ellos. Uno se había tapado las orejas y gemía con el sonido de cada trueno.

Lift se sentó en una esterilla vacía, con una sensación de surrealismo, de estar fuera de lugar. Había llegado corriendo, brillando de poder, dispuesta a enfrentarse a monstruos que volaban surcando el cielo. Pero allí… allí solo era otra niña de la calle huérfana.

Cerró los ojos y escuchó a los demás.

—Tengo miedo. ¿La tormenta durará mucho?

—¿Por qué ha tenido que ir dentro todo el mundo?

—Echo de menos a mi mamá.

—¿Y qué pasa con los tipos del callejón? ¿Estarán bien?

Su incertidumbre vibró a través de Lift. Había estado allí. Tras la muerte de su madre, había estado allí. Había estado decenas de veces desde entonces, en ciudades por todo el territorio. En lugares para niños olvidados.

Había hecho juramento de recordar a la gente como ellos. No lo había pretendido. Fue como que sucedió, sin más. Igual que todo sucedía en su vida, sin más.

—Quiero control —susurró.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Antes me has dicho que no creías que hubiera venido aquí por ningún motivo de los que te dije. Me has preguntado qué quería.

—Lo recuerdo.

—Quiero control —dijo Lift, abriendo los ojos—. No como un rey ni nada así. Solo quiero poder controlarla un poquito. Mi vida. No quiero que me empuje por ahí la gente, ni el destino, ni nada. Solo… solo quiero ser yo la que elija.

—Sé muy poco de cómo funciona tu mundo, ama —replicó Wyndle, enrollándose sobre la pared y componiendo una cara que sobresalía hacia ella—. Pero me parece un deseo razonable.

—Escucha lo que dicen estos niños. ¿Los oyes?

—Tienen miedo de la tormenta.

—Y de la llamada a esconderse de repente. Y de estar solos. Cuánta incertidumbre…

Desde la sala contigua le llegaba la voz de la Tocón, hablando flojito con uno de sus ayudantes más mayores.

—No sé yo. No es día de alta tormenta. Sacaré las esferas arriba, por si acaso. Ojalá alguien nos dijera lo que está pasando.

—No lo entiendo, ama —dijo Wyndle—. ¿Qué se supone que debo sacar en claro de observarlos?

—Calla, Portador del Vacío —espetó ella, todavía escuchando. Oyendo.

Entonces abrió los ojos. Arrugó la frente, se levantó y cruzó la estancia.

Un chico que tenía una cicatriz en la cara estaba hablando con otro. Miró a Lift cuando notó que se acercaba.

—Oye —le dijo—, yo a ti te conozco. Viste a mi madre, ¿verdad? ¿Dijo cuándo pensaba volver?

¿Cómo se llamaba el chico?

—¿Mik?

—Sí —dijo él—. Mira, yo no tendría que estar aquí, ¿vale? No recuerdo muy bien las últimas semanas, pero… en fin, no soy huérfano. Todavía tengo madre.

Era él, el chico al que habían dejado allí la noche anterior. «Entonces babeabas —pensó Lift—. Y hasta hoy mismo, hablabas como un idiota. Tormentas, ¿qué te he hecho?». No podía curar a quienes eran distintos en la cabeza, o eso creía. ¿Por qué era diferente Mik? ¿Sería porque lo suyo era resultado de una herida, porque no había nacido así?

Lift no recordaba haberlo curado. Tormentas, decía que quería control pero ni siquiera sabía usar lo que tenía. Su carrera hacia el orfanato era suficiente demostración.

La Tocón regresó con paso firme, cargada con una gran bandeja de la que empezó a repartir tortitas a los niños. Llegó a Lift y le dio dos.

—Es la última vez —dijo, levantando un dedo.

—Gracias —musitó Lift mientras la Tocón seguía adelante.

Las tortitas estaban frías, y por desgracia eran de una variedad que ya había probado, las que tenían algo dulce en el centro. Sus preferidas. A lo mejor la Tocón no era mala del todo.

«Es una ladrona y una matona —se recordó Lift mientras comía, restaurando su maravilla—. Está blanqueando esferas y usando el orfanato de tapadera». Pero quizá incluso una ladrona y una matona pudiera hacer algún bien por el camino.

—Estoy muy confundido —dijo Wyndle—. Ama, ¿qué estás pensando?

Lift miró hacia la gruesa puerta principal. El anciano ya debía de estar muerto. Y a nadie le importaría. Qué narices, seguro que nadie se enteraría siquiera. Un viejo, hallado muerto en un callejón tras la tormenta.

Pero Lift… Lift lo recordaría.

—Vamos —dijo.

Fue hasta la puerta. Cuando la Tocón le dio la espalda para regañar a un niño, Lift levantó el barrote y salió fuera.

# 18



El cielo hambriento atronaba, oscuro y furioso. Lift conocía la sensación. Demasiado tiempo entre comidas, buscando cualquier cosa que llevarse a la boca, a toda costa.

La tormenta aún no había llegado del todo, pero a juzgar por los distantes relámpagos, parecía que aquella tormenta nueva no tenía muralla. Su arranque no sería un acontecimiento repentino y majestuoso, sino un lento avanzar. Acechaba como un matón en una callejuela, con la navaja lista, esperando a que pasara su presa.

Lift se acercó a la boca del callejón frente al orfanato y se internó despacio. Pasó entre chabolas que parecían demasiado endebles para resistir una alta tormenta. Aunque la ciudad estuviera construida para minimizar el viento, allí había demasiada basura. Un estornudo vigoroso podía dejar sin hogar a medio callejón.

Y sus habitantes lo sabían también, porque casi todos habían huido a los refugios. Aun así, entrevió alguna cara que otra mirando con recelo entre trapos colgados de ventanas, mientras los expectaspren crecían del suelo junto a ellas como gallardetes rojos. Eran personas demasiado tozudas, o quizá demasiado locas, para que les importara. No los culpaba del todo. ¿Un gobierno dando órdenes repentinas porque sí y esperando que todos las obedecieran? Eran cosas a las que ella no solía hacer mucho caso.

Solo que aquella gente tendría que haber visto el cielo, oído el trueno. Un relámpago rojo iluminó el entorno. Aquel día, esa gente debería haber hecho caso.

Siguió avanzando poco a poco por el callejón y llegó a un lugar de sombras indefinidas. Entre las nubes del cielo y que todo el mundo se había llevado sus

esferas, era casi imposible ver nada. El único sonido era el del cielo. Tormentas, ¿el viejo estaría allí de verdad? Quizá se hubiera puesto a salvo en algún refugio. El grito de antes podría no tener ninguna relación, ¿verdad?

«No —pensó—. Sí que la tiene». Sintió otro escalofrío. Bueno, pues si el anciano estaba allí, ¿cómo iba Lift a encontrar su cadáver?

—Ama —susurró Wyndle—. No me gusta nada este sitio, ama. Algo anda mal.

Todo andaba mal. Todo había andado mal desde el primer día en que Oscuridad la persiguió. Lift siguió adelante, pasando junto a sombras que posiblemente serían ropa tendida en cuerdas entre chabolas. En la penumbra, parecían cuerpos retorcidos y rotos. El siguiente relámpago de la tormenta que se aproximaba no ayudó mucho a paliar la sensación: su luz roja hizo que las paredes y las chozas parecieran pintadas de sangre.

Pero ¿tan largo era ese callejón? Lift sintió una oleada de alivio cuando, por fin, tropezó con algo en el suelo. Bajó el brazo y palpó un brazo cubierto de tela. Un cadáver.

«Te recordaré», pensó Lift, inclinándose y entrecerrando los ojos, intentando distinguir la forma del hombre.

—Ama —gimoteó Wyndle. Lift notó cómo le envolvía la pierna y apretaba, como un niño aferrándose a su madre.

¿Qué era eso? Escuchó mientras el silencio del callejón dejaba paso a un sonido chasqueante, rasposo. La rodeaba por todas partes. Y entonces reparó en que el cuerpo que estaba palpando no parecía envuelto en una shiqua. La tela del brazo era demasiado dura, demasiado gruesa.

«Madre —pensó Lift, aterrorizada—. ¿Qué está pasando?».

Un relámpago le permitió avistar un instante el cadáver. Un rostro de mujer miraba hacia el cielo con ojos que no veían. Un uniforme blanco y negro, teñido de carmesí por el relámpago y cubierto de una especie de sustancia sedosa.

Lift dio un respingo, saltó hacia atrás y topó con algo que había allí, otro cadáver. Dio media vuelta y el sonido de repiqueteo, los chasquidos, parecieron agitarse. El siguiente relámpago fue lo bastante brillante para permitir a Lift distinguir un cuerpo apretado contra la pared del callejón, atado a parte de una chabola, con la cabeza girada a un lado. Lo conocía, igual que conocía a la mujer del suelo.

«Los dos compinches de Oscuridad —pensó—. Están muertos».

—Una vez oí una idea interesante, viajando por una tierra que tú nunca visitarás.

Lift se quedó petrificada. Era la voz del anciano.

—Hay un grupo de gente que cree que cada día, al dormir, mueren —siguió diciendo el anciano—. Creen que la consciencia no continúa, que si se interrumpe, nace una nueva alma cuando el cuerpo despierta.

«Tormentas, tormentas, ¡tormentas!», pensó Lift, dándose la vuelta. Las paredes parecían moverse, cambiar, resbalar como si estuvieran cubiertas de aceite. Intentó apartarse de los cadáveres, pero… ya no sabía dónde estaban. ¿Había venido desde

esa dirección o llevaba más al fondo de aquel callejón de pesadilla?

—Esa filosofía —dijo la voz del anciano— sin duda tiene sus inconvenientes, al menos a ojos de un observador externo. ¿Qué hay de la memoria, de la continuidad de la cultura, la familia, la sociedad? Los omnizi enseñan que todo eso se hereda por la mañana del alma anterior que habitaba el cuerpo. En ciertas estructuras cerebrales quedan grabados recuerdos, para ayudarte a vivir tu único día de vida de la mejor manera posible.

—¿Qué eres? —susurró Lift, mirando frenética a su alrededor, intentando encontrar sentido a la oscuridad.

—Lo que más interesante encuentro de esa gente es que continúen existiendo en absoluto —dijo él—. Cabría pensar que se desataría el caos si todo ser humano creyera de verdad que solo le queda un día de vida. A menudo me pregunto qué dice sobre vosotros que esa gente, con esas creencias tan radicales, lleve unas vidas que son, en esencia, iguales que las de los demás.

«Ahí estás», pensó Lift al distinguirlo entre las sombras. La silueta de un hombre, aunque cuando llegó el fogonazo de un relámpago, vio que no estaba allí del todo. Le faltaban trozos de carne. Su hombro derecho terminaba en un muñón, y ¡tormentas!, iba desnudo y tenía extraños agujeros en la tripa y los muslos. Hasta le faltaba un ojo. Pero no había sangre, y una sucesión rápida de relámpagos le reveló algo que estaba trepando por sus piernas. Cremlinos.

De ahí venían los chasquidos. Había miles y miles de cremlinos recubriendo las paredes, cada uno del tamaño de un dedo. Pequeñas bestezuelas quitinosas de patitas traqueteantes, haciendo ese espantoso zumbido.

—Lo que tiene esa filosofía es que es muy difícil de refutar —prosiguió el anciano—. ¿Cómo sabes que el tú de hoy es el mismo que el tú de ayer? Nunca lo sabrías, si llegara un alma nueva a ocupar tu cuerpo, siempre que tuviera los mismos recuerdos. Pero claro, si se comporta igual y cree que es tú, ¿qué importancia tiene? ¿Qué es ser tú, pequeña Radiante?

Durante los relámpagos, que estaban volviéndose más frecuentes, vio cómo un cremlino cruzaba su rostro, con una protuberancia bulbosa en el lomo. El bicho se le metió en la cuenca del ojo, y Lift cayó en la cuenta de que aquel bulbo era precisamente un ojo. Otros cremlinos ascendieron por su cuerpo y empezaron a rellenar huecos, a componer el brazo que faltaba. Cada uno tenía una parte del lomo parecida a la piel, que dejaba hacia fuera mientras usaba las patas para unirse a los muchos otros que ya se sostenían entre sí dentro del cuerpo.

—Para mí —dijo—, todo esto no es más que pura teoría, ya que, al contrario que tú, yo no duermo. O al menos, no todo yo a la vez.

—¿Qué eres? —preguntó Lift.

—Solo otro refugiado.

Lift retrocedió. Ya no le importaba volver en la dirección desde la que llegaba, siempre que pudiera alejarse de aquella cosa.

—No tienes por qué temerme —dijo el anciano—. Tu guerra es mi guerra, como lo ha sido desde hace milenios. Los antiguos Radiantes me llamaron amigo y aliado antes de que todo se torciera. Qué días tan maravillosos fueron aquellos, antes de la Última

Desolación. Días de honor. Perdidos, perdidos desde hace mucho.

—¡Has matado a esos dos! —siseó Lift.

—En defensa propia. —El anciano rio—. Bueno, supongo que es mentira. No eran capaces de matarme, así que no puedo argumentar defensa propia más de lo que podría argumentarla un soldado que asesinara a un niño. Pero sí me han pedido, aunque no con tantas palabras, un duelo y se lo he concedido.

Dio un paso hacia ella y otro relámpago lo reveló flexionando los dedos de su mano recién formada mientras el pulgar, un solo cremlino con finas patitas en la parte de abajo, ocupaba su lugar enlazándose con los otros.

—Pero tú —dijo la cosa— no has venido por un duelo, ¿verdad que no? Vigilamos a los otros. Al asesino. Al cirujano. A la mentirosa. Al alto príncipe. Pero no a ti. Todos los demás te ignoran y eso, aventuraría yo, se revelará como un error.

Sacó una esfera, que bañó el lugar con una luz fantasmal, y sonrió a Lift. Ella vio las líneas que se entrecruzaban en su piel, los puntos de unión entre los cremlinos, pero casi no se notaban nada entre las arrugas de un cuerpo envejecido.

Pero aquello era solo la semblanza de un anciano. Una falsificación. Bajo aquella piel no había sangre ni músculo. Había centenares de cremlinos, colaborando para componer un hombre fingido.

Había muchos, muchos más cremlinos correteando por las paredes que iluminaba la esfera de aquella cosa. Lift vio que, de algún modo, había rodeado el cuerpo del soldado caído y retrocedía hacia una pared entre dos chabolas. Miró hacia arriba. No parecía muy difícil de escalar, con la luz que había pasado a tener.

—Si huyes —dijo la cosa—, él matará a quien tú quieres salvar.

—No creo que vaya a pasarte nada.

El monstruo soltó una risita.

—Esos dos necios se equivocaron. No soy yo a quien persigue Nale. Sabe que no le conviene acercarse a mí y a los míos. No, hay alguien más. Esta noche acechará a esa persona y completará su tarea. Nale, demente, Heraldo de la Justicia, no es de los que se dejan asuntos por resolver.

Lift vaciló, con la mano ya en el alero de una choza, lista para izarse y empezar a escalar. Los cremlinos de las paredes —nunca había visto tantos a la vez— se apartaron a los lados, dejándole espacio para pasar.

Sabía que le convenía dejarla escapar, si ella quería. Monstruo listo.

Cerca de ella, bañado en una luz clara que parecía refulgente como una hoguera en comparación con la que Lift había cruzado a tropezones, la criatura desenvolvió una shiqua negra. Empezó a rodearse el brazo derecho con ella.

—Me gusta este lugar —explicó—. ¿Dónde más tendría excusa para cubrirme el cuerpo entero? He dedicado miles de años a criar mis hordinos, y aun así no logro que encajen bien del todo. Ya hace un tiempo que puedo hacerme pasar por humano casi tan bien como un siah, diría yo, pero si alguien se fija en mí de cerca nota que algo va mal. Es más bien frustrante.

—¿Qué sabes de Oscuridad y sus planes? —exigió Lift—. ¿Y de los Radiantes y los Portadores del Vacío y de *todo* ?

—Es una lista bastante exhaustiva —repuso él—. Y te confesaré que no soy yo a quien deberías preguntar. Mis hermanos están más interesados en vosotros, los Radiantes. Si alguna vez te encuentras con otro de los Insomnes, dile que has hablado con Arclo. Estoy seguro de que te ganará sus simpatías.

—Eso no ha sido una respuesta. No del tipo que quería.

—No estoy aquí para responderte, humana. Estoy aquí porque me interesa, y tú eres la fuente de mi curiosidad. Cuando uno alcanza la inmortalidad, debe hallar un propósito más allá de la lucha por la vida, como decía siempre el viejo Axies.

—Pareces haber hallado el propósito de hablar por los famélicos codos —dijo Lift—, sin servir de nada a nadie.

Trepó al techo de la chabola, pero no siguió hacia arriba. Wyndle escaló la pared junto a ella, y los cremlinos se apartaron de él. ¿Podrían sentirlo?

—Estoy sirviendo de mucho más que si resolviera tu nimio problema personal. Estoy construyendo una filosofía, una con un significado que abarque las eras. Verás, niña, puedo criar lo que necesite. ¿Se me llena la mente? Pues crío nuevos hordinos especializados en retener recuerdos. ¿Necesito sentir lo que ocurre en la ciudad? Hordinos con ojos adicionales, o antenas para saborear y oír, y problema resuelto. Con el tiempo, puedo crear cualquier cosa que necesite para mi cuerpo.

»Pero vosotros… vosotros tenéis que conformaros con un solo cuerpo. ¿Cómo lo lográis? Vengo sospechando que los habitantes de una ciudad forman parte de un organismo mayor que les es invisible, como los hordinos que componen a los míos.

—Cuánto me alegro —dijo Lift—. Pero has dicho que Oscuridad está persiguiendo a otra persona. ¿Crees que aún no habrá matado a su presa en la ciudad?

—Ah, estoy seguro de que no. Está dándole caza en estos momentos. Sabrá que sus esbirros han fracasado.

La tormenta retumbó en el cielo, ya cerca. Lift anhelaba marcharse, buscar refugio, pero…

—Dímelo —pidió—. ¿Quién es?

La criatura sonrió.

—Es un secreto. Y estamos en Tashikk, ¿verdad? ¿Negociamos? Si me respondes con sinceridad a mis preguntas, te daré una pista.

—¿Por qué yo? —dijo Lift—. ¿Por qué no incordiar a otro con estas preguntas, en otro momento?

—Ah, pero tú eres muy interesante.

Se envolvió la cintura con la shiqua, la bajó por una pierna, subió por esa misma y cruzó a la otra. Sus cremlinos se desplazaron por su cuerpo. Algunos le subieron a la cara y sus ojos salieron reptando, reemplazados por otros nuevos que lo hicieron pasar de ser ojos oscuros a ojos claros. Habló mientras seguía vistiéndose.

—Tú, Lift, eres distinta a todos los demás. Si cada ciudad es una criatura, entonces tú eres el órgano más especial de todos. Viajar de lugar en lugar, llevando el cambio, la transformación. Los Caballeros Radiantes… debo saber cómo os veis a vosotros mismos. Será un pilar importante de mi filosofía.

«Soy especial —pensó Lift—. Soy maravillosa. Entonces, ¿por qué no sé qué hacer?».

Su miedo secreto afloró. La criatura siguió hablando con sus extrañas palabras, de ciudades, de pueblos y de sus lugares. Alabó a Lift, pero cada comentario dejado caer sobre lo especial que era la hacía crisparse. Casi había llegado la tormenta, y Oscuridad estaba a punto de asesinar en plena noche. Y lo único que ella podía hacer era agacharse en presencia de dos cadáveres y un monstruo hecho de piececitas reptantes.

«Escucha, Lift. ¿Escuchas? La gente ya no escucha».

—Sí, pero ¿cómo supo tu ciudad natal que debía crearte? —estaba diciendo la criatura—. Yo puedo criar piezas individuales que hagan cualquier cosa que te desee. ¿Qué te crio a ti? ¿Y por qué esta ciudad ha podido convocarte ahora?

De nuevo la misma pregunta: «¿Por qué estás aquí?».

—¿Qué pasa si no soy especial? —susurró Lift—. ¿Estaría bien de todos modos?

La criatura calló y la miró. En la pared, Wyndle gimió.

—¿Y si llevo mintiendo desde el principio? —preguntó Lift—. ¿Y si no soy maravillosa del todo? ¿Y si no sé qué hacer?

—El instinto te guiará, sin duda.

«Me siento perdida, como una soldado en el campo de batalla que no recuerda cuál es su estandarte», dijo la voz de la capitana de la guardia.

Escuchar. Estaba escuchando, ¿verdad?

«La mitad del tiempo tengo la sensación de que hasta los reyes están confundidos por lo que les echa encima el mundo». La voz de Ghenna, la escriba.

Ya nadie escuchaba.

«Ojalá alguien nos dijera lo que está pasando». La voz de la Tocón.

—Pero ¿y si te equivocas? —susurró Lift—. ¿Y si ese instinto que dices no nos guía? ¿Y si todo el mundo está asustado y nadie tiene las respuestas?

Era la conclusión que siempre la había intimidado plantearse. La aterraba.

Pero ¿tenía que aterrarla? Miró pared arriba, donde Wyndle estaba rodeado de cremlinos que le tiraban mordiscos. Su propio y pequeño Portador del Vacío.

«Escucha».

Lift titubeó y luego le dio unas palmaditas. Tenía… tenía que aceptarlo y punto, ¿verdad?

Por un instante, sintió un alivio comparable a su terror. Estaba en la oscuridad, pero en fin, quizá pudiera ingeniárselas de todos modos. Lift se levantó.

—Me marché de Azir porque estaba asustada. Vine a Tashikk porque es donde me trajeron mis famélicos pies. Pero esta noche… esta noche he *decidido* estar aquí.

—¿Qué insensateces dices? —preguntó Arclo—. ¿En qué ayuda esto a mi filosofía?

Lift ladeó la cabeza cuando cayó en la cuenta de algo, como si notara una descarga de energía. «Anda, mira qué cosas pasan».

—Yo no curé a ese chico —susurró.

—¿Qué?

—La Tocón intercambia esferas por otras de menos valor, seguramente opacas por infusas. Blanquea dinero porque necesita la luz tormentosa. ¡Seguro que se alimenta de ella sin saber lo que hace! —Lift miró a Arclo, sonriendo—. ¿No lo ves? Se ocupa de los niños que nacieron enfermos, deja que se queden. Es porque sus poderes a esos no saben curarlos. Pero los demás mejoran. Lo hacen tan a menudo que ella ha empezado a sospechar que los niños llegan fingiendo para que les dé comida. La Tocón es una Radiante.

La criatura Insomne la miró a los ojos y suspiró.

—Hablaremos más en otro momento. Al igual que Nale, no soy de los que se dejan asuntos por resolver.

Lanzó por el callejón su esfera, que tintineó contra la piedra y rodó de vuelta al orfanato. Iluminando el camino mientras Lift saltaba y echaba a correr.

# 19



El trueno la persiguió. El viento aullaba por las zanjas de la ciudad y los vientospren la adelantaban zumbando, como huyendo de la extraña tormenta. El aire empujaba la espalda de Lift y hacía volar papeles y basura a su alrededor. Llegó al anfiteatro de la boca del callejón y arriesgó una mirada a su espalda.

Se detuvo de sopetón, aturdida.

La tormenta recorría el cielo, un majestuoso y terrible yunque negro surcado de relámpagos rojos. Era gigantesca, dominando el cielo entero, con diabólicos fogonazos de luz interior.

Las gotas de lluvia empezaron a picotearle la piel y, aunque la tormenta no traía muralla, el viento ya empezaba a hacerse tempestuoso.

Wyndle creció en un círculo a su alrededor.

—¿Ama? Oh, ama, esto es mal asunto.

Lift dio un paso atrás, estupefacta por la masa bullente de negro y rojo. Los relámpagos caían sobre las zanjas y el trueno la alcanzaba con tanta fuerza que sentía como si debiera lanzarla hacia atrás por los aires.

—¡Ama!

—Dentro —dijo Lift, corriendo a trompicones hacia la puerta del orfanato.

Estaba tan oscuro que apenas distinguía la pared, pero, al llegar, reparó al instante

en que algo fallaba. La puerta estaba abierta.

La habrían cerrado después de que ella saliera, ¿verdad? Pasó al interior. La sala estaba negra, inescrutable, pero tanteando la puerta notó que el barrote estaba partido en dos. Posiblemente desde fuera, y con un arma que hacía tajos limpios a la madera. Una hoja esquirlada.

Temblando, Lift buscó a tientas por el suelo la parte cortada del barrote y consiguió colocarlo en su sitio, para atrancar de nuevo la puerta. Se volvió hacia la sala, escuchando. Oía los gemidos de los niños, sollozos ahogados.

—Ama —susurró Wyndle—, no puedes enfrentarte a él.

«Ya lo sé».

—Hay Palabras que debes pronunciar.

«No servirán».

Esa noche, las Palabras eran la parte fácil.

Costaba no contagiarse del miedo de los niños a su alrededor. Lift se descubrió temblando y dejó de andar cerca del centro de la habitación. No podía avanzar poco a poco, tropezando con otros chicos, si quería detener a Oscuridad.

En algún punto lejano de algún piso del orfanato, oyó pisadas. Pasos firmes de botas sobre los suelos de madera de la primera planta.

Lift recurrió a su maravilla y empezó a brillar. La luz se alzó de sus brazos como el vapor de una parrilla caliente. No era muy refulgente, pero en aquella habitación sumida en la oscuridad total, bastaba para revelarle a los niños que había oído. Se quedaron callados, mirándola con asombro.

—¡Oscuridad! —gritó Lift—. ¡Ese al que llaman Nin, o Nale! ¡Nakku, el Juez! Estoy aquí.

Las pisadas de arriba cesaron. Lift cruzó la sala, pasó a la siguiente y miró por el hueco de una escalera ascendente.

—¡Soy yo! —gritó por él—. La que intentaste matar, y fracasaste, en Azir.

La puerta que salía al anfiteatro traqueteó bajo el azote del viento, como si alguien intentara entrar desde fuera. Las pisadas se reanudaron y Oscuridad apareció en la cima de la escalera, sosteniendo una esfera de amatista en una mano y una brillante hoja esquirlada en la otra. El fulgor violeta le iluminaba la cara desde abajo, resaltando el mentón y los pómulos pero dejándole los ojos a oscuras. Parecían huecos, como las cuencas de la criatura que Lift había conocido fuera.

—Me sorprende ver que aceptas el juicio —dijo Oscuridad—. Creía que te quedarías en tu supuesta seguridad.

—Ya —respondió Lift—. ¿Sabes el día en que el Todopoderoso repartía los sesos a la gente? Ese día yo salí a buscar pan ácimo.

—Vienes aquí durante una alta tormenta —dijo Oscuridad—. Estás atrapada aquí dentro conmigo, y sé de tus crímenes en esta ciudad.

—Pero volví el día en que el Todopoderoso repartía hermosura. ¿Qué te distrajo a ti?

El insulto no pareció surtir efecto, aunque era de sus favoritos. Oscuridad dio la impresión de fluir como el humo mientras empezaba a bajar peldaños, con pasos cada vez más suaves y su uniforme ondeando como por un viento invisible. Tormentas, qué aspecto tan oficial tenía en aquel traje de largas mangas y aquella chaqueta lisa. Era como la viva encarnación de la ley.

Lift fue hacia la derecha, alejándose de los niños, internándose más en la planta baja del orfanato. Desde allí llegaba un olor a especias, de modo que permitió que su nariz la guiara hacia una cocina oscura.

—Por la pared —ordenó a Wyndle, que creció a lo largo de ella junto al umbral.

Lift afanó un tubérculo de la encimera, se agarró a Wyndle y trepó. Acalló su maravilla y se volvió oscura mientras llegaba al techo, colgada de las finas enredaderas de Wyndle.

Oscuridad entró por debajo de ella y miró primero a la derecha y luego a la izquierda. No miró hacia arriba, por lo que, cuando dio un paso adelante, Lift se dejó caer a su espalda.

Oscuridad se volvió al instante, lanzando un tajo con aquella hoja esquirlada, empuñada con una sola mano. El filo atravesó la pared de la puerta y pasó a un dedo de Lift, que se había apartado saltando hacia atrás.

Dio contra el suelo y estalló de luz con su maravilla, haciendo resbaladizo su trasero para deslizarse por el suelo lejos de él y terminar topando con la pared justo debajo de los peldaños. Desenmarañó sus extremidades y empezó a subir la escalera a gatas.

—Eres un insulto para la orden que te correspondería —dijo Oscuridad, siguiéndola a grandes pasos.

—Ya, supongo —replicó Lift—. Tormentas, soy un insulto para mí misma casi todos los días.

—Por supuesto que lo eres —afirmó Oscuridad mientras llegaba al pie de la escalera —. Esa frase no tiene significado.

Lift le sacó la lengua, una táctica absolutamente racional y razonable para combatir a un semidiós. A él no pareció molestarle, pero claro, Oscuridad tenía un pegote de cera de oreja costrosa en lugar de corazón. Qué tragedia.

La primera planta del orfanato estaba llena de habitaciones más pequeñas a su izquierda. A su derecha, otro tramo de escalones llevaba más arriba. Lift se lanzó hacia la izquierda, casi atragantándose con el largorraíz sin cocinar, buscando a la Tocón. ¿La habría encontrado Oscuridad? En varias habitaciones había camas para los niños. Así que la Tocón no los ponía a dormir en aquella sala grande; se habrían congregado allí por la tormenta.

—¡Ama! —exclamó Wyndle—. ¿Tienes algún plan?

—Puedo crear luz tormentosa —dijo Lift, dando un bufido e invocando un poco de maravilla para comprobar la habitación del otro lado del pasillo.

—Sí. Incomprensible, pero cierto.

—Él no. Y le costará encontrar esferas, porque nadie esperaba la tormenta que ha llegado en pleno Llanto, así que…

—Ah… ¡A lo mejor, podemos agotarlo!

—No puedo luchar contra él —dijo Lift—. Parece la mejor alternativa. Pero a lo mejor tengo que volver abajo a por más comida.

¿Dónde estaba la Tocón? No había ninguna señal de que se ocultara en aquellos dormitorios, pero tampoco había ni rastro de su cadáver asesinado.

Lift volvió corriendo al pasillo. Oscuridad dominaba el otro extremo, el más próximo a la escalera. Caminó despacio hacia ella, empuñando su hoja esquirlada en un extraño agarre inverso, con el lado peligroso apuntado hacia detrás de él.

Lift acalló su maravilla y dejó de brillar. Tenía que agotarlo, así que quizá le haría creer que ella iba escasa para que no se preocupara de ahorrar.

—Lamento tener que hacer esto —dijo Oscuridad—. En otros tiempos, te habría dado la bienvenida como hermana.

—No —replicó Lift—. En realidad no lo lamentas, ¿verdad? ¿Puedes sentir siquiera algo parecido al lamento?

Oscuridad se detuvo en el pasillo, sosteniendo aún la esfera por delante para ver. Parecía estar planteándose en serio su pregunta.

Bueno, pues tocaba moverse. No podía permitir que la arrinconara, y eso a veces significaba embestir hacia el tipo que llevaba una famélica hoja esquirlada. Mientras Lift se arrojaba contra él, Oscuridad adoptó una postura de esgrima y dio un paso adelante para descargar su golpe.

Lift se echó a un lado y se resbaladizó, esquivó la espada y resbaló por el suelo a la izquierda del hombre. Lo rebasó, pero tuvo la sensación de que había sido demasiado fácil. Oscuridad la observaba con ojos cautelosos y perceptivos. Había esperado fallar el golpe, Lift estaba segura.

Oscuridad dio media vuelta y avanzó de nuevo hacia ella, con paso rápido para evitar que bajara la escalera hacia la planta baja. El movimiento la obligó a acercarse a los peldaños ascendentes. Oscuridad parecía querer que fuese en esa dirección, de modo que Lift optó por retroceder por el pasillo. Por desgracia, en aquel lado solo había una habitación, la de justo encima de la cocina. Abrió la puerta de una patada y miró dentro. Era el dormitorio de la Tocón, con una cómoda y ropa de cama. Pero sin el menor rastro de la propia Tocón.

Oscuridad siguió avanzando.

—Tienes razón. Parece que por fin me he liberado de los últimos vestigios de remordimiento que una vez sentí por cumplir con mi deber. Honor me ha imbuido, me ha cambiado. Llevaba mucho tiempo esperándolo.

—Estupendo. Así que ahora eres como una especie de spren sin emociones.

—Oye —dijo Wyndle—, eso es ofensivo.

—No —respondió Oscuridad, que no podía oír a Wyndle—. Soy un mero hombre, perfeccionado. —Hizo un gesto hacia ella con su esfera—. Los hombres necesitan luz, niña. Solos estamos en la oscuridad y nos movemos caprichosos, basándonos en mentes subjetivas y mutables. Mas la luz es pura, no cambia dependiendo de nuestros caprichos diarios. Sentir culpabilidad por seguir un código a rajatabla es desperdiciar emociones.

—¿Y sentir otras emociones no, en tu opinión?

—Hay muchas emociones útiles.

—Que tú sientes que no veas, a todas horas.

—Por supuesto que las… —Dejó la frase en el aire y, de nuevo, pareció plantearse lo que había dicho Lift. Ladeó la cabeza.

Lift saltó hacia delante, haciéndose resbaladiza de nuevo. Él defendía la escalera descendente, pero Lift tenía que rebasarlo de todos modos y volver abajo. Coger comida y seguir subiendo y bajando hasta que Oscuridad agotara todo su poder. Predijo que atacaría con la espada y, mientras lo hacía, Lift se arrojó de nuevo a un lado, con el cuerpo entero resbaladizo salvo la palma de la mano, para dirigirse.

Oscuridad soltó su esfera y se movió con una velocidad repentina e inesperada, ardiendo en luz tormentosa. Soltó también la hoja esquirlada, que se deshizo en humo, y desenvainó un cuchillo del cinturón. Mientras Lift pasaba, apuñaló hacia el suelo y le atrapó la ropa.

¡Tormentas! Una herida normal la habría sanado su maravilla. Si Oscuridad hubiera intentado agarrarla, habría sido demasiado resbaladiza y se habría escabullido. Pero el cuchillo se clavó en la madera y la atrapó por la cola de su chaqueta, deteniéndola de sopetón. Resbaladiza como estaba, pareció que rebotaba y se deslizaba de vuelta hacia él.

Oscuridad sacó la mano a un lado y volvió a invocar su hoja mientras Lift se afanaba, frenética, por liberarse. El cuchillo se había clavado hondo y Oscuridad no había retirado la mano. ¡Tormentas, qué fuerte era! Lift le mordió el brazo, pero fue en vano. Intentó quitarse la chaqueta, resbaladizándose ella pero no la prenda.

La hoja esquirlada apareció y Oscuridad la alzó. Lift se revolvió, medio cegada por la chaqueta, que ya tenía medio por encima de la cabeza y apenas dejaba que viera nada. Pero pudo sentir cómo aquella hoja descendía hacia ella…

Algo hizo: «¡Ploc!», y Oscuridad gruñó.

Lift miró como pudo y vio a la Tocón de pie en los peldaños de arriba, sosteniendo un gran madero. Oscuridad sacudió la cabeza, intentando despejarla, y la Tocón volvió a atizarle.

—Deja en paz a mis niños, monstruo —gruñó ella.

La mujer goteaba. Había llevado sus esferas al terrado del edificio para cargarlas. Pues claro, allí era donde estaba. ¡Si lo había dicho antes!

Alzó el madero por encima de su cabeza. Oscuridad suspiró y trazó un arco con su hoja que cortó la pieza de madera por la mitad. Desclavó su daga del suelo, liberando a Lift. «¡Sí!».

Y entonces le propinó un puntapié que la envió deslizándose pasillo abajo sobre su propio cuerpo resbaladizo, completamente descontrolada.

—¡No! —gritó Lift, retirando su maravilla.

Rodó hasta detenerse. Le tembló la visión mientras Oscuridad se volvía hacia la Tocón y la agarraba por el cuello, la levantaba de la escalera y la arrojaba al suelo. La mujer mayor crujió al caer y se quedó laxa, inmóvil.

Entonces Oscuridad la apuñaló, no con su hoja, sino con el cuchillo. ¿Por qué? ¿Por qué no acabar con ella?

Se volvió hacia Lift, ensombrecido por la esfera que había soltado, en aquellos momentos más monstruo que la cosa Insomne que Lift había visto en el callejón.

—Sigue viva —dijo Oscuridad a Lift—, pero sangra y está inconsciente. —Apartó su esfera de un puntapié—. Es demasiado nueva para saber cómo alimentarse de luz tormentosa en su estado. A ti tendré que empalarte y esperar a que estés muerta del todo. Pero a esta puedo dejarla desangrándose. Ya está sucediendo.

«Puedo curarla», pensó Lift, desesperada.

Y él lo sabía. Estaba tendiéndole una trampa.

Ya no tenía tiempo para hacerle agotar su luz tormentosa. Con la hoja esquirlada apuntando hacia Lift, era de verdad solo una silueta. Oscuridad. Verdadera Oscuridad.

—No sé qué hacer —dijo Lift.

—Pronuncia las Palabras —sugirió Wyndle, a su lado.

—Ya las he dicho, en el corazón.

Pero ¿de qué servirían?

Poca gente escuchaba algo que no fueran sus propios pensamientos. Pero ¿de qué le iba a servir escuchar en la situación en que se hallaba? Lo único que oía era el ruido de la tormenta fuera, el relámpago que hacía vibrar las piedras.

Trueno.

Una nueva tormenta.

«No puedo derrotarlo. Tengo que hacerlo cambiar».

Escucha.

Lift corrió hacia Oscuridad, invocando toda la maravilla que le quedaba. Oscuridad dio un paso adelante, daga en una mano, hoja esquirlada en la otra. Se acercó a él, que de nuevo protegía la escalera descendente. Saltaba a la vista que esperaba que Lift intentara bajar o se detuviera junto al cuerpo inconsciente de la Tocón para intentar curarla.

Lift no hizo nada de eso. Resbaló hasta más allá de los dos, giró y subió los peldaños

por los que acababa de descender la Tocón.

Oscuridad soltó un reniego y lanzó un tajo contra ella, pero falló. Lift llegó a la segunda planta y Oscuridad se lanzó a la carga tras ella.

—La estás dejando morir —le advirtió, persiguiéndola mientras Lift encontraba otro tramo más pequeño de escalones que subían. Al exterior, con un poco de suerte. Tenía que hacer que la siguiera…

Le cerraba el paso una trampilla en el techo, pero la abrió. Salió a la mismísima Condenación.

Vientos temibles, interrumpidos por aquellos espantosos relámpagos rojos. Una horrible tempestad de lluvia lacerante. El «techo» era solo la llanura que coronaba la ciudad, y Lift no acertó a ver la cesta de esferas de la Tocón. La lluvia era demasiado cegadora, el viento demasiado terrible. Se alejó un paso de la trampilla, pero de inmediato tuvo que agacharse y agarrarse a las rocas. Wyndle formó unos asideros para ella, gimoteando. La sostuvo con fuerza.

Oscuridad salió a la tormenta, pasando por aquel agujero en la cima de la colina. La vio y fue hacia ella, alzando su hoja esquirlada como un hacha.

Atacó.

Lift chilló. Soltó las enredaderas de Wyndle y alzó las dos manos por encima de ella.

Wyndle dio un largo y suave suspiro, derritiéndose, transformándose en una larga vara de metal plateado.

Paró la hoja descendente de Oscuridad con su propia arma. No era una espada. Lift no sabía ni un crem sobre espadas. Su arma era solo una vara plateada. Brillaba en la oscuridad y detuvo el golpe de Oscuridad, aunque el impacto le dejó los brazos temblando.

*Au* , dijo la voz de Wyndle en su cabeza.

La lluvia aporreaba a su alrededor, y unos relámpagos carmesíes caían detrás de Oscuridad, dejando nítidas imágenes residuales en los ojos de Lift.

—¿Crees que puedes combatirme, niña? —gruñó él, manteniendo su hoja contra la vara de ella—. ¿A mí, que he tenido vidas inmortales? ¿A mí, que he aniquilado a semidioses y sobrevivido a Desolaciones? Soy el Heraldo de la Justicia.

Y entonces Lift gritó:

—¡Escucharé a aquellos que han sido ignorados!

—¿Qué? —dijo Oscuridad, brusco.

—¡Oí lo que dijiste, Oscuridad! ¡Intentabas impedir la Desolación! ¡Mira detrás de ti! ¡Niega lo que estás viendo!

El relámpago quebró el aire y el viento aulló en la ciudad. Sobre las tierras de cultivo, el brillo de rubí mostró a un grupo apiñado de personas. Un grupo triste y lamentable. Los pobres parshmenios a los que habían desterrado.

El relámpago rojo pareció permanecer con ellos.

Les brillaban los ojos.

—No —dijo Nale. La tormenta pareció amainar, brevemente, con sus palabras—. Es un acontecimiento aislado. Parshmenios que habían… que habían sobrevivido con sus formas

—¡Has fracasado! —gritó Lift—. Ha llegado.

Nale alzó la mirada hacia los nubarrones, que retumbaban de poder y relucían con el brillo incesante de la luz roja en su interior.

En ese momento pareció, para sorpresa de Lift, que emergía algo del interior de Nale. Sería estúpido por su parte creer que, con todo lo que estaba pasando, con la lluvia, el viento y el relámpago rojo, podría apreciar alguna diferencia en sus ojos. Pero Lift habría jurado que así era.

Pareció enfocarse, como quien despierta de una modorra. La espada cayó de sus dedos y se deshizo en neblina.

Entonces Nale cayó de rodillas.

—Tormentas. Jezrien… Ishar… Es cierto. He fracasado.

Agachó la cabeza.

Y se echó a llorar.

Resollando, notándose empapada y dolorida por la lluvia, Lift bajó su vara.

—Fracasé hace semanas —dijo Nale—. Lo supe entonces. Oh, Dios. Dios Todopoderoso. ¡Ha regresado!

—Lo siento —dijo Lift.

Él la miró, con el rostro iluminado por los incesantes relámpagos, sus lágrimas mezclándose con la lluvia.

—De verdad lo sientes —dijo él, y se palpó la cara—. Yo no siempre fui así. Es cierto que estoy empeorando, ¿verdad? Es cierto.

—No lo sé —respondió Lift.

Y entonces, por instinto, hizo una cosa que jamás habría creído posible.

Abrazó a Oscuridad.

Él se aferró a Lift, aquel monstruo, aquel ser desalmado que una vez fue un Heraldo. Se aferró a ella y sollozó en la tormenta. Luego, con un trueno, se apartó de ella. Trastabilló en la roca mojada, empujado por los vientos, y empezó a brillar.

Salió disparado hacia el cielo oscuro y se desvaneció. Lift se levantó con esfuerzo y corrió hacia abajo para curar a la Tocón.

## 20



No tienes por qué ser una espada —dijo Lift. Estaba sentada en la cómoda de la Tocón, porque la mujer no tenía un escritorio como debía ser del que apropiarse.

—Las espadas son tradicionales —objetó Wyndle.

—Pero no tienes por qué ser una.

—Está claro que no —repuso él en tono ofendido—. Sí tengo que ser de metal. Existe una conexión entre nuestro poder, cuando se condensa, y el metal. Dicho eso, he oído historias de spren que se convertían en arcos. No sé cómo harían la cuerda. ¿Puede ser que los Radiantes llevaran su propia cuerda?

Lift asintió, pero en realidad apenas estaba escuchando. ¿A quién le importaban los arcos, las espadas y demás? Aquello dejaba abiertas toda clase de posibilidades más interesantes.

—Me pregunto qué aspecto tendría como espada —dijo Wyndle.

—¡Ayer te pasaste todo el día protestando por si golpeaba a alguien contigo!

—No quiero ser una espada que se blanda, evidentemente. Pero hay algo majestuoso en una hoja esquirlada, algo que puede exhibirse. Sería una hoja esquirlada muy buena, me parece a mí. Muy regia.

Alguien llamó a la puerta de abajo y Lift se animó un momento. Pero por desgracia, no sonaba como la escriba. Oyó a la Tocón hablando con alguien de voz suave. La puerta se cerró al poco tiempo y la Tocón subió la escalera y pasó a la habitación de Lift con

una enorme bandeja de tortitas.

Lift oyó rugir su estómago y se puso de pie en la cómoda.

—A ver, esas tortitas son tuyas, ¿verdad?

La Tocón, tan demacrada como siempre, se quedó parada.

—¿Qué importancia tiene?

—¡Muchísima! —respondió Lift—. No son para los niños. Esas ibas a comértelas tú, ¿verdad?

—¿Una docena de tortitas?

—Sí.

—Claro —dijo la Tocón, poniendo los ojos en blanco—. Finjamos que iba a comérmelas todas yo sola.

Las dejó en la cómoda al lado de Lift, que empezó a masticar a dos carrillos. La Tocón cruzó sus brazos huesudos y miró hacia atrás.

—¿Quién llamaba? —preguntó Lift.

—Una madre. Ha llegado insistiendo, avergonzada, en que quería recuperar a su hijo.

—¿En serio? —dijo Lift, entre bocados de tortita—. ¿La madre de Mik ha vuelto de verdad a por él?

—A todas luces sabía que la enfermedad de su hijo era fingida. Todo formaba parte de una estafa para… —La voz de la Tocón se fue perdiendo.

«Anda», pensó Lift. La madre no podía saber que Mik estaba curado. Había sucedido el día anterior, y la ciudad era un caos después de la tormenta. Por suerte, allí no había sido tan grave como podría haberlo sido. Que las tormentas soplaran en una u otra dirección no importaba demasiado en Yeddaw.

Pero Lift estaba ansiosa por informarse sobre el resto del imperio. Parecía que había vuelto a torcerse todo, solo que esa vez de una forma nueva.

Aun así, estaba bien recibir buenas noticias. «La madre de Mik ha vuelto de verdad. Supongo que sí que ocurrirá de vez en cuando».

—He estado curando a los niños —dijo la Tocón. Se pasó un dedo por la shiqua, que Oscuridad había atravesado de lado a lado. Estaba lavada, pero la tela seguía manchada de sangre—. ¿Estás segura de eso?

—Sí —dijo Lift con la boca llena de tortita—. Deberías tener una cosita rara por ahí cerca. No yo, ojo. Una cosita más rara. ¿Como una enredadera, quizá?

—Un spren —dijo la Tocón—. No es como una enredadera. Es como luz reflejada en la pared por un espejo…

Lift lanzó una mirada a Wyndle, que estaba colgado de la pared, cerca de ella. Asintió con su cabeza de enredaderas.

—Vale, sirve. Enhorabuena. Eres una famélica Caballera Radiante, Tocón. Has estado atiborrándote de esferas y sanando a niños. Supongo que compensa un poco que los trates como a ropa vieja, ¿verdad?

La Tocón contempló a Lift, que siguió masticando tortitas.

—Yo habría pensado que los Caballeros Radiantes serían más majestuosos —dijo la Tocón.

Lift hizo un gesto de burla a la mujer, sacó la mano a un lado e invocó a Wyndle en la forma de un enorme y titilante tenedor plateado. Un tenedor esquirlado, por así decirlo.

Lo clavó en las tortitas, pero por desgracia las atravesó por completo a ellas, al plato y dejó tres agujeros en la cómoda de la Tocón. Aun así, consiguió levantar una tortita.

Lift le dio un mordisco enorme.

—Majestuosos como las mismísimas gónadas de Condenación —proclamó, y meneó a Wyndle en dirección a la Tocón—. Y que conste que lo he dicho a lo fino, para que mi tenedor no me llame grosera.

La Tocón pareció no encontrar respuesta a aquello, aparte de mirar a Lift con la mandíbula caída. La rescató de quedarse con pinta de tonta alguien que aporreaba la puerta abajo. Un ayudante de la Tocón fue a abrir, pero la mujer se apresuró a bajar la escalera cuando oyó quién era.

Lift dejó marchar a Wyndle. Comer con las manos era más fácil que con tenedor, por bonito que fuese el tenedor. Wyndle adoptó de nuevo su forma de enredadera y se enroscó en la pared.

Al poco, Ghenna, la escriba gorda de la Gran Indiferencia, entró en la habitación. Por la forma en que la Tocón prácticamente rascaba el suelo al inclinarse ante la mujer, Lift pensó que quizá Ghenna fuese más importante de lo que había creído. Pero seguro que no tenía un tenedor mágico.

—En general —dijo la escriba—, no frecuento domicilios como este. La gente suele acudir a mí.

—Se te nota —replicó Lift—. Está claro que andar, no andas mucho.

La escriba dio un bufido y dejó una cartera en la cama.

—Su majestad imperial está algo molesto porque interrumpiéramos la comunicación. Pero se ha mostrado comprensivo, como debe ser, dados los acontecimientos recientes.

—¿Qué tal va el imperio? —preguntó Lift, masticando una tortita.

—Sobrevive —respondió la escriba—, pero es un caos. Los pueblos pequeños son los que más daños sufrieron, pero aunque la tormenta duró más que una alta tormenta, el viento no fue tan intenso. Lo peor fueron los relámpagos, que alcanzaron a muchos desafortunados que viajaban.

La mujer desempaquetó sus herramientas: un tablero de vinculacaña, papel y pluma.

—Su majestad imperial se ha alegrado mucho de que te pusieras en contacto conmigo, y ya ha enviado un mensaje interesándose por tu salud.

—Dile que aún no he comido bastantes tortitas ni de lejos —ordenó Lift—. Y que tengo una verruga muy rara en el dedo del pie que vuelve a salir cuando la corto. Creo que es porque me curo a mí misma con mi maravilla, que es un famélico incordio.

La escriba la miró, suspiró y leyó el mensaje que Gawx había enviado a Lift. Decía que el imperio iba a sobrevivir, pero que le costaría tiempo recuperarse, sobre todo si la tormenta seguía volviendo una y otra vez. Y luego estaba el asunto de los parshmenios, que podían revelarse como un peligro incluso mayor. No quería compartir secretos de estado por vinculacaña. Más que nada, quería saber si Lift estaba bien.

Y más o menos, lo estaba. La escriba se puso a redactar lo que le había dicho Lift, que bastaría para que Gawx supiera que estaba bien.

—Además —añadió Lift mientras la mujer escribía—, he encontrado a otra Radiante, solo que es vieja que no veas y se parece un poco a un cangrejo malnutrido sin caparazón. —Miró a la Tocón y levantó los hombros a modo de media disculpa. Seguro que ya lo sabía. Tenía espejos, ¿no?—. Pero en realidad es bastante simpática y cuida de los niños, así que deberíamos reclutarla o algo. Si tenemos que luchar contra Portadores del Vacío, puede mirarlos con cara de muy pocos amigos. Seguro que no lo soportan y se lo cuentan todo sobre la vez que se comieron todas las galletas y echaron la culpa a Huisi, la chica que no habla bien.

Huisi roncaba, así que se lo merecía.

La escriba puso los ojos en blanco, pero lo escribió todo. Lift asintió, terminándose la última tortita, que tenía una textura gruesa, casi harinosa.

—Muy bien —proclamó, levantándose—, van nueve. ¿Dónde está la última? Estoy preparada.

—¿La última? —preguntó la Tocón.

—Diez tipos de tortitas —dijo Lift—. Por eso vine a esta famélica ciudad. Ya me he comido nueve. ¿Dónde está la última?

—La última es la dedicada a Tashi —dijo la escriba sin prestar mucha atención, mientras escribía—. Es más una idea que una entidad real. Cocinamos nueve y dejamos la última en su memoria.

—Un momento —dijo Lift—. Entonces, ¿solo hay nueve?

—Sí.

—¿Me ha mentido todo el mundo?

—Yo no diría que…

—¡Condenación! Wyndle, ¿dónde ha ido el Rompedor de Cielos ese? Tiene que enterarse de eso. —Señaló a la escriba y luego a la Tocón—. Dejó estar todo eso del blanqueo de dinero porque le insistí yo. Pero cuando se entere de que has estado mintiendo sobre tortitas, es muy posible que no pueda contenerlo.

Las dos se la quedaron mirando, como si se creyeran inocentes. Lift negó con la cabeza y bajó de un salto de la cómoda.

—Perdonad —dijo—, tengo que encontrar el excusado de Radiantes. Es una forma fina de decir…

—Está abajo —la interrumpió la Tocón—. A la izquierda. En el mismo sitio que esta mañana.

Lift las dejó y corrió escalera abajo. Guiñó el ojo a un huérfano que la miraba en la sala principal antes de escabullirse por la puerta, con Wyndle en el suelo a su lado. Respiró hondo el aire fresco, todavía húmedo por la Eterna Tormenta. El suelo estaba salpicado de restos, tablones partidos, ramas caídas y telas echadas a perder, que se acumulaban contra los muchos escalones que sobresalían de la calle.

Pero la ciudad había sobrevivido y la gente ya estaba trabajando en su limpieza. Llevaban toda la vida a la sombra de las altas tormentas. Se habían adaptado, y seguirían adaptándose.

Lift sonrió y echó a andar calle abajo.

—¿Nos marchamos, entonces? —preguntó Wyndle.

—Ajá.

—Así, tal cual, sin despedidas.

—No.

—Va a ser así siempre, ¿verdad? Vagaremos hasta llegar a una ciudad pero, antes de tener tiempo de echar raíces, volveremos a marcharnos.

—Exacto —dijo Lift—. Aunque esta vez, he pensado que podríamos vagar de vuelta a Azimir y el palacio.

Wyndle se quedó tan patidifuso que dejó que Lift se adelantara. Luego se apresuró a alcanzarla, emocionado como un cachorro de sabueso-hacha.

—¿De verdad? Oh, ama, *¿de verdad?*

—A mí me parece que nadie sabe lo que está haciendo con su vida, ¿verdad? —respondió ella—. Así que Gawx y esos visires tan estirados van a necesitarme. —Se dio un golpecito en la cabeza—. Lo tengo pensado.

—¿Qué tienes pensado?

—Nada en absoluto —dijo Lift, con una confianza tremenda.

«Pero escucharé a aquellos que han sido ignorados —pensó—. Incluso a gente como Oscuridad, a quien preferiría no haber escuchado nunca. Quizá sirva de algo».

Cruzaron la ciudad, remontaron la rampa y pasaron junto a la capitana de la guardia, que estaba allí de servicio ocupándose de un número incluso mayor de refugiados, que acudían a la ciudad porque habían perdido sus hogares en la tormenta. La mujer vio a Lift y estuvo a punto de saltar de sus propias botas por la sorpresa.

Lift sonrió y sacó una tortita del bolsillo. A aquella mujer la había visitado Oscuridad por culpa suya. Esas cosas la ponían a una en deuda. Así que lanzó la tortita —en realidad, ya más bien habría que llamarla pelotita— a la capitana y usó la luz tormentosa que había sacado de las demás para empezar a curar las heridas de los refugiados.

La capitana la observó en silencio, sosteniendo su tortita, mientras Lift recorría la cola e insuflaba su luz tormentosa a todo el mundo como si quisiera demostrar que no tenía mal aliento.

Fue un famélico trabajo muy duro. Pero para eso estaban las tortitas, para hacer sentir mejor a los niños. Cuando hubo terminado, ya sin luz tormentosa en su interior, saludó con gesto cansado y se marchó por la llanura que rodeaba la ciudad.

—Muy caritativo por tu parte —comentó Wyndle.

Lift se encogió de hombros. Tampoco le parecía haber supuesto mucha diferencia: había curado a unas pocas personas y ya está. Pero al menos eran de las que solía olvidar e ignorar la mayoría de los demás.

—Una caballera mejor que yo podría decir: curemos a todo el mundo —dijo Lift.

—Gran proyecto. Quizá demasiado grande.

—Y demasiado pequeño a la vez —repuso Lift, metiéndose las manos en los bolsillos.

Caminaron un rato. Lift no habría sabido explicarlo bien, pero sabía que se aproximaba algo más importante. Y tenía que llegar a Azir.

Wyndle carraspeó. Lift se preparó para escuchar sus quejas sobre lo que fuese en esa ocasión, como lo absurdo que era llegar caminando hasta allí desde Azimir solo para volver andando otra vez dos días después.

—Era un tenedor muy regio, ¿no te lo ha parecido? —preguntó en vez de protestar.

Lift le lanzó una breve mirada, sonrió e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Sabes, Wyndle? Es raro, pero empiezo a pensar que a lo mejor resulta que no eres un Portador del Vacío, al final.

## NOTA FINAL

Lift es uno de mis personajes favoritos de «El Archivo de las Tormentas», a pesar de que hasta el momento ha tenido muy poco tiempo en pantalla. La estoy preparando para un papel más importante en el futuro de la serie, pero eso me plantea algunos desafíos. Para cuando Lift pase a ser un personaje principal de la saga, ya habrá pronunciado varios de los juramentos y no me acababa de gustar la idea de dejar a los lectores sin el contexto de cómo los pronunciaba.

Mientras trabajaba en el tercer libro de «El Archivo de las Tormentas», reparé también en un pequeño problema de continuidad. Cuando volvamos a ver al Heraldo Nale en ese libro, ya habrá aceptado que su obra de muchos siglos (vigilar y asegurarse de que no regresan los Radiantes) ha dejado de ser relevante. Se trata de un cambio importante en su persona y en sus objetivos como individuo y tampoco me acababa de gustar la idea de que se diera cuenta de ello fuera de pantalla.

*Danzante del Filo* , pues, era una oportunidad de solucionar ambos problemas, y también de dar a Lift su propio papel protagonista.

En parte, me encanta escribir sobre Lift por la forma en que puedo colar el crecimiento del personaje y algunos momentos significativos en frases que, por lo demás, son raras o suenan un poco tontas. Por ejemplo, en su relato de *Palabras Radiantes* , Lift puede decir que lleva tres años teniendo diez, en plan broma, y se toma como un presagio sumado a una carcajada, pero luego evoluciona en el hecho de que de verdad cree que dejó de envejecer a los diez años. (Y tiene buen motivo para creerlo).

Estas cosas, como escritor, no pueden hacerse con la mayoría de los personajes.

También he aprovechado esta historia para enseñar el pueblo tashikki, que, al no tener personajes principales con punto de vista, era poco probable que viera mucho desarrollo en la serie principal.

El plan inicial para esta novela corta era que tuviera unas 18.000 palabras. Terminó en torno a las 40.000. En fin. Son cosas que pasan a veces. (Sobre todo si eres yo).